



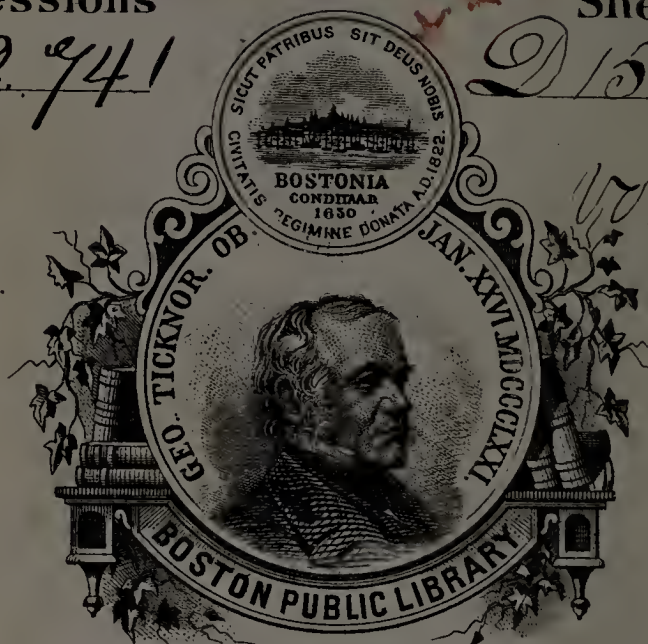
Accessions

192.741

Shelf No.

D 150a.92

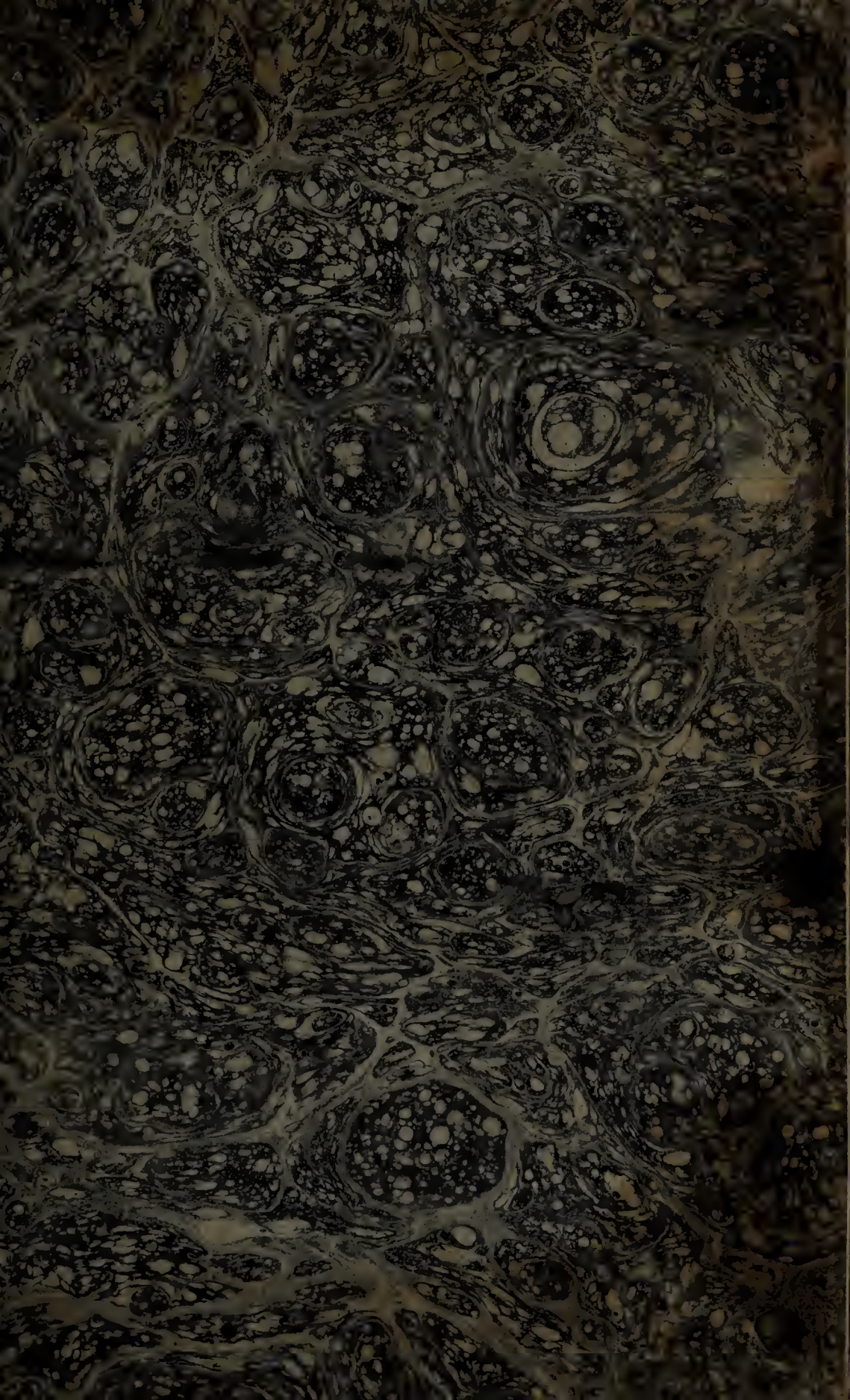
Vol. 7



FROM THE

Ticknor Fund.

Recd. Feb. 15. 1896





POESÍAS

DE DON JOSEF IGLESIAS

DE LA CASA.

TOMO PRIMERO.



M. Pelequer: f.

POESÍAS PÓSTUMAS

DE

DON JOSEF IGLESIAS DE LA CASA,
PRESBÍTERO.

TOMO PRIMERO.

QUE CONTIENE LAS POESÍAS SERIAS
CONSIDERABLEMENTE AUMENTADAS EN
ESTA SEGUNDA EDICION.



BARCELONA: IMPRENTA DE SIERRA Y MARTÍ.

AÑO DE 1820.

D. 1500
92
Vol. 1

1927

Feb.

Feb. 15
1927

PROLOGO.

La aceptacion con que el público ha recibido las poesías póstumas de Don Josef Iglesias de la Casa, hace superfluo cualquiera elogio de su verdadero mérito. Este ha sido reconocido por cuantos hombres instruidos, y de buen gusto tiene la nacion, y la Carta que corre al frente de la primera edicion, el Memòrial Literario de Madrid, el Semanario de Salamanca, y otros papeles públicos serán siempre un testimonio cierto del buen gusto con que Iglesias sabia tratar todo genero de composiciones, igualando é imitando á nuestros mejores poetas; para con aquellos pocos á quienes no

encante la lectura de estas obras, por lo armonioso y sonoro de los versos, por la variedad y belleza de las imágenes, por la abundancia de sentencias, y por aquella copia y propiedad de expresiones con que hace sentir en el corazon la misma voz de la naturaleza. Estas consideraciones, y la reflexion sobre otros particulares, en cuya noticia nada interesa el público, nos han movido á omitir aquella Carta en la presente edicion, aumentandola con otras obras del mismo autor, que por el sumo trabajo que costaba su lectura, y por el descuido con que se hallaban tratadas no tuviéron lugar en la primera, pero que reconocidas con esmero, no desmerecen el que ahora las damos distinguiéndolas con esta señal *. Ojalá! que pudiera per-

cibirse el sentido de varias cifras en que aquella imaginacion fecunda dejó escritas otras muchas composiciones. Entónces iria enriquecida esta edicion con aquel género de poesía á que con mayor cuidado se dedicó Iglesias desde el momento en que abrazó el estado eclesiástico, y que fue su embeleso hasta en los últimos periodos de la corta vida que le restó, y conocerian los sabios que el genio de Iglesias relucia, en lo sagrado con igual valentia que en lo satírico, amoroso y pastoril. Sean los Cantos de Judit y de Debora una prueba de esta verdad; pues sin embargo de notarse en ellos algun descuido, y aunque no tenemos la satisfaccion de haber acertado siempre para ofrecer una copia fiel del original, con todo hacen conocer

que Iglesias, no solamente era vivaz y fecundo, y de una imaginacion amena y brillante, sino tambien de un ingenio elevado y sublime, capaz de corresponder á la mas ardua empresa que tomase por objeto de sus composiciones. Confesamos con ingenuidad, y con todo el gusto que siente el hombre de bien en manifestar la verdad, que no son suyas las traducciones de Horacio, y la Oda de Safo que se le atribuyeron en la primera edicion; por esta razon estuvimos resueltos á no comprehenderlas en ésta; pero por último creimos, que advirtiéndolo al principio, no habia porque privar al público de unas obras que no se encuentran, á lo que sabemos, sino en un libro raro, que merecen ser leídas, y que al fin hacen el asunto del

Diario de Madrid, y Semanario de esta Ciudad de 6 y 31 de octubre de 95, principalmente cuando en éste se contienen á la larga los motivos con que se incluyeron entre las obras de Iglesias, las causas porque de ellas no pudo hablarse en la Carta, y las razones que nos llevaron á creer suyas unas traducciones que no habíamos siquiera oído que se atribuyesen á otro. No esperamos que el público condene esta resolución; pero si su dictamen fuese contrario á nuestras esperanzas, deferirémos á el en la tercera edicion, á que nos hacen preparar las continuas instancias que ya nos hacen por ejemplares de ésta.

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Si la vida retirada y tranquila de un hombre privado, como Don Josef Iglesias de la Casa, pudiese interesar al público, nosotros la pondriamos aquí largamente. Mas ninguna de sus circunstancias llama la atencion. Por eso nos contentarémós con decir, que su genio laborioso y distinguido talento para la Poesía le grangearon el aprecio y amistad de todos los hombres de buen gusto, que en su tiempo han vivido en Salamanca; y que habiendo sido nombrado Párroco de dos Lugares de este Obispado, sus Feligreses

le amaron por su caracter bondadoso y benéfico, y le respetaron por la suavidad y circunspeccion de sus costumbres.

Desde que fué llamado á este augusto ministerio abandonó el género satírico y picante que habia cultivado, y se dedicó á tareas mas dignas de su profesion. Entonces fué cuando compuso una infinidad de Himnos misticos muy dulces, y el Poema didáctico de LA TEOLOGÍA, dado á luz el año de 90; y que los inteligentes recomiendan por la belleza de su diction, y la pureza de su language.

El murió en Salamanca, su patria, á los treinta y ocho años de su edad, el 26 de Agosto de 1791, despues de una enfermedad molestísima, en que manifestó su resignacion y serenidad.

Nosotros ligados á él con los lazos de amistad y parentesco, quisimos manifestarle nuestro amor, dando á luz sus versos, pruebas de su talento y fino gusto. Registramos sus papeles; y entre una infinidad de legajos, todos revueltos, y malísimamente escritos, pudimos leer y copiar las composiciones que ahora publicamos.

Para mayor comodidad van divididas en dos tomos. Ponense en el primero las Pastoriles y Líricas. Y en el segundo irán los Epigramas y demas piezas picantes, compuestas por su Autor en su juventud, cuando estudiaba Humanidades: época que disculpa la libertad y soltura, que en partes las acompaña.

LA ESPOSA ALDEANA

LETRILLAS PRIMERAS.

LETRILLA PRIMERA.

Al Dios Pan.

Rústico Dios Pan,
 Ruégote que asistas
 A honrar mis cantares
 Con tu melodía.

Tú, inventor primero
 De la flauta amiga,
 Que guardas del campo
 Las tiernas delicias;

Así ufano goces
 Las frescas mejillas,
 Ternuras y abrazos
 De tu bella Ninfa.

Haz que con mi acento
 La esquivéz altiva
 De un amante atraiga,
 Que me desestima.

Por el te importuno,
 Por él noche y día
 Canto mis amores,
 Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

De sus Cantares.

Selvas de esmeralda,
 Rios de cristal,
 Con atento oído
 Mi Lira escuchad.

Que si mi voz dulce
 En dulce cantar,
 Cual hiere del monte
 La concavidad;

Así el Zagal hiera,
 Tan duro en amar
 De arte, que su pecho
 Se mueva á piedad.

Faunos y Silvanos
 Los vereis llegar,
 Y por estos llanos
 Alegres triscar.

Vendrá el Amor Niño,
 Mil Ninfas vendrán;
 Y en rueda de lazos,
 Todos bailarán.

LETRILLA III.

La Solicitud.

Cerrad , cerrad , Ninfas
 Del grato Aranjuez,
 Cerrad las salidas
 Del fresco vergel.

Por si las pisadas,
 O el rastro de aquel
 Que el alma me abrasa,
 Puedo hallar ó ver.

Pues la ámena selva
 Le ha de detener,
 A mil pajarillos
 Tendiendo la red.

O acaso siguiendo
 Al Amor cruel,
 Tras de otras Zagalas
 Al señuelo fué.

Y si vos le hallareis;
 Guardadle , y sabed:
 Que él en mí , y yo sola
 Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

De su Pastor.

No alma primavera
 Bella y apacible,
 O el dulce favonio
 Que ambares respire;
 No rosada aurora
 Tras la noche triste,
 Ni el pincel que en flores
 Bello se matice:
 No nube que Febo
 Su pavellon pinte,
 O álamo que abrace
 Dos emulas vidas;
 No fuente que perlas
 A cien caños fie,
 Ni lirio entre rosas,
 Clavel en jazmines;
 Al romper el dia
 Son tan apacibles,
 Como el Pastorcillo
 Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

De su afecto.

Si yo en otro tiempo,
 Simplilla rapaza,
 Anduve sin pena,
 Viví descuidada:

Y en guardar me avine
 Mis ovejas mansas;
 Quizá no era entonces
 Dulce enamorada.

Mas ora yo pienso,
 Que daré de gana
 El mas gentil manso
 De aquesta piara,

A aquel que á mis ojos
 Mirar les dejara
 Los de un Pastorcillo,
 Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

Juguete sencillo.

Alexi á mi puerta
 Se pone á cantar,
 Y no le respondo,
 Por ver lo que hará.

Con mi cayadillo
 Le doy por detras;
 Y sin ver por donde,
 Me vuelvo á escapar.

Por su propio nombre
 Le suelo llamar:
 Callo ; y por un rato
 No vuelvo á chistar.

Le quiero y me huelgo
 De hacerle bobear,
 Buscándome en donde
 No me halle jamás.

Y al fin si me hallare
 Daño no me hará;
 Que no , no es el hombre
 Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

El Sueño y el Deseo.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me alhaga
Mi Pastor gentil.

Despierto, y no viendo
Hogar y reír
A Alexi conmigo,
Cual en sueños ví:

De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado,
Que bala por mí.

El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir.

Pues casarnos hemos
Los dos por Abril;
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

Confianza.

El mi pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros,
Si estoy dél ausente.

Y que aunque lo calla
Llora muchas veces,
Porque á verle venga,
Y su mal consuele.

Por otra Zagala
No temo me deje,
Aun cuando enojado
De sí me deseche.

Pues sé, que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.

Y si esto no basta;
Con que yo le deje
Jugar cierto juego,
No podrá él valerse,

LETRILLA IX.

Resolucion.

No de árbol frondoso
 La fruta primera
 De flor guarnecida
 Al Alba serena,
 Me roba la vista,
 Y el alma me lleva,
 Cual mi Zagalejo
 Cuando á hablar me llega,
 Díceme , si quiero
 A la Primavera
 Con él desposarme,
 Porque su amor vea.
 Que sí : responderle,
 Me causa vergüenza;
 Que no : replicarle,
 Me dá mayor pena.
 Pues un sí , y mil sies
 A la vez primera
 Que vuelva á decirlo,
 Le doy por respuesta.

LETRILLA X.

Simulación amorosa,

Mi Zagal me llama
 Grosera amadora;
 Mas fria á sus ruegos,
 Que la helada roca:

 Cuando hasta las flores
 La llama no ignoran
 De Amor, en que me ardo
 Turbada y medrosa.

 Bien quisiera serle
 Humana en la hora,
 Sin darle yo cuenta
 De mi afición loca.

 Mas ser atrevido,
 Y hallar sazón propia
 De vencer recatos,
 Solo al varón toca.

 Que si él entre espinas
 No la busca y corta;
 De suyo á su mano
 No se ha de ir la rosa.

LETRILLA XI.

De un Baile.

Un dia en las danzas
 Del Val de Zurguen
 Me sacó á bailar
 Damon muy cortés.

Y luego en el corro
 Al ir á volver
 La rueda de un lazo,
 Me besó el joyel.

Pero yo en los dientes
 Un golpe con él
 Le dí, cuando quiso
 Besarle otra vez.

Dolióle, y los labios
 Se empezó á morder:
 Me las juró; y luego
 Airado se fué.

El Zagal por dicha
 ¿Qué me querrá hacer?
 Quiza él lo sabrá,
 Que yo no lo sé.

LETRILLA XII.

Propension del Amor.

Porque no le quiero
 Me quiere Damon;
 Y Alexi no quiere
 Que le quiera yo.

Muchas veces digo:
 ¿A cuál de los dos
 Daré yo las llaves
 De mi corazon?

Damon las merece,
 Que no me gustó;
 Y Alexi á quien amo
 No las mereció.

Todo el gusto pierdo
 Si á Damon me doy;
 Si á Alexi, me abato
 A un despreciador;

Pues aunque me humille,
 Y sufra el baldon
 De ser despreciada,
 De Alexi es mi amor.

LETRILLA XIII.

Oferta.

De buscar mi Alexi
 Por un bosque espeso,
 Niña tierna y sola,
 Cansadita vengo,

Al que me dijese,
 En qué prado ameno
 Sus ovejas pastan,
 Brillan sus luceros;

De marfil un vaso
 Yo le daré en premio;
 Y á mas de ello encima
 Un abrazo tierno.

Que si el Zagal mio
 Picado de zelos
 Tomallo quisiese,
 Sintiese perdello;

Para uno que pierda,
 Yo le daré ciento;
 Y aun mil, hasta tanto
 Que se canse de ellos.

LETRILLA XIV.

El Pronóstico.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á expensas de él viven;
Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines:
Fiero el austro robe,
Cuando airado silve,
Los amantes lazos
De álamos y vides:
Que si mi Sol sale
Lleno de matices,
Serenando el Cielo,
De los campos iris;
Fuerza es reflorézca
Cuanto toque y mire,
Que enrame la selva,
Y el valle entapice.

LETRILLA XV.

Los Zelos.

Aquel Pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir Amor me hace
Travieso tirano;

Bien sé que se duele
Del mal que yo callo,
Por mas que lo encubra,
Y aun borre los pasos:

Si á otro Zagalejo
Hablo por acaso;
Calla, y se le muda
Su color rosado.

Enójase, y vase;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.

Ni para acallarle
Me han aprovechado,
Querer regalalle
Ni al fin regalallo.

LETRILLA XVI.

Dones sencillos.

Dos tórtolas tiernas,
 Que Alexi en un nido
 Se encontró á la Aurora,
 Me regaló fino.

De miel una orzuela
 Yo en pago le envío,
 Y mas si tuviera
 Presentes mas ricos.

Que el panal mas dulce
 Para el gusto mio
 Solo es ver el rostro
 De mi Pastorcillo;

Y mas cuando ufano
 Me dá un canastillo
 De frescas manzanas
 Llenas de rocío.

Luego que en mis brazos
 Vé que lo he cogido,
 Se rie ; y me dice....
 Mas no , no lo digo.



*"Se rie; y me dice...
mas no, no lo digo"*

Enquidamos lo q

LETRILLA XVII.

Fuego amoroso.

Mañanita alegre
 Del Señor San Juan
 Al pie de la fuente
 Del rojo arenal,

Con un liston verde
 Que eché por sedal,
 Y un alfiler corvo
 Me puse á pescar;

Llegóse al estanque
 Mi tierno Zagal,
 Y en estas palabras
 Me empezó á burlar.

Cruel Pastorcilla,
 ¿Dónde pez habrá
 Que á tan dulce muerte
 No quiera llegar?

Yo así de él, y dije:
 ¿Tu tambien querrás?
 Y este pececillo
 No, no se me irá.

LETRILLA XVIII.

Afanes del Amor.

Yo mi Zagal tengo;
 Soy su enamorada;
 Y que él lo supiera
 No poco me holgara.

Cuando llevar suelo
 Mi ganado á casa,
 Solo en el camino
 Se sienta, y me aguarda.

Se oculta, y de un grito,
 Si voy descuidada,
 Me asusta, y se burla
 De verme turbada.

De hablar mis vecinos
 Se huelga en el alma,
 Por ver si entre tanto
 Le vé su Zagala.

Flores de continuo
 Me lleva, y enlaza
 De ellas á mí puerta
 Ramos y guirnaldas.

LETRILLA XIX.

De su Pastorcillo.

El mi Pastorcillo
En su edad florida,
Del Cielo y del prado
Beldad es, y envidia.

De solo adorarle
Vivo desde el día,
Que Amor puso en ello
Mis mayores dichas.

Vile tierno niño
Siendo aun tierna niña,
Cuando aun de él no supe
Lo que apetecía.

Y ora, que travieso
Amor me lo avisa;
mi ventura pongo
En ser su cautiva.

El rey de mis gustos
El será algun día,
Y ojalá me llame
Su esposa querida.

LETRILLA XX.

El Desvelo.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncós;

Las tiernas abejas
De la flor en torno,
Con susurro bajo ,
Con murmullo sordo;

La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en el silencio blando
Gime su divorcio;

El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso;

Todo me convida
Al sueño sabroso,
Y Amor me desvela
Niño inquieto y loco.

LETRILLA XXI.

De una ausencia.

Mi Alexi que goza
 De gentil donaire,
 Dó quiera que voy
 Va por escucharme.

¡O si tambien ahora
 Mi voz escuchase,
 Cuando de su ausencia
 Siento mas los males!

Todo en noche obscura
 Me parece yace,
 Y que pierde el campo
 Su esplendor brillante.

Mas dando sus luces
 Los ojos radiantes
 Del Pastor que adoro,
 Mas que el campo amable;

El lirio despliega,
 La azucena nace,
 Brotan los jazmines,
 Los claveles se abren.

LETRILLA XXII.

A su Rebaño.

¡Corderillos míos!
 El mal que teneis
 Cual el que yo siento
 No es de hambre ni sed,
 Solo os ven mis ojos
 Con hueso y con piel:
 No sé cual mal ojo
 Mal os llegó á ver.

¡Qué mustio y mal sano
 Mi choto te vés!
 Por mas que buen pasto
 Te doy á pacer.

¡Ay mis corderillos!
 Si el peso cruel
 Que siento en el alma
 Sentís vos tambien!

¡Ay que á mi ganado
 Y á su guarda fiel,
 El propio amor mata
 Y ageno desden!

LETRILLA XXIII.

La llama del Amor.

Y a de mis Zagales
 El canto sonoro,
 Y entre ellos las voces
 De mi Zagal oigo.

Las yuntas cansadas
 Tornan al reposo,
 Puesto el lucio arado
 Sobre el yugo corvo:

La sombra extendida
 Del traspuesto Apolo
 Cubre las montañas
 Con pie presuroso.

Mas la llama ardiente
 De mi amor fogoso
 Ni cesar la advierto,
 Ni menguar la noto.

LETRILLA XXIV,

Los brazos de Alexis,

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexis
Pequeño Zagal?

Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto
Me llegó á abrazar.

Y yo desde entónces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.

Ya del Zagalejo
Me quiero vengar;
Ya me compadezco
Del tierno rapaz:

Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y ora en este fuego
Me quiero abrasar.

LETRILLA XXV.

El Consejo.

Mi abuela me dice
 Que si me enamoro
 Tendré grandes iras,
 Pesares y enojos.

Que Amor es un fuego,
 A cuyo ardor solo
 Nadie fijó lindes,
 Nadie puso coto.

Mas la buena vieja
 Yo creo que chocho
 Tiene ya el sentido,
 Como el gusto voto.

Pues si con mi Alexi
 De Amor ciego y loco
 Traviesa yo huelgo,
 Festiva retozo;

Toda la vehemencia
 Del Amor fogoso
 Que se aplaca sientto,
 Que se endulza noto,

LETRILLA XXVI.

Gratitud Pastoril.

Vióme Alexi un dia
Cansada , buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado.

Y él sobre sus hombros
Me los trajo ufano,
Hasta mi cabaña
De flores ornados.

Bien sé que me quiere;
Y que bien cuidados
Serán mis corderos
Si con él me caso.

Para cuanto él viva,
Si me dá su mano,
Yo le cedo todos
Todos mis ganados.

LETRILLA XXVII.

Los ojos de Alexis.

Miéntras mis corderos
Del ameno soto
Pacen la verbena,
Rumian los escobos,
A mis solas pienso;
¡Qué íman poderoso
Tendrán de mi Alexi
Los alegres ojos!

Que á par de ellos vistos,
Obscuros y toscos
Juzgo los luceros
Del celeste globo.

El Alma me llevan;
Y pienso que es poco
Valor cuanto valgo
Para su despojo.

Que el placer de verlos
Me sustenta solo;
Y en cosa ninguna
Yo encuentro mas gozo.

LETRILLA XXVIII,

El premio de Amor.

Mi florido huerto,
Por mí cultivado,
Ser testigo suele
Del Pastor que yo amo.

La primer manzana,
Que aun no se ha pintado,
Será solamente
De mi enamorado.

Aunque para el gusto
Del Zagal lozano
Mas bellas manzanas
Yo conservo y guardo.

Dárselas he en premio,
Dárselas he en pago
De lo atento y fino,
Que se me ha mostrado.

LETRILLA XXIX.

*De Alexis. **

Mas grato es mi Alexis,
 Y de mas lindeza,
 Que de Alfesibeo
 Las blancas ovejas.

Entre acanto tierno
 La fuente es amena,
 Que sobre las flores
 Derrama sus perlas.

Pero es mas amable
 La vista alhagüena
 De aquel que travieso
 Junto á mí se sienta.

Sin que un solo instante
 Dormir me conceda,
 Me está entreteniendo
 Las mas de las siestas:

Contándome cuentos;
 Cantándome Letras;
 Diciéndome amores;
 Y haciéndome fiestas.

LETRILLA XXX.

*Desden fingido. **

Cuando bajo al río
A lavar mis paños,
A que baje Alexis
Codiciosa aguardo.

Luego por el monte
Se le vá el ganado:
Y en verle perdido
Le suelo dar chasco.

Porque à mí no llegue,
Agua con la mano
Le arrojo; y deseo
Se acerque otro tanto.

Y él, como á porfia,
Mas crecido rato
Suele estar conmigo,
Mi esquivez burlando.

De lo que me dice
Finjo que me enfado:
Y un deleite siento,
Que no sé explicarlo.

LETRILLA XXXI.

*De un rapaz. **

Oliendo yo un dia
 Un fresco ramillo
 De azucena y rosas,
 Un rapaz me dijo:

Mal olor es ese
 Para el gusto mio;
 Tus labios, Zagala,
 Dan olor mas fino.

Yo le dije entonces:
 Mientes, picarillo;
 Que el olor que dices,
 Yo no le percibo.

Ni estotras pastoras
 Que duermen conmigo
 Las mas de las siestas,
 Tal cosa me han dicho.

No te miento hermosa,
 Gritó el rapacillo;
 Que para embustero
 Ya vés que soy niño,

LETRILLA XXXII.

*De un regalillo. **

Yo no sé con que haga
 A mi bello Adonis
 Un gentil regalo,
 Que á mi amor le torne.

Bien quisiera hacerle
 Presente conforme
 Al gusto del que ama
 Con prendas tan nobles.

El queso , las natas,
 La miel y otros dones
 Que el campo produce,
 Le causan ardores.

Mas ya se me ocurre
 Darle hoy diez limones,
 Y otros diez mañana,
 Que el ardor le corten.

Que si tal vez fiebre
 Padece de amores
 Para refrescarle
 No creo le sobren.

LETRILLA XXXIII.

*La Palomita. **

Una paloma blanca
Como la nieve,
Me ha picado en el alma:
Mucho me duele.

Dulce paloma,
¿Cómo pretendes
Herir el alma
De quien te quiere?

Tu pico hermoso
Brindó placeres:
Pero en mi pecho
Picó cual sierpe.

Pues díme, ingrata,
¿Por qué pretendes
Volverme males
Dándote bienes?

¡Ay! nadie fie
De aves alevés;
Que á aquel que alhagan,
Mucho mas hieren.

Una paloma blanca
Como la nieve,
Me ha picado en el alma:
Mucho me duele.

LETRILLAS DE ESTRIVILLO.

LETRILLAS SEGUNDAS.

LETRILLA PRIMERA.

Si el estílo en mis Letras
Mucho sé humilla,
Como vengo del campo,
No es maravilla.

Cantar yo cantara
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criara;
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Si niña agraciada
Un niño Pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada;
Y yo de picada
Mas de otra Letrilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Si á mi talle agrada
Variado pellico;
Y á mi frente aplico
Guirnalda rosada;
Y ando recostada
En mi cayadilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Dicen que florido
Traigo mi cabello;
Y el seno y el cuéllor
De rosas guarnido:
Mas si he recogido
Tanta florecilla;

Como vengo del campo,
No es maravilla.

Morena me llama
Quien bien no me quiere;

Y á mil me prefiera

El Zagal que me ama:

Si del Sól la llama

Me trae tostadilla;

Como vengo del campo,

No es maravilla.

LETRILLA II.

Pues de amar amores

Leccion tomé en tí;

Zagal desdeñoso,

Duélete de mí.

Mi rabel que amores

Cantara hasta aquí,

Por tí solo en duelos

Trocado lo ví,

Tañolo ¡ay! y solo

Solo ¡ay! sé decir;

Zagal desdeñoso,

Duélete de mí.

De mi amor testigo
 Ves la fuente allí,
 Dó la vez primera
 La alma te rendí;
 No mi verdad ella
 Querrá desmentir,

Zagal desdeñoso,
 Duélete de mí.

Tú sol me llamabas
 Una vez y mil;
 Tú amor, tú alba y rosa,
 Tú espejo y pensil:
 Y hoy nombre de esclava
 No merezco en tí:

Zagal desdeñoso,
 Duélete de mí.

El amor ufano
 Juzgué yo que allí
 De tan dulce triunfo
 Se empezó á engreir:
 Y hoy pienso que el odio

Le ha vencido en lid;

Zagal desdeñoso,

Duélete de mí.

LETRILLA III.

Llévame á Zurguen

Dó está quien yo quiero:

Anda acá llévame Carretero,

De mi bien ausente

Muero en esta Aldea;

Quien no me lo crea

La llaga reciente

Sienta, que otra siente;

Y muera cual muero.

Anda acá, llévame Carretero.

Llévame, Zagal,

Donde está mi bien;

No sea que haya quien

Me lo trate mal:

No otra dicha igual

Al verle yo quiero.

Anda acá , llévame Carretero.

Gloria del Zurguen

Es mi Zagalejo ;

Su gala y despejo ,

Su hechizo y desden

Son del querer bien

Iman verdadero.

Anda acá , llévame Carretero.

Por quien yo suspiro

Es bien mas precioso ,

Que lo mas hermoso

Que en los campos miro ;

Si del me retiro ,

Se pone el lucero.

Anda acá , llévame Carretero.

Su voz regalada

Al son de su lira

Un ardor inspira ,

Que ofende y agrada;
De él estoy tocada,
Y huirle no quiero.

Anda acá, llévame Carretero,

Al salir la Aurora
Mi bien saldrá al prado
De aquella buscado
Que muy mas le adora:
Pues mi amor no ignora,
Que de amarle muero.

Anda acá, llévame Carretero.

LETRILLA IV.

En vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

Zagal, tus cantares deja;
No el dulce silencio alteres,
Ni te quejes á mugeres,
Que no han de escuchar tu queja:
Cesa de observar la reja,

Que rondas sin ocasion ;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

De tu voz la melodia
Por mas que agrade al oido,
Si en el alma no ha podido
Hacer igual harmonía ;
Tenla por vana y vacía.
Y aun por disonante son;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

Los oidos que están llenos
De los ecos de otro amante,
Por gracias que tu voz cante,
Ni las aman ni echan menos:
Al fin son ecos agenos
Del cariño y aficion;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

LETRILLA V.

Cuando anuncia el Lucero
La nueva Aurora,
Orillitas del río
Jacinta llora.

Ven , Jacinto , ven:
No seas desdeñoso,
Corre presuroso,
Donde está tu bien:
Al pie del Zurguen
Está quien te adora,

Que orillitas del río
Jacinta llora.

En tí está pensando;
Pregunta por tí;
Y yo ayer la ví
Triste y suspirando:
Sé , Zagal , mas blando
Con quien te enamora,

Que orillitas del río
Jacinta llora.

De sus ojos perlás
Vierte cual luceros;
Si en hilos enteros
Llegáras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora,

Que orillitas del río
Jacinta llora.

Llega á consolarla;
Que ella sin rezelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Dí sin asustarla:
Salud, mi Pastora.

Que orillitas del río
Jacinta llora.

LETRILLA VI.

¡T riste de mí que amo
 Quien no me lo estima!
 Que amar sin retorno
 Fué la estrella mia.

Cuando á ver á Alexis
 Voy de amor herida,
 Curo de agradarle
 Y hacerle caricias:
 Y él con todo ingrato
 Mi amistad esquiva;

Que amar sin retorno
 Fué la estrella mia.

Los sus Corderillos
 Van á la sal mia;
 Y de mis collares
 Les pongo divisas:
 Y él me desconoce
 Siendo su cautiva;

Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

A sus mansos chotos
Ato mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavellinas:
Y él tal vez ceñudo
Las flores les quita;

Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

Panales le envío,
Mi leche y natillas
En orzas labradas
Por mis manos mismas:
Y él los mis presentes
Siempre desestima;

Que amar sin retorno
Fué la estrella mia.

Jugueton su perro
Siempre me acaricia;

Rastréame, y sigue
 Por valle y colina:
 Y él se va á otro cuento
 Si en este me mira;

Que amar sin retorno
 Fué la estrella mia.

LETRILLA VII.

Ni tú quitarme puedes,
 Ni yo á mi rabel,
 Decir, Zagal, verdades
 Que sabe el Zurguen.

Cantar á la Aurora
 Que alegra el Oriente,
 El agua sonora
 Que ríe en la fuente,
 La rosa luciente
 Reina del vergel;

Ni tú quitarme puedes,
 Ni yo á mi rabel.

Así, que el despejo,
 Belleza y agrado,
 De quien es espejo
 El Cielo y el prado
 Cantar no es vedado
 A cuantos lo ven;

Que son, Zagal, verdades
 Que sabe el Zurguén.

Decir que en tí vive
 La vega florida;
 Yerba y flor recibe,
 Toma aliento y vida,
 Que dejas vencida
 La gala al clavel;

Ni tú privarme puedes,
 Ni yo á mi rabel.

Que al baile porverte
 Van muchas Pastoras,
 Firmes en quererte,
 Mas bellas que auroras,
 Con voces sonoras

Te canto , mi bien;

Que son , Zagal , verdades

Que sabe el Zurguen.

LETRILLA VIII.

Anda , mi Zagal , anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles rojos
De allá me traerás;
Esto , y nada mas
Tu Elisa te manda.

Anda , mi Zagal , anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

Mucho hay que entender
En esto de flores;
Pues suele escoger

Tal vez las peores,
 Quien tras las mejores
 Audaz se desmanda.

Anda, mi Zagal, anda;
 Tráeme de Miranda, flores,
 Y un ramillo de amar amores.

En Miranda, dicen,
 Que se aprende á amar;
 Y otros lo desdican,
 Con me replicar,
 Que en cualquier lugar
 Amor triunfa y manda.

Anda, mi Zagal, anda;
 Tráeme de Miranda flores,
 Y un ramillo de amar amores.

La fuente y la flor,
 El bosque y el prado,
 Dicen, que de amor
 Allí está tocado:
 ¡Y á mi no me es dado
 El ir á Miranda!



"Pero ella le preguntaba:
¿que paxarito es amor?"

Enquidando lo 9.º

Anda, mi Zagal, anda;
 Tráeme de Miranda flores.
 Y ùn ramillo de amar amores.

LETRILLA IX.

En la floresta un Pastor
 Su amor á Silvia contaba;
 Pero ella le preguntaba:
 ¿Que pajarito es amor?

El la dice: Silvia hermosa,
 Desde el punto que te ví,
 En el corazon sentí
 Una flecha rigorosa:
 Dicen que un niño traidor
 Me la arrojó de su aljaba;

Mas ella le preguntaba:
 ¿Que pajarito es Amor?

El dice: aunque por los ojos
 Me ha entrado este crudo mal,
 Yo jamas sentí otro tal,
 Ni que me dé mas enojos:

Cuentan, que aqueste dolor
Clori á su Zagal curaba;

Mas ella le replicaba:
¿Qué pajarito es amor?

El dice: si tú gustaras
Diérasme un remedio sano,
Tan solo con que tu mano
Al corazon me aplicaras:
Pero si usas de rigor
Verás que tu Elisio acaba;

Mas ella le importunaba:
¿Qué pajarito es Amor?

LETRILLA X.

La Rosa de Abril.

Zagalas del valle,
 Que al prado venís,
 A tejer guirnaldas
 De rosa y jazmin,
 Parad en buen hora;
 Y al lado de mí
 Mirad mas florida
La rosa de Abril.

Su sien coronada
 De fresco alelí
 Excede á la Aurora
 Que empieza á reir;
 Y mas si en sus ojos,
 Llorando por mí,
 Sus perlas asoma
La rosa de Abril.

Veis allí la fuente,

Veis el prado aquí
 Dó la vez primera
 Sus luceros ví:
 Y aunque de sus ojos
 Yo el cautivo fuí,
 Su dueño me llama
La rosa de Abril.

La dije : ¿ me amas?
 Díjome ella , si;
 Y porque lo crea
 Me dió abrazos mil,
 El Amor de envidia
 Cayó muerto allí,
 Viendo cual me amaba
La rosa de Abril.

De mi rabel dulce
 El eco sutil
 Un tiempo escucharon
 Londra y colorin:
 Que nadie mas que ellos
 Me oyera , entendí;
 Y oyéndome estaba
La rosa de Abril.

En mi blanda lira
 Me puse á esculpir
 Su hermoso retrato
 De nieve y carmin;
 Pero ella me dijo:
Mira el tuyo aquí;
 Y el pecho mostróme
La rosa de Abril,

El rosado aliento,
 Que yo á percibir
 Llegué de sus labios
 Me saca de mí:
 Bálsamo de Arabia,
 Y olor de jazmin,
 Excede en fragancia
La rosa de Abril,

El grato mirar,
 El dulce reir,
 Con que ella dos almas
 Ha sabido unir;
 No el hijo de Venus

Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de Abril.

ROMANCES.

ROMANCE I.

*El Ramo de la mañana de
San Juan.*

La mañana de San Juan,
Cuando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados;
Entónçes, cuando el Lucero
Del Alba sale bailando,
Delante la deseada
Aurora mayor del año;
Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, Zagala, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultivaron.
Tómalo á bien, mi Señora;
Recíbelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos,
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,
Regocijo de tu calle,

De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrímale á tu hermosura,
Y será el mas adornado.
Tome él , como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente;
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado ,
De tu aliento, y la fragancia
De tu pecho soberano:
Que yo , Zagala , le juro,
Que él será rey de los Ramos,
A quien salva harán rendidos
Rui señores soberanos:
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando;
Y las que no te compiten
Lo verán con sobresalto.
Y yo , Zagala , á su dicha,
Esta letra iré cantando;
Que por si no la escuchabas
Te la puse al pie del Ramo.

¡Qué florido estais !
 ¡Qué dicha teneis,
 Ramito de flores
 De mi dulce bien!

Decid á la Rosa
 De tan feliz Ramo;
 Es solo la hermosa
 Ventura que yo amo,
 Y el dulce reclamo
 Del Niño Amor es
Ramito de flores
De mi dulce bien.

ROMANCE II.

La enemiga del Amor.

De la muerte y de un Pastor
 Florindo vive envidioso:
 Mucha tiene de la muerte;
 Pero mas tiene de Mopso.
 Juanita la mal hadada
 De la hermosura pimpollo,

Que tanto el Zagal queria,
La muerte cerró sus ojos:
Nunca le diera los brazos;
Mas solo la fé de esposo,
Que á lograrlos, no viviera
Mortal que llegó á tal colmo.
No vistió luto el cuitado
De la doncella en abono;
Mas si es luto la tristeza
Tres años se vió en su rostro.
En los bailes del Exido
Y en los pastoriles coros
Le pensaron por su falta,
Estar ojeado del lobo.
Como á las sombras el Alba
Siguió á la pena del mozo
El nuevo amor de Crisalda,
Premio á su virtud bien corto.
Porque como nunca viene,
Como dicen, un mal solo;
La que en un tiempo le quiso,
Le faltó mudable en otro.
Por respetos de fortuna
Casó Crisalda con Mopso:
Mopso el rico del Aldea,

Pero el mas simple de todos.
 Naturaleza y fortuna
 Son de la vida los polos;
 Feliz el hombre que encuentra
 En cualquier de ellos apoyo.
 Pero á quien ambos persiguen
 Mal se llamará dichoso;
 Si no ignora que es desprecio,
 O sabe de amores poco.
 Esto le cantó Florindo
 A Crisalda junto al soto,
 Donde apénas ella pudo
 Desentenderse á su tono;
 Pero en señal de su enfado
 Torció la Zagala el rostro:
 Calló el Pastor, y ausentóse
 Por la selva sola solo.

ROMANCE III.

La firme resolucion.

Zagala hermosa del Tajo,
 Lumbre de sus Pastorcillas,
 Alma real, en cuerpo hermoso,

Tres veces de imperio digna.
Si sobre todos mis males
Cruel Cielo determina,
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva:
¿Que culpa tendré, Señora,
Que mi corazon opriman,
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?
Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamás se mira,
Ni muestras de bello riso
Aparece en mis mejillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el Cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Lejos de toda alegria;
No armes tu rigor, Señora,
Contra aquesta alma mezquina:
Tu piedad merezca al menos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á ti cuitada,
Perseguirán algun dia
Saetas de desconsuelos
Enarboladas de acibar.

Bien como amanece ufana
La pomposa clavelina ,
Y el granizo la destroza,
O el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida,
Rapido vuela el deleite,
Pesado el dolor camina.
Por último desengaño
Mi corazon solo aspira,
A elevarse en su bajeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjea,
Ni me vale la mentira.
Solo una alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza;
Esta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contara Lisardo
Que sois vos , Lisi divina,
Alma , dó el saber se hospeda,
Pecho , dó el candor se anida.

¿ Y querrás que no te adore,
 Y dirás que no te siga,
 Cuando lo que yo en tí veo
 A llanto y dolor me incita?
 Opóngaseme la noche
 De la ausencia de tu vista;
 Opóngaseme la nube
 De la pasión mas temida;
 Que siempre ansiaré por tí,
 Luz de mis ojos querida,
 Alma real, en cuerpo hermoso,
 Mil veces de imperio digna.

ROMANCE IV.

*La salida de Amarilis al
 Zurguen.*

Venid, venid Zagalejos,
 Que al Zurguen sale Amarilis,
 Si es que el Alba á media tarde
 Ver alguna vez quisisteis.
 Vereis triscar los corderos
 Cuando á mi Pastora miren;

Y que dó quiera que vaya,
 Balando por sal la siguen.
 El canto vereis que esfuerzan
 Alondras y colorines;
 Y que nacen azucenas
 Donde la sandalia imprime.
 Que la senda por dó pase
 Olor de Casia despide;
 Y que si los troncos toca
 Producen blancos jazmines.
 Vereis como el arroyuelo
 Por boca de perlas rie;
 Y saltar los pececillos,
 Cuando á su estanque se mire.
 Salir vereis los Zagales
 Con flautas y tamboriles,
 Los Zagales que en prisiones
 De sus rubias trenzas viven.
 Tristes vereis las Pastoras,
 Cuando de ellas se retire:
 ¿Pues qué los tiernos Zagales?
 Los vereis mucho mas tristes.
 Y á mí en fin veréisme ufano
 Si es que: á Dios, Zagal, me dice:

Empero si no me hablare
 De pena vereis morirme.
 Así cantó Arcadio, á tiempo
 Que llegó al prado Amarilis,
 Vergonzosa en ver que todas
 Como á nuevo Sol la miren.

ROMANCE V.

La fina satisfaccion.

Guárdate Dios, Zagaleja,
 De los mis ojos Aurora,
 Deidad del Zagal Arcadio,
 Y de sus corderos gloria.
 ¡O cuan galana á mis ojos
 Eres mi dulce Pastora!
 ¿De dó vienes tan ufana?
 ¿De dó sales tan graciosa?
 Tus ojos despiden rayos,
 Vierte dulce miel tu boca,
 Tu seno vence la nieve,
 Tus plantas producen rosas.
 ¡Ay como no puede Arcadio,

Aunque asaz fino te adora,
Corresponder al amor
Con que tú muy mas le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el Alba me asoma,
Tus mejillas me dan flores,
Tus labios me dan aljofar.
¿Sabes tú cuán dulce le amas?
¿O cuán tierna le enamoras?
¿Con cuáles luces le miras?
¿Con cuáles gracias le arrobas?
Así dijo amante Arcadio ,
En el día de sus bodas,
A Amarilis que le escucha
Con aquel pudor de novia.
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé , Pastora,
Que dejaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y así déjame, Zagala,
Que en sazón tan amorosa
Te pague cuanto me quieres
Con un beso de mi boca.

ROMANCE VI.

La Advertencia.

Quince años tienes, Zagala;
Y aun dudo si son cumplidos:
Flor de hermosura, bien digna
De mas honesto retiro
No ha mucho que te creia
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besandò el materno pico.
Y ya, á cuantos ves los quieres:
Como si fuera lo mismo
Solicitar tú á los quince,
Que otras á los veinte y cinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo,
Mas que la atrevida mano,
Que la arrancó del espino.
Con las Pastoras de treinta
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad

Usas de afeites fingidos.

¡Oh! guardate, que te llevan,

A dar en un precipicio

De dulce entrada, y salida

Mas amarga que torbisco!

Encontrarás mil Pastores

En las palabras muy finos,

Mas de tan dañados pechos

Como el áspid vengativo.

Perseguirán-te cual lobos

De ovejas blancas vestidos;

Hasta robarte la prenda

Que guardar no habrás sabido.

Harto te he dicho, Zagala,

Si quien te dió tan divino

Rostro te dió entendimiento

Para estimar mis avisos.

Así á una simple Serrana

Requirió Delio al oído;

Y al ver que el rostro apartaba,

Con mas blandura la dijo:

No fies de los hombres,

Niña, no fies;

Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes extraños:
No de sus engaños
Tu candor confies;

*Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.*

Tu bien va contigo,
Echale mil llaves;
Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo:
Mas no á lo que digo
El rostro desvies.

*Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.*

ROMANCE VII.

La Reprehension.

Zagaleja, el ser humilde.
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños
Deja estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entónces deshecho en llanto
A besarla el pie desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los Cielos te conceden;
Pero ser altiva y sabia
Quien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo

Jamás alzarse merece.
 El honor que dan los otros,
 Vano es, Zagala, que pienses
 Conseguirlo con tu orgullo,
 Que ántes bien lo desmereces.
 Del humo de las cabañas
 A no ser altiva aprende,
 Que cuanto mas alto sube
 Mas presto se desvanece.
 Misterio de la humildad,
 Que cuando así se envilece,
 Entonces empieza á alzarse
 Orladas de honor las sienas.
 Tal la planta que mas honda
 Echar la raiz pretende,
 Alza la florida copa
 Corona de los vergeles,
 Así que, Zagala hermosa,
 Si mi consejo siguieres,
 Serás querida de todos,
 Bendeciránle las gentes.
 Daráte la Aldea el nombre
 Que tu modestia desprecie;
 Y aunque se exceda en tu elogio

No temas , no , que le pese.
 Así cantaba Lisardo
 A los umbrales de Fenis,
 Que cansada de escucharle
 Como quien se agravia duerme.
 Rogáranle otros Zagales
 Que el cantar en vano deje;
 Y él de la ingrata Pastora
 Se despidió de esta suerte:

Ser Reina de la Aldea
 Quieres , Zagala,
 Pues vé que en ser altiva
 No logras nada.

Ser rey de las flores
 El girasol quiso,
 Y al Sol adulando
 Encubróse altivo;
 Mas ya ves , que ha sido
 Su intencion frustrada:

*Así que en ser altiva
 No logras nada.*

La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro;
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada:

*Así que en ser altiva
No logras nada.*

CANTILENAS.

CANTILENA PRIMERA.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado:
Busquéle congojosa;
Ay triste! y no le he hallado!
Antes que el Sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes;
Cercaré las cabañas
De los demas Pastores,
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna;
Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa,
Que mi pasion zelosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi amado;
Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa,
Ay triste! y no le he hallado!

CANTILENA II.

Ya la rosada Aurora
Por el balcon de Oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto;
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la Luna el oro,
Y á los Astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De pájaros sencillos.
Con blandos zefirillos
El prado en perlas cuaja
Y entolda de jazmines;
Y á abrir las flores baja
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores
En luces baña el viento,
Y en balsamo las flores.

Los dulces amadores
 En llanto enterneciendo;
 Y al pecho duro haciendo
 Mas blando y amoroso:
 Tú , Alexis desdeñoso,
 Aprende de la Aurora
 Cual los otros amantes;
 Y mira como llora
 Aljófares brillantes
 En lágrimas deshechos
 De sus cándidos pechos.
 Mas si amas mas despojos
 Ven, mírate en mis ojos,
 Veráslos perlas hechos.

CANTILENA III.

Ahora que suave
 La Primavera hermosa
 Al año abre la llave
 De su cancel de rosa;
 ¿Qué alma no está gozosa
 Y ahuyenta sus martirios,
 Viendo las azucenas
 De aljófár y oro llenas,

Los claveles y lirios
 En que el placer retoza;
 Cuando la vista goza
 Del tapiz mas lucido,
 Y la alfombra mas rica
 De cuanto multiplica
 Mayo y Abril florido?
 Vén , Alexis querido,
 Vén , vén á la floresta;
 Porque ¿qué mayor fiesta,
 Ni qué mayor recreo
 Hallar puede el deseo
 Que oir los ruiñeñores
 Cantar cabe las fuentes,
 Y en campos florecientes
 Coger hermosas flores ?
 ¡O amor de mis amores!
 Vén , vén al bosque ameno
 De todo placer lleno;
 Verás como cantamos
 Debajo de sus ramos
 Tan álegres cantares,
 Que los duros pesares
 A su pesar burlamos.

CANTILENA IV.

Un tiempo inadvertida
Seguí la caza ufana,
Al rito de Diana
En todo prevenida.
La trenza mal prendida
De un lazo sin concierto;
Un pecho y otro abierto;
Debajo de él un cinto
De bello laberinto,
Que en pertrechos brillaba:
De Corinto la aljaba
Con las saetas de oro
A la espalda colgaba
Con un ruido sonoro:
Un venablo liviano
Y una punzante flecha;
Esta en la izquierda mano,
Y aquel en la derecha;
De esta arte satisfecha,
En soledad cerrada
Al jabalí seguía,
Y al corzo noche y día:

En este afan cebada
De jabalis y de osos,
Y varia montería,
Con los despojos vía
Mi casa coronada:
Hasta que importunada
Por tus blandos suspiros
Que son de amor los tiros,
Al cabo fuí rendida,
Y mi altivez vencida;
Cuando me fué mostrado
De pena y alegría
Un no sé qué mezclado
Que nunca visto habia,
Y hacer amar podia
Los mármoles y bronce.
Arrepentida entónces
Del desabrido engaño
De aquel mi afan extraño,
A Cintia le decia:
Toma desde este día
Tu bocina, arco y cinto,
Y aljaba de Corinto;
Toma allá si te agrada
Tus lazos y tus flechas,

Que en redes mas estrechas
Estoy de Amor cazada.

CANTILENA V.

Cual suele en aire obscuro
Centella amortiguada
Rompiendo el azul muro,
Dejar de luz bañada
La bóveda estrellada;
Y aquel que la columbra,
En su quietud sabrosa,
Le arrebatata y deslumbra
La vista tenebrosa:
Tal yo la vez primera
Que ví el claro semblante
De mi adorado amante,
Turbada y pensativa
Quedé en nueva ceguera
De sus ojos cautiva.

CANTILENA VI.

Cual simple pajarillo
Que en una fuente pura

De una falsa hermosura
 Le llama el reclamillo;
 Acercarse sencillo,
 Cuando el véuelo atajado
 Entre la liga siente:
 Su prision no consiente,
 Y se halla mas ligado;
 Hasta que ya cansado
 Por mas que audáz forceja,
 De vencido se deja
 Quedar en la red preso:
 Tal siento yo que opreso
 Tengo el suelto alvedrío,
 Sin ver por qué, sin brio;
 Vencido, y aherrojado
 Se encuentra sin reposo,
 A un sinsabor gustoso
 El corazon ligado.

CANTILENA VII.

Pára , Ruiseñor blando,
 Pára tus dulces ecos,
 Que de esos ramos huecos
 La pompa está escuchando:

Párate, y treguas dando
 A las vecinas selvas,
 Hasta que á cantar vuelvas,
 Serásme fiel testigo
 Del disfavor, quebranto
 De la amargura y llanto
 Que me dejó mi amigo;
 Mas no: sigue tu canto,
 Pajarillo sonoro,
 No prives del encanto
 De tu picuelo de oro
 A estas selvas y fuentes,
 Que aguardan impacientes
 Oir tu lengua harpada
 De Reyes escuchada;
 Que si Silvio mi grato
 Amor mi fe y recato,
 A coronar no viene;
 Disculpa propia tiene
 Por hombre y por ingrato.

CANTILENA VIII.

Vén, vén, Filena mia,
 Que ya se pasó el día;

Vén, vén à mi cabaña,
 Que de Aquilon la saña
 Mil yelos nos envia.
 Vén, vén, que los Pastores
 Sus hatos recogieron
 Y á descansar se fueron
 Con sus Zagalas bellas.
 Vén, vén, sigue mis huellas;
 Vén, llégate, á mis brazos,
 Donde en sabrosos lazos
 Será mi amor eterno;
 Y acabará el infierno,
 En que mi pecho pena
 Desde Zagal muy tierno:
 Si noche tan serena
 Amor nos ha dispuesto,
 Llega á mis brazos presto;
 Llega, llega, Filena,
 Llega, y cante otro el resto
 De aquesta Cantilena.

CANTILENA IX.

Muchacho inadvertido
 Toqué un dulce instrumento,

Cuyo agradable acento
Me cautivó el oído;
Y apenas le hube erido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro:
Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el día
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del Sol el Señorío
Y magestad augusta,
Que no hay fanal que iguale.
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta,
Medrosa de su brio.

Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento
Cuando mas lo desea
El bajo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella así me dijo:
Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisongera
Un poco mejor fuera,
Que en ti la acomodaras,
Y no me avergonzaras.
No soy Alba, ó Lucero,
Mas te adoro y te quiero:
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quiza en mil amantes

No lo hay tan verdadero.

CANTILENA X.

Un Colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y así regocijado
Dulce la saludaba,
Y alhagos mil la hacía.
Ya en su alda se ponía,
Ya de ella se apartaba;
A su seno volvía,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba
Parece que contaba
A mi bien su contento
No lejos de su oído;

Mas ella con el ruido
 Abrió sus ojos bellos,
 Y el pájaro que de ellos
 La hermosa lumbre vido;
 Cayó en su falda herido.

CANTILENA XI. *

Sobre las frescas flores
 De una alameda umbría
 Mi Licori dormía,
 Gustando los dulzores
 Que el sueño la ofrecía.
 Y yo, que en sus rigores
 Estaba desvelado
 En su ausencia abrasado,
 A ver mi bien corria,
 Ardiendo en vivas llamas.
 Cuando el son de las ramas,
 Que tropezando hacia
 Al sueño dan enojos;
 Y ella abriendo los ojos,
 Me deslumbraron luego:
 Y caigo en tierra ciego,
 Y aumento sus despojos.

Vuelve luego á cerrarlos :
Vuelve el sueño á gozarlos ,
Y yo á recobrar vista :
Mas tanto me conturba
Amor con la evidencia
De la incierta conquista ,
Que me hace amar su ausencia ,
Y huir de su presencia.
Ya de ella me apartaba ,
Cuando ir hácia ella veo
Una Abejuela brava ,
Con airoso meneo ;
Que me da zelos creo ,
Y zelos muy crueles ;
Cuando en los dos claveles
De sus labios reposa ;
Y gusta de sus mieles
Como en purpúrea rosa.
¡ O avecilla atrevida !
¡ O abeja inadvertida !
Exclamo ; y presurosa
De sus labios se aleja ;
Llevándose robada
La miel mas delicada
Que dieron jamás flores.

Mas yo muerto de amores,
La digo : dulce abeja ,
Deja de volar ; deja
Tu curso acelerado :
Y si en algo te obligo ,
Parte , parte conmigo
El néctar que has robado.
Asi con dulce agrado
Mi dulce Pastorcilla
Te convide de nuevo
Con el sabroso cebo
De su rica mejilla :
Te deberé , avecilla,
Lo que al Amor no debo.

ANACREÓNTICAS.

ANACREÓNTICA I.

Siendo yo niño tierno
Iba cogiendo flores
Con otra tierna niña
Por un ameno bosque:
Cuando sobre unos mirtos
Ví al Teyo Anacreonte,
Que á Venus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Voime al Viejo y le digo:
Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene,
Que me gustan sus sonos.
Paró su canto el Viejo,
Afable sonrióse;
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira:
Toquéla, y desde entónces
Mi blanda Musa solo,
Solo me inspira amores.

ANACREÓNTICA II.

¿Quién es aquella Ninfa,
 Que por esos jardines
 Viene dando á las flores
 Mil cándidos matices?
 ¿De púrpura vestida
 Con lazos carmesíes,
 Que el aire y gentileza
 Del bello dueño dicen?
 ¿Ceñidas sus garzotas
 De rosas y alelís;
 Y de Ninfas cercada,
 Que obedientes la sirven?
 Sin duda será Venus,
 La gran Deidad de Chipre:
 Pues no, Zagal, no es ella,
 Que es mi Pastora Nise.

ANACREÓNTICA III.

Al son de los rabeles
 Que en estas selvas tocan
 Formando alegres danzas

Zagales y Pastoras:
 Echa, Batilo, vino,
 Y asaz llena las copas;
 Brindarás tú á mi Nise,
 Brindaré yo á tu Flora;
 Y entrambas coronadas
 De mirtos y de rosas,
 A honor de Baco bailen,
 Que nos asiste ahora.
 Que yo tomaré luego
 Mi cítara sonora,
 Y cantaré contigo
 Letrillas mil graciosas.

ANACREÓNTICA IV.

Si alguna vez me veo
 De tristezas cercado,
 Que juntas á porfia
 Me están atormentando;
 Luego, luego á tus brindis
 Me entrego, ¡ó Padre Baco!
 Y á fé que las tristezas
 Huyen mas que de paso.

ANACREÓNTICA V.

Durmiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egón los brazos
Gozaba de mi Nise.
Yo entónces entre sueños
Incorporarme quise,
A vengar con su muerte
Mis zelos insufribles.
Pero desperté en esto ;
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volví luego á dormirme.

ANACREÓNTICA VI.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas ;
Y con él ambas manos
Me ligaba alagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que facil cosa fuera ,
Quebrantar las lazadas



*"Y bebamos alegres
brindando en su boda"*

Enquidanos lo qº

Con que amarrarme intenta.
 Mas despues lloré triste ,
 Cuando al querer romperlas ,
 Aquel blando cabello
 Le hallé dura cadena.

ANACREÓNTICA VII.

Corra el otro indignado
 A las sangrientas lides ,
 Ansioso de algun triunfo
 Que su nombre eternice.
 Que yo quieto en mi Aldea
 Solo correré al brindis ,
 De aquel licor suave
 Que á Baco dan las vides.
 Licor que es muy sobrado
 A hacer que el hombre triste ,
 En sus mayores penas ,
 Se aliente y regocije.

ANACREÓNTICA VIII.

Debajo de aquel árbol
 De ramas bulliciosas,

Donde las auras suenan ,
 Donde el favonio sopla ;
 Donde sabrosos trinos
 El ruiseñor entona ,
 Y entre guijuelas rie
 La fuente sonora ;
 La mesa , ó Nisé , ponme
 Sobre las frescas rosas ,
 Y de sabroso vino ,
 Llena , llena la copa.
 Y bebamos alegres
 Brindando en sed beoda
 Sin penas, sin cuidados ,
 Sin sustos , sin congojas ;
 Y deja que en la Corte ,
 Los grandes , en buen hora,
 De adulacion servidos
 Con mil cuidados coman.

ANACREÓNTICA IX.

No busco de Alejandro
 Los prósperos sucesos ,
 No envidio sus haberes
 Al opulento Creso.

No á Adonis su hermosura,
 No á Alcides el esfuerzo,
 No, no á Platon su ciencia,
 No, no su lira á Orfeo.
 Solo la dulce vista
 De la que me ama quiero,
 Que estimo en mas sus ojos
 Que todo el orbe entero.

ANACREÓNTICA X.

Batilo, échame vino,
 Llena el vaso, muchacho:
 Mira que no le llenas,
 Echale hasta colmarlo.
 Echa otra vez; pues este
 Lo mismo que el pasado
 De un sorbo le he bebido;
 Con la misma sed me hallo.
 Echame otra vez, que este
 Le consumí de un trago:
 Que ó bien mi sed es mucha,
 O me han mudado el vaso.
 Otra vez echa, ¡ay cosa!
 Que en el vaso que acabo,

El anterior , y el otro ,
 Efecto no he encontrado.
 Pues echa este , otro , y otro ,
 Y hasta mil sin contarlos ;
 Porque ó mi sed es mucha ,
 O me han trocado el vaso.

ANACREÓNTICA XI.

Bebe , bebe , mi Nise :
 Come , muchacha , come :
 Porque sin Baco y Ceres
 Se hielan los amores.
 Llena , llena la copa
 De los dulces licores
 Que el alma nos alegren ,
 Que el seso nos trastornen.
 Come , come , no ceses :
 Bebe , bebe , no aflojes ;
 Los vinos se varíen ,
 Los manjares se doblen.
 Bebe esta copa y otra ,
 Y otra y otra , que entónces
 Verás hervir tu pecho
 De ampresos ardores.

Y que sin recatarse
 Se unen los corazones,
 Se doblan los abrazos,
 Y excitan los amores.

ANACREÓNTICA XII.

Bajaba por los vientos
 Un rayo despedido
 De la suprema mano
 De Júpiter divino.
 Viólo el Amor, y al punto
 Hacia él se fué atrevido;
 Y entre sus tiernas manos
 Airado lo deshizo.
 Y al fin se volvió ufano.
 Dando á entender el niño,
 Que es el amor mas fuerte
 Que el fuego mas activo.

ANACREÓNTICA XIII.

Corte, corte en buen hora
 El Guerrero invencible
 Laureles, que en su frente

Su esfuerzo y gloria indiquen,
 Y á mí, muchacho, solo
 Solo córtame vides;
 Y de sus frescas hojas
 Mis rubias sienes ciñe.
 Que esto á mi me es muy propio,
 Que á Baco sirvo humilde,
 Que me armo de su copa,
 Y triunfo con sus brindis.

ANACREÓNTICA XIV.

¿No ves, Nise, la envidia,
 Murmurio y sobresaltos,
 Y odios con que en la Corte
 Vivimos angustiados?
 Pues lejos, lejos de ella
 Salgámonos al campo,
 Que allí vivir podemos
 La dulce paz gozando.

ANACREÓNTICA XV.

Vuela, Ruiseñor blando,
 Vuela, y cuéntale á Nise

Las lagrimas , que á Arcadio
Llorar por ella viste.

Díle que ovejas , flores ,

Aves , fuentes y vides ,

De su desden murmuran ,

De mi dolor se aflijen.

Dile , como en su ausencia

Solo su voz repite:

Llorad ojos cansados ,

Salid lágrimas tristes.

Díle en fin , que se acuerde:::

Pero ya nada dile ;

Dí solo , si gustares ,

Dí que espirar me viste.

ANACREÓNTICA XVI. *

En tanto que fuí niño

No supe de trabajos :

Ni el pago que dar suelen

La edad y el desengaño.

Burlabáme ignorante ,

De ver á un cuerdo anciano ,

Hecho un niño en sus risas ,

Con el tazon de Baco ,

Mas luego que he sabido
Del mundo los engaños,
Que dan al que es mas bueno
Pesares más amargos:
Tú, ó Baco, me enseñaste
El modo de hacer gratos
Los tragos que dá el mundo,
Con tus alegres tragos.
Con ellos me alborozo:
Con ellos juego y danzo:
Con ellos mis pesares
Huyen mas que de paso.
Así bebiendo alegre
Yo vuelvo á ser muchacho:
Si quiera se avergüencen
Las canas y los años,

ELISA.
IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.

El clavel.

La madre universal de lo criado,
 Que con diversas y pintadas flores
 De la alma Primavera, en mil olores
 Adorna el verde manto, que ha bañado
 Zéfiro en mil olores.

Ya alzando el Cielo frescas azucenas
 Nacidas al albor de la mañana;
 Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
 De frescas ojas, y de frutas llenas,
 De rosicler y grana;

En mi huerto produjo el mas hermoso
 Pundonor del jardín, el presumido
 Galan de toda flor, astro florido,
 En quien se excede el año presuntuoso,
 El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora;
 Corto vivir le destinó la suerte,

Y solo un sol solemnizarle advierte
 En risa el Alba, en lagrimas la Aurora
 Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,
 O bello airon de tu galan sombrero,
 Por primicia del año placentero,
 Y de un alma, que á tí te ha consagrado
 Su afecto lisonjero.

Lógrese en tu beldad esclarecida:
 Y pues del año fué pimpollo tierno,
 Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
 Y á tu lado consiga eterna vida
 En un Abril eterno.

IDILIO II.

La ausencia.

Mírote en noche del helado invierno
 Botos tus cuernos, Luna amortiguada;
 Y entre negros celajes ofuscada,
 Muestras falto de luz el rostro tierno,
 De Febo desdeñada.

Tal yo mezquina entre una niebla obscura
 Quedo al desden que el ánimo me hiela,
 Sin luz ni gala, mi cariño vuela,
 Mísero, solo, y pobre de ventura,
 Y sin tu centinela.

Solo á tí he descubierto mis amores,
 Solo á tí he dado cuenta de mi vida
 Como á la secretaria mas querida,
 Que el Cielo pudo darme en sus favores,
 De que ando despedida.

Que si acaso el cruel, cuya memoria
 Siempre en mi alma vivirá guardada,
 Llegáre aquí á sazón, que declarada
 Esté ya por la muerte la victoria
 De mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
 Y por corona de mi triste suerte
 Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
 Muy mas su ausencia el ánima me lleva,
 Que el brazo de la muerte.

IDILIO III.

Los Zelos.

Tú, Ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces las selvas con querellas,
Su gravísimo daño lamentando
Al Cielo y las Estrellas.

Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo harpado.

¿Quien te persigue? ¿Quien te aflige tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mia,
Que advirtiéndote tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.

No me desprecies cuando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajaras;

Pues si mis desventuras vieras claras,
 Y al fin te persuadieras de mi daño,
 Quizá el tuyo aliviaras.

¡Triste de mí! que en páramo apartado,
 Siendo alimento á pena tan esquivá,
 Halle muerte de zelo, que derriba
 El edificio amante, que hube alzado
 Sobre agua fugitiva.

ÍDILIO IV.

Duración de su amor.

Plátanos frescos de esta verde falda,
 Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
 Que os holgais con los céfiros serenos,
 Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
 Los prados siempre amenos;

Vos, en quien floreció la primavera,
 Y alzais al Cielo vuestra frente grata,
 Dando ornamento á la luciente plata
 De los raudales de esta fiel ribera,
 Y veis como os retrata;

Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo;
Crezca , pues , lo grave en vuestra corteza,
Crezca mi amor , mi nombre y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el Cielo,
Ornandoos de belleza.

Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumento , no , mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

IDILIO V.

Ilusiones de la tristeza.

Descaminada, enferma, y peregrina
La estéril tierra piso:
Ocúltase la luz que me encamina,
Y tiemblo de improviso.

Airado el Aquilon tronca las plantas,
Silvando en las cavernas:
Suspenden sus dulcísimas gargantas
Las avecillas tiernas.

Marchítanse estos prados, cuando miran
El fuego de mis ojos;
Las florecillas de ellos se retiran,
Armándose de abrojos.

Copian mi rostro pálido las fuentes,
Y enturbian sus cristales:
Huyen de mí las fieras inclementes
Con bramidos fatales.

¿Quién les dijo mí mal? ¿Quién les dió cuenta
De mi dolor callado,
Cuando el ardor que el alma me atormenta
Decir me está vedado?

¿No te basta, cuitada, el miedo extraño
Que dentro el alma sientes,
Sin que todas las cosas en tu daño
Se muestren inclementes?

Llora, ¡ay mísera! llora, pues el llanto
Solo á tu mal conviene:
Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto
Remedio alguno tiene.

IDILIO VI.

Delirios de la desconfianza.

O sé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio donde no me guardo
Sigo la senda, preso el alvedrío
Con pie dudoso y tardo.

Nuevo ardor me arrebató el pensamiento;
 Discurro por el yermo con pie errante;
 La actividad de un fuego penetrante;
 Ni la inquietud que en mi interior yo siento,
 Huyen de mí un instante;

Por el hondo distrito y dilatado
 Del corazón en fuego enardecido
 Se explayó el gran raudal de mi gemido
 Y la dulce memoria de mi amado
 Hundió en eterno olvido.

Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
 Escándalo funesto y escarmiento
 A los tristes amantes, que sin tiento
 Levantaron de lágrimas sus gozos,
 Gozos de inútil viento,

Los que en la primavera de sus días
 Temieron el desden de sus amores,
 Envidien el tison de mis dolores,
 Y fuego aprendan de las ansias mías
 Los finos amadores,

IDILIO VII.

La agitacion.

¡Ay! ¡cómo ya la alegre Primavera,
 A su felice estado reducida,
 Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
 Esmaltando de flores su ribera,
 Que ántes se vió aterida!

Suelta el raudal su risa armoniosa;
 Y canta el ruiseñor con trino doble:
 De púrpura se viste el clavel noble,
 Y enlaza al olmo con la vid hermosa,
 Y con la hiedra al roble.

¡Qué de veces me vió rosada Aurora
 Mustia y debil la flor de mi hermosura,
 Reclinada del monte en la espesura,
 Y en vela inquieta me encontró á deshora
 Llorando mi ventura!

Cae del Cielo la noche tenebrosa;
 Cubren sus álas negras todo el suelo:

Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño dá engañosa
A mi triste rezelo.

Que despierto asustada : y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio:
Vuelvo en vano á dormir , y desconfío
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

Triste de mí que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego,
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego.

IDILIO VIII.

El desfallecimiento.

Delicioso vergel, fuente risueña,
 Espumoso raudal que al prado esmalta,
 Y de la peña que miró mas alta
 Al cóncavo enyedrado de otra peña
 Lleno de aljófara salta.

En este soto un tiempo entretenido
 La flor mi breve pie pisó contento:
 Vi aquí mas verde juncia, allí mas viento,
 Acá halle fresco, allá un balcon florido,
 De mi delicia asiento.

Pues ya del Sol la luz que al mundo alegra
 Huye á mis ojos que aman el retiro;
 Y ciega del humor con que suspiro,
 Y triste y sola entre una nube negra
 La fiera parca miro;

¡ Cielos ! ¿ á cuál deidad tengo agraviada,
 Que en medio de mi dulce primavera

En tan nuevo rigor quiere que muera,
 Y que ántes de gozarla, parca airada
 Corte mi flor primera?

Del seno obscuro de la tierra helada
 Llamarme con terribles voces sienta:
 Tristes sombras cruzar vi por el viento,
 Y que me llaman todas de pasada
 Con lamentable acento.

No me aterra la muerte, ni rehusa
 El dejar de vivir de edad florida,
 Ni he esquivado la muerte tan temida,
 Que amaneció con mi vivir confuso
 De mi cuidado asida.

Siento haber de dejar deshabitado
 Cuerpo que amante espíritu ha ceñido,
 Y yermo un corazón que tuyo ha sido,
 Donde todo el amor reinó hospedado,
 Y su imperio ha extendido:

No el morir siento, ¡ay Dios! siento el dejarte:
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraíso y gloria el verte;
¿Que gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpetua muerte?

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA. *

EN ALABANZA

DE LA VIDA DEL CAMPO.

*Delio, Silvio, Alexis.**Poeta.*

Canto con voz suave
 Del Tormes dos galanes Pastorcillos:
 Y aquel contender grave,
 Que hubieron al vergel de los tomillos:
 Holgándome de oillos;
 Que tan dulces primores
 Jamas pensé de rústicos Pastores.

Luisa sin par graciosa,
 Del gran blason de Asturias ornamento,
 De España lumbré hermosa,
 Que envidia el estrellado firmamento;
 Si alguna vez contento
 Te dió el ameno prado
 Con la luz de tus ojos hermoseado;

O si te place ahora
 Ser de sus dulces musas norte y guía,
 Presta oído, Señora,
 Al tierno son de la zampoña mia:
 Que aunque ronca solía
 Sonar, si hoy la escuchares
 Vientos enfrenará, calmará mares.

Al tiempo que hacen salva
 Los tiernos ruseñores dulcemente
 Al que en brazos del alba
 Se levanta del tálamo de oriente;
 Y sacando la frente
 Bañada de esplendores
 Nos da luz, cuaja perlas, abre flores;

De su chozo salía
 Delio Pastor de Tormes regalado:
 Delio, por la armonía
 De su sin par zampoña, celebrado;
 Guiando su ganado
 Por la mas fértil vega
 Que el Tiber Español fecunda, y riega.

Y el buen Zagal, que estaba
 El cielo, y suelo hermosos contemplando,
 Sacó el rabél, que daba
 Alegría á las granjas con son blando:

Al cual acompañando
 Voz del alma salida,
 Así cantaba á la estacion florida.

Delio.

Deja en buen hora , primavera alegre,
 Deja de Cipro, deja los Jardines;
 Y á los confines de la Madre Iberia
 Súbito vente.

Vén, ninfa hermosa; y por la verde alfombra
 De nuestros valles, siembra á manos llenas,
 Siembra azucenas blancas, rojas flores,
 Cárdenos lirios.

Tambien Favonio , de benigno aliento,
 Para bien nuestro dulce á silvar vuelvas;
 Y de estas selvas vistas los erguidos
 Álamos tiernos.

Tu frente bella de esperanza verde
 Inmensa madre , muestra coronada
 Del Cielo ornada con tan regalados
 Fértiles dones.

En vuestras cimas amarillos montes
 Benigna hiera la Apolinea lumbre;
 De cuya cumbre leche y miel destile
 Líquida vena.

Por bellos caños de variado jaspe
 Viertas, ó fuente, perlas orientales;
 Y en tus cristales los sedientos pechos
 Néctares beban.

Cantad ufanos pajarillos blandos:
 Henchid la selva de amoroso acento:
 Y el vago viento vuestros picos, y alas
 Rápidos corten.

Saltad alegres corderillos mios;
 Corred jugando tras las madres blancas;
 Y sin carlancas sueltos mis mastines
 Júbilo muestren.

Vuestros contentos por los verdes llanos
 Mostrad tañendo, dulces Pastorcillos,
 Los caramillos con que dais al bosque
 Música alegre.

Deja tus urnas regalado Tormes
 Y á ver el dia sal del agua afuera;
 Y en tu ribera discantando mira
 Cándidos cisnes.

Tambien vosotros , amorosos Faunos,
 Bellas Napeas , coro de Amadrias,
 Y hermosas Drias , celebrad aquesta
 Selva florida.

Vengan pues , vengan las divinas gracias
 Al gozo ameno de la amiga selva:
 Todo se vuelva dulcedumbre , y todo
 Júbilo sea.

Quien quiera siga , siga las pisadas
 De los que ¡ó Mundo! en grillos de oro pones;
 Miseros dones , con que los adulas;
 Miseros lazos.

Y tú que un tiempo el desengaño viste,
 Libre tu dueño , libre el son levanta:
 Y alegre canta al inocente campo
 Cítara mia.

Silvio.

Díme querido Alexis , así goces
 Del amor de tu dulce Galatea,
 ¿ Quien hinche el valle de sonoras voces ?

Alexis.

Yo , mi Silvio , no sé cual Pastor sea:
 Tan solo sé que Delio nuestro amigo,
 Conduce su ganado junto á Otea.

Silvio.

De eso puedo yo ser mejor testigo;
 Que á mi Padre sirvió : mas el que canta
 Si es él ú otro Zagal , solo te digo.

Alexis.

Un poco mas los pasos adelanta:
 Y al cuento le verás de esa pradera;
 Pues has por conocerle prisa tanta.

Silvio.

Yo me holgaría , sí , que Delio fuera;
 Pues con su ingenio , y tono regalado
 Quizás algun placer al alma diera.

Que este pastor cual padre de mi amado,
 Aunque en la grande Mantua no hace asiento,
 Ni en las doctas Atenas se ha versado,
 No es Pastor, no, de ocioso pensamiento;
 Que antes goza de fértil fantasía,
 Con una luz de raro entendimiento.
 Que allá en mis hatos yo estudiar le vía
 De cielo, y tierra las disposiciones,
 Y hazañas de la Hispana Monarquía:
 Desde el polar crucero á los Triones
 (Cual si el Pastor allá se hubiera hallado)
 Noticia da de todas las naciones.

Alexis.

Pues yo te apostaría de contado
 El manso mas gentil de mis ovejas,
 A que no es otro el que hemos escuchado.
 ¿No te suena su voz en las orejas?
 ¿De su rabel no escuchas el sonido?
 En vano en conocerle mas te aquejas.

Silvio.

No en vano para mí, que es muy debido
 Que yo le busque, y mi pasión le cuente;
 Que al fin le quiero como me ha querido.

Mas hételo á la orilla de la fuente:
 ¡Ay Dios! cuanto me alegró de enconrallo.
 Por pasar esta aurora alegremente.

Delio.

Amado Silvio, lustre de este valle,
 Jóven Narciso de este bosque, y río,
 En hora buena mi cariño te halle.
 El Cielo guarde ese ademan, y brio:
 Y como creces en edad florida;
 Así dilates tu amplio poderío.

Silvio.

Gozar quisiera descansada vida:
 Mas cual le place á mi contraria estrella,
 Cada vez me será mas desabrida.

Delio.

Vemos Zagal tu primavera bella,
 Don celestial de mil venturas lleno,
 Y tu beldad que á todo el campo sella
 Date la comun madre de su seno
 Sin repugnancia frutos, y años tales,
 Cuales á nadie en este campo ameno,
 Bien querido de nuestros mayórales,

Tal vez de mil Pastores codiciado,
 Y envidiado tal vez de mil Zagales;
 Y con todo pretexto has encontrado
 Que de tu ser feliz haga olvidarte,
 Para ser con los míseros contado.

Silvio.

Escusado es, mi Delio, ya contarte
 Agravios de que no puedo guarirme
 Ni lo podré alcanzar por fuerza, ú arte.
 Intentaron los hados destruirme:
 Y por mas que á sus crudos golpes arme
 El corazon, no puedo resistirme.
 Así que estoy resuelto de ausentarme
 De esta heredad á Mantua la famosa;
 En donde espero de este mal librarme.
 Jamas con pena el ánimo reposa:
 Y pues fortuna dices me dá el Cielo,
 Probar quiero hasta donde es poderosa;
 Porque yo al fin no tengo por buen zelo
 El que mostramos á esta choza, y prado,
 Sin ver otro jamas que aqueste suelo.

Delio.

¡Ay Silvio, cuanto vives engañado!

Y cuan cierto es aquel proverbio viejo,
 Que nadie está contento con su estado.
 Mas porque anticipado el buen consejo
 Tal vez al hombre suele ser amargo,
 Y odio, y cautela trae consigo anexo;
 Yo te ruego, Zagal, nos hagas cargo
 De la ocasion, que así vino á mudarte.

Silvio.

Oid; que yo os prometo no ser largo.

Delio.

Preparados estamos á escucharte.

Silvio.

Ya veo que os espanta
 Mi interior guerra, y mis discursos raros;
 Y que hay justa razon para admiraros
 Con lo que mi voz canta;
 Que sobre mi experiencia se adelanta:
 Siéndome desabrida
 La suerte, que parece que abrazaron
 Mil sabios, que las selvas celebraron
 Con voz dulce, y subida,
 Llamándola apacible, y dulce vida.

Pláceme , que este suelo,
 Y montes coronados de lentiscos,
 Y la estrañeza de estos altos riscos,
 Y despejado cielo
 Den bastante ocasion al Dios de Delo.

Pero negar no debo,
 Que estando de las ciencias tan remoto,
 Tiene al ingenio endurecido , y roto,
 Sin que cosa de nuevo
 De un dia en otro muestre el mismo Febo.

Porque , ¿cual noble idea
 De la máquina hará del universo,
 Mas admirable cuanto mas diverso,
 Aquel que jamas vea
 Mas que los breves chozos de la aldea?

Que al fin cosa es pesada,
 Ver cual pasamos los prolijos dias
 En estas solitarias alquerias;
 Sin que esta vida en nada,
 Cual de Pluton el reino , sea variada.

Si el bosque reverdece
 El azul lirio , y los claveles rojos,
 Aunque tal vez deleitan á los ojos;
 Triste al cabo se ofrece
 Por la gran soledad , con que aparece.

Y una vez observada
 La amenidad de selvas, fuentes, prados;
 El repetir fastidia sus cuidados:
 Y queda de sobrada
 La atencion mas vivaz desconsolada.

Si mi juicio desdeñas,
 ¿Qué sacas, dí, de oir las bulliciosas
 Aguas correr, ó respirar las rosas;
 Si responden las peñas;
 O si el árbol parece que hace señas?

¿Qué en notar se adelanta
 La variedad, que ves en brutos tardos,
 Ligeras aves, rápidos bastardos,
 Diversidad, que espanta,
 O que puede alegrar fiereza tanta?

Pues la aldeana gente
 Corta es de ingenio, y llena de rudeza;
 Y placer poco causa á la grandeza
 De un ánimo valiente,
 Que estrechez tan oculta no consiente.

¿Cual razon no se enturbia
 Sin salir de otro asunto, ni palabras,
 Que huertos cultivar, ordeñar cabras,
 Si crece el ren, ó alubia,
 Si el ábrego promete viento, ó lluvia?

Si alguno en la contienda
Pastoral ganó un premio sabiamente,
La soledad del sitio no consiente,
Que su virtud se extienda;
Ni que otro; que los rústicos lo entienda,
Si otro osa divertirse
Seguirá solo al aspera Diana,
Cruel hallando alguna traza insana
De la que perseguirse,
O perseguir á otro ha de seguirse.
Y cuando esto no sea
Abundar en sospechas, y malicias
Contra el pastor, que sigue las caricias
De zagala no fea,
Siendo por ello el cuento de la Aldea.
Así, bien que esta vida
En la mayor bajeza abandonada
Fuese de muchos doctos celebrada;
Quizá no fué seguida,
Ni con un querer libre apetecida.
¿Y quién dirá, que menos
Que entre estos rudos, y agrios materiales
Pueden brillar las lumbres naturales
En los Pueblos amenos
De gentes, de artes, y de ciencias llenos?

Cual Dalmíro decía

Aquel , que siendo joven fué á la guerra
De Portugal ; las Cortes vio , y la tierra
En donde empieza el dia;
Y que portentos de ella referia.

Expuso la destreza,
Con que á naturaleza vence el Arte:
El órden , con que todo se reparte;
La gala , y la fineza,
Novedad grata , y célebre grandeza.
Por esto al gran Carpento,
Cual te dije , pasar me determino;
Donde ver cosas grandes imagino;
Que por mas que esté atento,
Jamás las alcanzó nuestro talento.

Delio.

Bien veo noble Silvio , que has querido
Con tu voz , y talento sin iguales
Dar pruebas de tu ingenio florecido,
Y mostrarnos , Zagal , cuan bien te vales
De la enseñanza , que en tus tiernos años
Te dió el mejor de nuestros mayores.
Mas la falta de edad , y desengaños
Tras de tu ardor te lleva , y arrebatá

A padecer al fin duros engaños.
 Y así en no desengañarte fuera ingrata
 Este día mi voz ; que en lo propuesto
 Contradecirte en modo humilde trata.

Silvio.

Pues muévela , que á oírte estoy dispuesto:
 Demas que sin su luz encaminado,
 Nunca pensára de partir tan presto;
 Nunca dejára tu amistad , y lado.

Delio.

¡ O tres , y cuatro veces bien hadado
 El primitivo siglo delicioso;
 Que de otro no envidioso,
 A ser llegó de todos envidiado:

Cuando el sùpremo artífice del cielo

Bendijo el suelo;

Dó verdad Santa

Selló su planta;

Todo era artura

Todo dulzura;

Y el hombre ufano un libre ser gozaba,
 Amando solo al dueño que admiraba!

Amable sencillez, que los humanos
 Ignorantes del bien que poseyeron,
 Por su culpa perdieron
 Con su maldad, y pensamientos vanos;
 ¿Adónde, Zagal, piensas que se ha huido
 Lejos del ruido
 De los tiranos,
 Que nada humanos,
 Ciegos, é injustos
 Huyen sus gustos?
 ¿A dó, si no es á nuestras heredades
 Con quien hizo perpetuas amistades?

Puerto tranquilo, sosegado suelo,
 Donde del mar del Mundo el vagel roto
 Huyendo el alboroto
 Encuentra el alma Celestial consuelo:
 ¡Cuántos ya de tus árboles frondosos
 Los dolorosos
 Tristes vestidos,
 Humedecidos,
 Que del libraron,
 Ledos colgaron!
 De aquí mirando, como de atalaya,
 Los que ahogados el mar lanza en su playa.

Dichoso, el que de aquí no ve los techos,
 Y patios de magníficos Señores,
 Torneados corredores;
 A emulacion de agena pompa hechos:
 Goza, sí, de mas plácida morada
 En sosegada
 Fresca alameda;
 Que vid enreda
 Por prado ameno
 De flores lleno:
 Que el rayo al mas gentil torreón derroca;
 Y al débil heño su poder no toca.

No del Pastor los ojos se dirigen,
 A adorar oro, plata, y falsas piedras;
 Que con agenas medras
 Sobre el polvo en los pórfidos erigen:
 Pero contempla en matizado suelo
 Al raso Cielo
 Luces mas bellas
 De astros, y estrellas,
 Que hacen notoria
 De Dios la gloria;
 Pues solamente el Cielo, y no el palacio
 Llenar puede del alma el ancho espacio.

Al rey no culpa con orgullo vano:
 Ni su gobierno, ó ley mudar quisiera;
 Cual si Dios no tuviera
 El corazón del Rey siempre en su mano;
 Que ántes le alaba con afecto puro;
 Porque seguro
 Le ha conservado
 Su haber, y prado;
 Y á tardos bueyes
 Solo dá leyes:
 Qué el que á sí propio no se ha gobernado
 Mal podrá dirigir ageno estado.

Contento el Pastor vive con su suerte
 Sin mayorazgos de avarientos padres;
 Que de ellos, y sus madres
 Por gozarlos se alegren en la muerte:
 Pues dende la bajeza de su estado
 Nunca ha pensado;
 Ni se asegura
 Mayor ventura,
 Que la que hoy tiene,
 Y le conviene;
 Cuando ver á su Padre es el contento
 Mayor del que al trabajo vive atento.

Jamas nadie le vió , que á hierro duro,
 Sus senos rompa á la primera madre;
 Ni sus venas taladre,
 Osando despojar su claustro obscuro:
 Antes en su vergel solo apetece
 Lo que le ofrece
 Abierto el pecho;
 Y es de provecho,
 Para la vida
 Bien bastecida:

Que la tierra tal vez solo ha temblado
 Del que avaro sus senos ha robado,

No sufre al ambicioso , que contento
 Presumió en un mortal fijar su suerte;
 En cuya incierta muerte
 Se desvanece su alto pensamiento:
 Antes aquí mas bien Naturaleza
 Le dió llaneza,
 Y honras iguales
 A otros Zagales
 Con firme suerte
 Hasta la muerte;

Que junto á la ambicion en cosa alguna
 Jamas juró estar firme la fortuna.

Ni se goza el pastor desvanecido
 Con blason heredado; ni presume
 Por ageno perfume,
 Tal vez dado á quien no lo ha merecido.
 Empero á la quietud del alma atento

Le da contento

Su fantasía;

Que es la que guia

Sus opiniones,

Dichos, y acciones:

Que el cuerdo solo á presumir se atreve
 De obrar lo que le es propio, y lo que debe

No va sin lucimiento sometido

Al mando del Señor, que el mundo encumbra;
 Y su virtud deslumbra,
 Y aja su libertad desvanecido:

Sino libre en las juntas de pastores,

Goza favores;

No le desprecia

Soberbia necia;

Y es atendido

Con grato oído:

Que en la noche mejor la estrella luce

Que á par del Sol; que su esplendor desluc

Ni, como el vano, oído da engañado
 A la música, y voz de aduladores;
 Aparentes loores,
 Que si lo mira no le dan de grado:
 Mas entre tanto que sus cabras pacen;

Libres le hacen

Las avecillas

Mil maravillas

Con un sonido

Grato al oído:

Que aquello el hombre mas siempre apetece
 Que con un querer libre se le ofrece.

Al ganadero su vianda, y plato
 Jamas agena mano le dispone;
 Donde ponzoña pone
 Algun traidor, ó servicial ingrato;
 Mas estos huertos de maduro fruto

Le dan tributo

Con las tempranas

Legumbres sanas;

Y transparentes

Aguas las fuentes:

Que jamas daño encubre la corteza
 De lo que al hombre dió Naturaleza.

Jamas el hombre aquí la voz atiende
 Del que afectó ridícula cultura;
 Cuya habla al fin obscura
 Ser alabada sin razon pretende;
 Mas si en su pastoril , y alegre bando
 Verdad amando
 Su amar declara
 Con lengua clara,
 Zagal sencillo,
 Gozo es oillo:

Que no es loable lo que no se entiende;
 Solo amando el mortal lo que comprende.

Ni la pastora á la naturaleza
 Osó mentir con cauteloso afeite;
 Ni hizo usura al deleite,
 Usurpando á las flores la belleza:
 Antes mostró con naturales dones
 Propias facciones,
 Faz limpia , y pura ,
 Simple blancura ,
 Donaire bello,
 Suelto cabello;

Pues que la gentileza mas preciada
 Solo es gentil , si simplemente agrada.

En fin, pastor, si es la virtud hermosa;
 Y ella sola corona de la vida;
 Y en el Orbe no hay cosa,
 Que con tan soberano bien se mida;
 En esta soledad, en este prado
 La han encontrado
 Las almas puras;
 Que á sus dulzuras
 Se alimentaron,
 Hasta que hallaron
 Seguro paso á aquel eterno día,
 Donde esta hermosa luz sus almas guía.

O silvestre mansion, ó patrio nido,
 Tú solo eres en medio de los males,
 Que pasan los mortales,
 Consuelo dulce al ánimo afligido.
 Dichosa sencillez de Dios querida,
 Paciente vida,
 Mansion preclara,
 Libertad cara,
 Tranquilo puerto,
 Seguro cierto
 ; O ampárame, ó recíbeme en tus brazos
 Libre del mundo, y sus astutos lazos!

Silvio.

Los tuyos, buen Zagal, los tuyos tiernos,
 No el Consejo, tus brazos solo pido;
 Serán de nuestro amor nudos eternos,
 Que nunca el sueño al que veló afligido
 Tan dulce al alba fué; ni tan preciada
 La fuente al que de sed se halló rendido;
 Cual para mí tu célebre tonada:
 Y yo por ella, y tu cariño blando
 Me apartaré de mi intencion pasada.
 Y pues siempre hemos visto que cantando
 Halla el mortal alivio de sus males;
 Id, os ruego, algun tono concertando
 Del campo, sí, del campo, mis Zagales,
 Ambos cantad en alternado coro;
 Pues sois en letra, y tono sin iguales.

Alexis.

Pues ea, antes que el sol sus rayos de oro
 Ascienda á la mitad del firmamento;
 Alexis, templa tu rabel sonoro:
 Que embebecido en pos de nuestro acento,
 Cual tiene de costumbre irá el ganado.

Delio.

Contento soy ; da tú la voz al viento:
Que á responderte estoy aparejado.

Alexis.

Sabroso campo mio,
Vida feliz , alegre , y descansada,
Arboles , fuente , y rio,
Dó mora la verdad , y es apreciada;
Triste del que carece
Del dulce bien , que el Cielo aquí le ofrece!

Delio.

Desapacible vida
Para mí donde faltan las verdades;
La inocencia es vendida,
Engaños hay , falacias y maldades;
Feliz aquel se cuente,
Que escapó de tratar tan doble gente.

Alexis.

Dulces son los albores
De Febo , al que en la noche erró el camino;
A la abeja las flores;

Y al ánade el arroyo cristalino;
 Pero á mí mas gustosa
 Me es la vida del campo deliciosa.

Delio.

Duro es el viento airado,
 Que los pinos trastorna en las montañas;
 El ladron no esperado,
 Y el turbion que destroza las cabañas;
 Mas para mí es mas duro
 El orgullo , que encierra un alto muro.

Alexis.

No á la agua placentera
 Así corre el corcillo fatigado;
 Ni la blanca cordera
 A su Pastor , que pan con sal le ha dado;
 Cual mi Lisi prendada
 De la vida del campo á mi majada.

Delio.

Nunca rehuye tanto
 Paloma al alcotan , que la ha seguido;
 Ni el aspid al encanto
 Del mago adulator tapa el oído,

Cuanto mi Zagaleja
Del tumulto civil huye, y se aleja.

Alexis.

Ámeme mi Pastora
Sobre los Zagalejos mas galanes;
Salúdeme á la Aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanes;
Que todo lo habré en nada
Si del valle el placer la desagrada.

Delio.

Si le place, desprecio
Muéstreme Fili ingrata á mis amores;
Préndase del mas necio,
Corónele de rosas y favores;
Con tal que no la vea
Que á ver los Ciudadanos ir desea.

Alexis.

Al Mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al Sol el dia,
Los novillos la grama,
Y el verde campo la Pastora mia;
Pues amen nuestros prados

El Sol, las flores, tórtola y ganados.

Delio.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano;
Ni el ave á la serpiente,
Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la Ciudad no quiera,
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

Poeta.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos Zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardecendo;
Cuya harmonia oyendo
El coro de las aves,
Correspondió con músicas suaves.

Cuando febo explayando
Iba su luz de la mitad del Cielo,
Las sombras acortando,
Las altas hayas al florido suelo;
Así que sin rezelo
Se entran en la espesura,
A gozar de su plácida frescura.

ÉGLOGA II. *

*Licida, Montano, Poeta.**Poeta.*

Yace un bosque del mundo mas loado
 Sobre el de Chipre de beldad estraña;
 Que el Padre Tajo cerca recostado
 De verde y oro sobre juncia y caña:
 Donde con urnas de cristal sagrado
 Riega el sitio mejor de la alta España;
 Mansion dando en la fértil primavera
 Al Rey de cuanto el sol mira en su esfera.

Crece el fresco plantel sobre la playa
 A su frescura y amistad dispuesto;
 Del quebrado cristal florida raya
 De la delicia humana alegre puesto:
 Donde Vertuno su riqueza esplaya;
 Y el regalo mayor deja traspuesto;
 Sembrando por sus cuadros y labores
 A medida del gusto sus primores.

Cuando entre estos pensiles placenteros
 Se encontraron el Licida y Montano;

Montano el mas gentil de los baqueros,
 Y Licida Pastor tierno y lozano:
 De laurel coronados sus sombreros,
 Y cada cual gaban de piel galano:
 Ambos del Aranjuez, ambos Zagales;
 Y en contender cantando sin iguales.

Licida.

Salud tengas; salud Montano mio;
 Y el Cielo multiplique tu bacada:
 Parte tengas del alba en el rocío;
 Miel te de el alcornoque regalada:
 Las nubes te hagan sombra en el estío;
 Y en tus dehesas no cuajen las heladas:
 Y halles siempre en el campo tal contento,
 Como yo ahora en encontrarte siento.

Montano.

Goces tambien, Pastor, tu edad lozana
 Y guarde Dios del lobo tus corderas:
 Como nieve tus mansos te den lana:
 Perdona el año esteril tus praderas
 Cojas en la aridez fruta temprana;
 Y aromas ricos broten tus laderas:

Y tan grata, y feliz pases la vida,
Cual para mí lo ha sido tu venida,

Licida.

Tú , libre de pasión entre estas ramas
Zagal ; te gozas de hayas y laureles;
Viendo la hiedra fiel ; viendo las gramas,
Que enlazan con primor estos vergeles:
Y te place gozar en frescas camas
Matizadas de lirios y claveles;
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre escaños de jazmin reposa.

¿Pero como tan tarde en este asiento ?
¿El ver te ha detenido la guirnalda
De árboles tantos , que sacude el viento
Jugando con sus ojas de esmeralda ?
¿O te embelesa aquí el mirar atento
De rosicler de azul , de verde y gualda
Los variados esmaltes , que la Aurora
En prados, fuentes, y árboles colora?

Montano.

En este sitio de sin par belleza,
Y en sumo grado ameno y delicioso,

Tanto que mi atencion lleva á la alteza
 De un no sé que divino y venturoso:
 Que cierto aquí extremó naturaleza
 Todo lo mas suave , y mas hermoso,
 Que mueve á contemplarla , como Elpino
 Nos muestra con su ingenio peregrino.

Elpino , aquel pastor que de las cosas
 Me enseña los principios que investiga,
 Diciendo , que en las selvas silenciosas
 Cuanto hay , saber podemos sin fatiga;
 Con el paso las horas mas gustosas
 Porque el deseo de saber me obliga
 A amar con él , del campo el egercicio
 Sobre el popular tráfago , y bullicio.

Licida.

¿Pues que tanta instruccion el verde prado
 Nos dará como Elpino te protestá?
 ¿Qué observacion , qué estudio , qué cuidado
 En esta soledad te manifiesta?
 ¡O amigo , qué al rebes que lo han pensado!
 Y antes de dar á tu razon respuesta
 Por diversion contarte quiero un cuento.

Montano.

Empiézalo , que á oírte estoy atento.

Licida.

Mas he la cueva aquí , mira Montano
 Donde decir he oído que dormido
 Hallando los pastores un Silvano,
 Caída su guirnalda , y muy tendido
 Con ella le asen una y otra mano,
 Forzándole á cantar un ofrecido
 Cuento que te diré si acaso ignoras,
 La frente y sien pintándole con moras.

Y él riendo la burla , les decia:
 ¿Por qué me atais? ya entiendo vuestro juego
 Yo os cantaré la dulce canción mia;
 Soltad , pues , satisfago vuestro ruego:
 Soltad niños en fin les añadía.

Que esa hermosa otra paga tendrá luego:
 Y asiendo presto de un rabel sonoro,
 Con diestro pulso hirió las cuerdas de oro.

Comienza , y á saltar faunos y fieras
 Empiezan al íman de su armonía:
 A su compás moviendose ligeras

Las altas ramas de la selva umbría.
 Nunca Febo, y sus dulces compañeras,
 Hacia el Parnaso colman de alegría;
 Ni el Ismaro jamás admiró tanto
 Del sacro Orfeo el resonante canto.

Cantó como los árboles un día,
 Mirándose sin Rey que los mandara,
 Y que del campo la ancha monarquía
 Jamas se vió sin cetro, ni tiara,
 Un justo Rey á súplica pedía:
 Quien movido á su ruego, les declara,
 Que les deja á las plantas en su mano
 El nombrar, y elegir su Soberano.

Con tan nueva ocasion no queda planta
 Que no lo trate en popular corrillo,
 Desde el Ciprés, que al Cielo se levanta,
 Hasta el mas bajo, y mas rapaz Tomillo:
 Tan grande era el deseo, el ansia tanta
 De ver entre ellas un capaz caudillo
 Rey: que en rienda de oro lo guiase,
 Y en equidad sus causas sentenciase.

Can tó, que al Moral, dicen, que reciba
 Por cuerdo el mando, y él no lo consiente:
 Pues á su remision contemplativa

Le es estorbo el cuidar de tanta gente:
 Van á buscar la Vid menos esquivá,
 Y ella al ver de sus pámpanos pendiente
 El licor que á los hombres alegraba,
 Dijo, que mas que al mundo lo apreciaba.

Eligen al Limon como discreto,
 Y él en su bello fruto embelesado
 Del grave cargo, dijo, que respecto
 Ser tan medicinal, se halla escusado.
 Nombraron al Ciprés, por ser sugeto
 Sobre las altas cimas ya elevado,
 Y él por lo solitario, y penitente,
 Dice, que el grave cargo no consiente.

Nombran por Rey la oliva consagrada,
 Quien amando su paz, por grave exceso
 Tuvo la aceptacion, pues ocupada
 Se hallaba en liquidar su licor grueso.
 Van á buscar la Mies, quien humillada
 Confesó su flaqueza al grave peso,
 Y es, que apreciaba mas que todo nombre
 Darle el sustento principal al hombre.

La Higuera, que doblado fruto coge,
 Por él el ofrecido cargo arrima:
 Y á cualquier persuasion el hombre encoge,
 Que mas apreciaba su cosecha opima.

Al vano Cardo , en fin , el vulgo escoge,
 Y como el necio siempre en mas se estima,
 Arrogante se encarga , y ambicioso,
 Del seco mando esteril , y espinoso.

Montano.

Jamás oí tan plácida conseja,
 Ni que mas mereciese aplausos tantos,
 Ni que muestre mejor al que se aleja
 De las cargas del mundo y sus quebrantos,
 Que es mucho mas feliz quien mas las deja.
 Ulises sordo siendo á los encantos
 Del vulgo , que á los vanos acomete,
 Y vez ninguna da lo que promete.

Pero volviendo á nuestro agreste bando,
 ¿No ves como á los Cielos dan mil parias
 En muestra de su júbilo , ordenando
 Distintos juegos , diversiones varias?
 Y cual con secos mirtos aumentando
 De trecho en trecho van las luminarias:
 Y atiende bien , Zagal , como sus fuegos
 A los del firmamento dejan ciegos.

Licida.

¿Pues tú no miras las Serranas bellas,
 Como cogiendo en sus honestas faldas
 Mil rosas que envidiaron las estrellas,
 Tejen en cerco en forma de guirnalda;
 Y coronando sus cabellos de ellas,
 Libres ondean sobre sus espaldas,
 Donde cantaba Egon, que amor travieso
 Revolando mil veces quedó preso?

¿Ves que al árbol los jóvenes trepando
 Dan mil naranjas á su bien querido?
 ¿Y que otros dulces tórtolas buscando
 A sus pastoras dan el preso nido?
 Las que castañas de meollo blando,
 Con amor de su mano han recibido,
 Gustando cual abeja entre las rosas
 El dulce queso, y natas olorosas.

Montano.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
 Varas que le han vencido en ligereza,
 Y otros corriendo por el verde prado
 Volar á un premio no pequeña pieza,

Y otros que en contender de amor han dado
 En mil versos luciendo su destreza;
 Y en fin seguir alegres cada uno
 El juego á su placer mas oportuno.

¿Pero que corazon placer no siente,
 Viendo sobresalir en aquel bando
 Las pastorcillas , que graciosamente
 En torno andan bellísimas triscando?
 Su inocente candor, su faz luciente,
 Su sencillo ademan, su pecho blando,
 ¿Qué libertad no roba, á que contento
 No eleva del pastor el pensamiento?

Licida.

Mas mira tú las aves amorosas
 Entre las verdes ramas asomadas:
 Y las auras , que vimos bulliciosas,
 Cada vez las verás mas sosegadas:
 Sin duda de las voces sonoras,
 Que en sus dulces zampoñas alternadas
 Los zagalejos vienen entonando,
 Al dueño de estas selvas alegrando.

Montano.

Sí, Pastor, dices bien: lleguemos breve,
 Que de nuevo cantar han prevenido;
 Y el gentil Tirsís que á vencer se atreve
 Aquel pastor de Venus tan querido,
 Y Cintia que en candor pasa á la nieve,
 Bella cual cuentas de la hermosa Dido:
 Cada cual templa ya su dulce avena
 Mientras la danza pastoril se ordena.

¿Vés cual quitan los jóvenes del brazo
 Las bandas que zagalas van cogiendo
 Para tejer un lazo y otro lazo
 Tras las dos sueltas guías procediendo?
 Verás con qué gentil desembarazo
 Van de una rueda en otra revolviendo,
 Y discurren del prado larga pieza;:::
 Mas escuchemos, que el cantar empieza.

Tirsís.

Canta y sigue mi voz, Pastora hermosa,
 Galana cual la fértil primavera;
 Gloria de este pensil, y mas hermosa
 Que en el bosque la palma placentera;

Y así á tu amor le seas mas sabrosa
 Que del pichon su dulce compañera!
 Que acompañes el debil canto mio,
 Celebrando el placer del bosque umbrío.

Cintia.

Canta y vuelve á tu son, Pastor donoso,
 Lozano como el Mayo florecido;
 De esta arboleda honor, y mas garboso
 A mis ojos que el plátano crecido:
 Y así á tu bien le seas mas gracioso
 Que á la ovejilla el recental nacido;
 Que prosigas tu tono comenzado,
 Festejando el contento de este prado.

Tirsis.

Dichoso el que de aquí mira cubierta
 La madre universal de flor preciada,
 Antes del riguroso Invierno yerta,
 Ya de verde esperanza coronada:
 Y libre del pirata, alegre puerta
 Abre al Sol, con sus rayos fecundada;
 Y con los dones de la dulce Flora
 Del pasagero el ánimo enamora.

Cintia.

Pues feliz el que aquí ve de la cumbre
 Del monte desgajarse la abundancia,
 Dando con amorosa dulcedumbre
 Los antiguos collados su fragancia:
 Y de ellos ve con dulce muchedumbre
 Destilar leche y miel en esta estancia,
 Cuando el precioso cuerno de Amaltéa
 Al gusto humano todo lo hermosea.

Tirsis.

El laurel verde , y arrayanpreciado,
 Que á Apolo enamoró , que Venus quiso,
 El pino de Cibéles estimado,
 Y el bello transformado Cipariso,
 Y el limpio acebo y álamo copado,
 Volviendo este lugar un paraíso:
 Acá y allá los trae viento sereno,
 Llenando de placer el sitio ameno.

Cintia.

La hiedra de Lleo al olmo prende;
 La hermosa vid sus pámpanos dilata;

Romero, casia y cínamo trasciende
 De aljófár argentada cada mata;
 Y de Ceres la mies aquí se extiende,
 Cual golfo hermoso de dorada plata;
 Ensortijando cada hermosa arista
 Deleitan á el olfato y á la vista.

Tirsis.

De entre mármoles bellos de colores
 Las regaladas fuentes se deslizan;
 Y el ámbar usurpándole á las flores
 Su líquido cristal aromatizan;
 O ya los arroyuelos trepadores
 La blanca espuma con primor enrizan;
 Y en blanda risa y plácido sonido
 Al corazon alegran y al oído.

Cintia.

La alfombra de este valle se enriquece
 De verde, azul, y rojo engalanada;
 El clavel rey, y reina rosa crece
 De cristalino aljófár coronada:
 Jazmin y azar fragancia nueva ofrece,
 Y el lirio y azucena nacarada;

Dando á cualquiera que á este sitio arriba
Grata quietud, que el ánimo cautiva.

Tirsis.

Aquí el venado y corderillo corre
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena:
Cuando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abriga de retozos llena;
Y coleando el cachorro lisonjero
Dan al Pastor su gozo placentero.

Cintia.

Aquí las aves con sonoro acento
Cantan al son de las inquietas hojas;
El colorin su amor y su contento,
Filomena sus zelos y congojas:
O ya en tropa veloz cortan al viento
Encopetados de plumillas rojas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celestial reclamo.

Tirsis.

Cuanto el vecino Tajo celebrado
 En caudal vence al líquido arroyuelo;
 Cuanto por cima el trebol desmedrado,
 Se descuella el ciprés alzado al Cielo;
 Tanto sobre el estrépito y enfado
 De la Ciudad me es grato el verde suelo,
 Y la vida del campo delicioso;
 Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso.

Cintia.

Cual la Aurora al perdido caminante,
 O al prado lluvia que el Abril envia;
 Cual al ciervo la fuente resonante,
 O á la abeja la flor que el vergel cria;
 Así al mortal de su quietud amante
 El vivir en el campo es alegría,
 Y mas en esta estancia regalada;
 Guardad, Faunos, guardad la selva amada.

Tirsis.

Venga el antiguo Pan de los Pastores
 Su rostro de púrpurea mora ungido;

Cefida en rededor su sien de flores,
 De espadaña , y de lauro florecido:
 Y de Arcadia los jóvenes cantores
 Con el lleguen al dulce apetecido
 Juego , y placer de sitio tan sabroso;
 Cerrad , Faunos , cerrad el bosque hermoso.

Cintia.

¡ Dulce bien , con que el cielo nos convida!
 Que alegre dures , siglos dilatados;
 Y en pastoril llaneza apetecida
 Se alegren los Pastores descuidados;
 Del regocijo de esta dulce vida
 Lejos , lejos huid , tristes cuidados;
 Pues no hay cosa en el mundo mas preciada;
 Gozad , Ninfas , gozad la selva amada.

Poeta.

Así el gentil Pastor iba cantando,
 Y la Zagala hermosa respondiendo;
 A las estrellas con su son tocando,
 Los álamos plateados conmoviendo:
 Y el coro de Zagales acabando
 Los lazos que en las danzas van tejiendo;

La Aurora , que por verlos madrugaba,
Las puertas del Oriente purpuraba.

ÉGLOGA III.

Arcadio , Poeta.

Poeta.

La guirnalda de lirios
Desecha por el suelo,
El cuerpo en una peña recostado,
El Alma en mil martirios,
Los ojos en el Cielo,
Y el triste rostro en lagrimas bañado
Yace el mas desamado
Zagal , en las orillas
Del Tormes cristalino :
Y mientras sin destino
Erraban sus cuítadas ovejillas,
Sin dar al llanto pausa,
Así cantó de su dolor la causa.

Arcadio.

Bellíslma aldeana,
A mi dolor mas fiera
Que roca hinchada al sonoro viento,
Si no eres mas insana
Que Asiática Pantera,
Yo sé que dolerte has de mi tormento;
La pena , y sentimiento
Que Sisifo rabioso
Tolera en el Abismo:
Y en fin cuanto asimismo
Se padece en el Tártaro horroroso:
Yo mejor pasaria
Que un desden solo de la Ninfa mia.
Un desden solo ;ay ciego.
;Ay! ;ay! Zagal cuitado,
Si un desden solo tanto te atormenta,
Cuanto será tu fuego
Al ver que se ha entregado
Al que de su amor tiene menos cuenta.
No así, tal vez rebienta
Opreso en fuego y agua,
De nublado espantable

El rayo formidable,
 Como en el pecho que arde como fragua,
 Rebientan desatados
 Los zelos , en bramidos levantados.

Llora , llora cuitado,
 Desde la noche al Alba,
 Regando en llanto el marchitado suelo,
 Que en viéndose inundado
 Hará crecer la malva,
 Y cañaleja inútil hasta el Cielo;
 Gozarás del consuelo,
 De que no ven tus ojos,
 Como ella favorece
 A quien no lo merece,
 De do nace el tropel de tus enojos:
 Mora en el bosque á ciegas;

¿Pero qué tienes , Alma no sosiegas?

¡Ay triste! y cómo veo
 Mas antes sosegado
 Motin de populosa muchedumbre,
 Y muy mas antes creo
 Parar el alterado
 Sillar , que se desgaja de la cumbre
 Que no el Amor , la lumbre,
 La rabia , y sobresalto

Del corazon zeloso,
 Del que un tiempo dichoso
 De su Ninfa gozó el favor mas alto,
 Y hoy siendo su desprecio,
 Vé que su pecho da al Zagal mas necio.

¡Ay Zagal venturoso!

Con tal dolor te veo
 Gozar los brazos de tu Silvia hermosa!
 Plegue á Amor, que reposo
 Tenga ese tu recreo,
 Que te causa esa pérfida alevosa;
 El su color de rosa,
 Aquella su lindeza,
 Sus ojos alagüenos,
 Y sus labios risueños,
 Todo me aseguraba su firmeza.
 Y ¡ay! que aunque faz no muda,
 Muda su corazon de tigre cruda.

Pláceme la constancia
 Que tuvo hermosa Filis
 Hasta morir á su Zagal Dalmiro.
 Deleitanme en su infancia
 Sileno, y Amarilis,
 A quienes juntó Amor con dulce tiro.
 Y al fin, cuando ésto miro,

Cupido me enamora,
 Me alegra su delicia,
 Y á buscar voy propicia
 A mi gloria, mi bien, y mi Señora;
 Mas viéndome olvidado
 Maldigo el tiempo en el amor gastado.

Maldigo las Auroras,
 Que por verla salia,
 Discantando su Amor con dulce avena;
 Maldigo aquellas horas,
 Que yo en su compañía
 Estuve el baile de la noche buena.
 Maldigo la verbena,
 Que juntos la mañana
 De San Juan recogimos;
 Y los rubios racimos,
 Que en la choza colgué de esta tirana;
 Pues me es tormento hoy dia,
 Cuanto un tiempo me fué dulce alegría.

¿No me dirás pastora
 En qué te he ofendido,
 Para que así mi bien me desampares?
 ¡O Dios! en qué mal hora
 Al mundo fuí nacido?
 Si fué para sufrir estos pesares;

Plegue á Dios, que si amares
 Zagal, que mas te quiera,
 Que el que ora has desechado,
 De un rayo disparado
 Por la mano de Júpiter yo muera;
 Empero si no le amas,
 Los Cielos te consuman en sus llamas.

Poeta.

Mas el Zagal diria,
 Si la implacable pena
 Lugar le diera á proseguir su canto:
 Y al ver que no podia,
 Sobre la rubia arena
 Soltó la rienda al lastimoso llanto,
 La noche tendió el manto
 De fúlgidas estrellas,
 Y en el silencio el eco
 Volvia el monte hueco,
 Doblando las tristísimas querellas
 Que el mísero arrojaba,
 Si por dicha el dolor lugar le daba.

ÉGLOGA IV.

Emilia quejosa.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
 Por Narciso, un pastor que en gentileza
 Ningun otro del Betis le igualaba,
 Mas lleno de rigor, y de aspereza:
 En vano la pastora le buscaba,
 Que donde falta amor todo es crueza;
 Y cuanto era mayor su desden frio.
 Mas la Zagala siente su desvio.

Sola Emilia con solo su cuidado,
 Siempre que Febo al mundo amanecia,
 Sin esperanza al bosque mas cerrado
 A lamentar su mal se retraía;
 Y volviéndose al Cielo despiadado,
 Y ál pastor sin piedad, que no la oía;
 Cebada en su desden la llama fiera,
 Cantó cual si presente le tuviera.

No te duele mi mal, Narciso amado,
 Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras;
 Ni de humana piedad un solo grado
 Pienso, que alberga en tus entrañas duras:

Yo en tu amor siento el corazon llagado;
 Tú siempre en desamarme te apresuras,
 Como si gloria á tu beldad le dieras
 Cruel siendo á mis ansias lastimeras.

Mis Corderillos buscan la guarida
 De la sombra en los álamos mayores;
 Entre las zarzas frigida acogida
 Procuran los lagartos saltadores:
 Nais da en sazon la rústica comida
 Con mil yerbas de olor á los pastores;
 Conmigo por seguirte entre la arena
 Al Sol abierto la cigarra suena.

¡Ay triste! mas valiera el zahareño
 Desden de Alfesibéo haber sufrido;
 Y pues me amaba con tan fino empeño
 Mi altivez loca á Tirsi haber rendido:
 Bien que es el Tirsi de color trigueño,
 Y tú como la nieve esclarecido;
 Mas no fies, que siempre ví apreciado
 Sobre la blanca flor clavel morado.

Soy el desden de tu altivez ingrata,
 Y por tu antojo mis tesoros truecas:
 Mis rebaños cubiertos de escarlata,
 Y en miel colmadas mil colmenas huecas;
 El queso, gruesa leche, y fresca nata

No me faltan jamás, ni frutas secas;
 Y canto cual Filena ya cantaba,
 Cuando oyéndola el valle se pasmaba.

Ni tan disforme soy, que en los cristales
 Del rio en una siesta sosegada
 Mi rostro viendo, y plácidas señales
 No temí ser con Clori comparada:
 Ni temeré tu juicio en casos tales,
 Ni pensaré de ti ser despreciada;
 Así no despreciases la floresta,
 Su sencillez, y juego de la siesta.

El perseguir con flecha enarbolada
 El ciervo corredor te venga en grado;
 Regir de ovejas una grey nevada
 Con el verde taray no te dé enfado;
 Ni te pese morar la regalada
 Estancia en que las Diosas han morado;
 Que cantando las selvas moraremos,
 Y juntos al Dios Pan imitaremos.

El la pastoral flauta halló con arte,
 El de diversas cañas la ha arreglado,
 La variedad de voces le reparte,
 Y nos guarda solícito el ganado;
 Mas no te pese altivo el adestrarte
 Al uso de ella el labio delicado,

Que Alexi se perdía por sabello
De mil Zagalas siendo hechizo bello.

Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil con labores de corales,
Que hube por manda del gentil Lidoro,
Diciéndome al morir palabras tales:
Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro
Cantando á mis exéquias fúnebres:
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.

Ofreciente del bosque las doncellas
Las rosas y azucenas de su falda;
Y en canastillos delicados de ellas
Las flores del anís, tomillo y gualda:
De rojo acanto, y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda;
O entretejido en frescos mirabeles
A tu sombrero un ramo de claveles.

Y yo te cogeré rojas manzanas
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán mas deliciosas:
Y otras frutas tardías, ó tempranas
Te daré; mas serán inoficiosas,
Que tú gusto en mis dádivas no pones,

Y Alcina no está falta de estos dones.

Alcina: : : más , ¡ay locos frenesíes!

¿Qué hago perdida en mi dolor vehemente?

Fuego puse al rosal , que en carmesíes

Botones me dió el Mayo floreciente:

En el agua lancé los alhelies

Turbando su cristal resplandeciente;

Mi rebaño olvidé.... ¡la rabia ciega

De los zelos de amor á tanto llega!

La leona feroz por la colina

Tras el tímido lobo sigue ansiosa;

El carnicero lobo se encamina

Con tino tras la cabra reboltosa;

Y la traviesa cabra el paso inclina,

En pos de la retama apetitosa;

Yo á tí te sigo , mi delicia amada,

Que arrastra á cada cual lo que le agrada,

Sobre los yugos el luciente arado

Los bueyes tornan ya de sus labores;

El Sol huye con paso apresurado,

Las sombras van haciéndose mayores;

Y el fuego en que mi pecho está minado

Ni mitiga , ni aquieta sus ardores;

Que place al ciego amor no dejar hora

De reposo á su llama asoladora.

¡Ah Emilia! ¡Emilia triste! ¡qué locura
Te perdió! que en tu mal abandonada
Dejas errar tu grey por la espesura;
¡Ay! torna ya en tu juicio recordada:
Teje algun canastillo con mixtura
De blanca y prieta mimbre delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás más cariñoso.

ÉGLOGA V.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarda Luna hacia el poniente huía,
En silencio escuchándose el desvelo
Del rio que en correr tenaz porfia:
Cuando el carro polar la vuelta al Cielo
Daba, anunciando el ya vecino dia,
Y con mayor presura las estrellas
Desparecen en húmedas centellas.

Cuando con debil mano sustentando
Un claro Cielo de luceros rojos;
Silvia al suelo lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos,
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante por últimos despojos;
Como la bella Clicie mustia queda,
Cuando su hermoso rostro el Sol la veda,

Vencida de un gravísimo tormento
Al mas duro peñasco enterneciera,
Si en ellos consistiera el sentimiento
Que su amante falaz tener debiera;
Amante que mudable mas que el viento,
Faltó á la fe que conservar debiera.

Al fin sintiendo muerta su esperanza,
No menos muertos ayes su voz lanza.

Sal, ó Lucero, paje de la Aurora,
Y su esplendor anuncia cual lo sabes;
Sal ante la carroza brilladora
Del dia de quien traes las rubias llaves:
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al Sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traicion de mi enemigo.

Mientras yo á tí, á la Luna, y al Sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningun provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida;
No sé decir si dulce ó desabrida.

¡Ay Silvio! ¿En quién pusiste tus luceros?
¿Por qué sin pundonor mi fe trocaste?
¿A quién, dí, tus amores das primeros?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¡Ay primicias del alma! ¡ay verdaderos
Amores míos como los burlaste,
Dejándome en desprecio abandonada

Cual hiedra de su arrimo despojada!

Silvio gentil á Mebia se ha entregado:

¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?

¿Qué discordia el amor no habrá juntado,

Y qué no temerá el mas firme amante?

La cordera paciente, y lobo airado

De hoy mas en sí tendrán union constante;

Y la dulce paloma hará su nido

En el de sierpes de hórrido silvido.

Disponte, ó tosca, tuya es la ventura:

Tus dichas Mebia vayan adelante;

Cree que por tí sola de la obscura

Noche sale el lucero mas brillante:

;Mas que bien te está, ó Silvio sin cordura,

El que á todas burlabas arrogante!

Desdeñador de mi color quebrado,

Mi rabel dulce, y mi gentil cayado.

Yo te vi niño, y de tu madre al lado;

De mi diestra llevete á mis perales,

Dó travieso mil piedras has tirado,

Y yo llevaba á bien niñeces tales:

Las bajas ramas ya con brazo alzado

Tocaba de tres lustros no cabales,

Cuando mi alma fuera ya tu esclava,

Que tras tí presa engaño la llevaba.

Ya bastante, ó Amor te he conocido,
 En triste hora y oroscopo tremendo,
 Ni en nuestro sér, ni sangre, ni sentido,
 Ni en fin con nuestras señas procediendo:
 Solo tu duro origen has traído
 De crudos Garamantes, del horrendo
 Ródope, ó bien del Ismaro fragoso,
 Cuyas fieras azota el mar furioso.

Por tí ya en sus hijuelos insolente
 La Maga ensangrentó su mano fea;
 ¿Mas quién fué de los dos mas insolente,
 Tú fiero Amor, ó tú feroz Medea?
 Tú un rapaz fuiste de bastardo Oriente;
 Tú fuiste madre de infernal ralea;
 Perezcan pues del mundo las edades,
 Si caben en Amor tales maldades.

Mas ya siquiera huyendo del pillage
 De mansa oveja el lobo atroz se vea;
 El jazmin fino al roble dé homenaje,
 Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
 Al arion Menalca se aventaje,
 Arion en bosque, Orfeo en el mar sea;
 Y el Orbe todo en desigual zozobra
 Se anegue, pues á mí todo me sobra.

Vivid selvas, vivid tiempo dichoso,

Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al piélagó espumoso
Precipitarme al fin he decretado:
Sí no te fue servicio delicioso
El primero que te hice, ó Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás no viendome en el mundo.

Así dijera, y con el desvarío,
Que á la gentil Pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frio
El nombre de su amante repitiendo:
Turbóse al golpe el cristalino rio,
Un eco por su margen esparciendo;
Al cual valles y montes resonaron,
Y á la arboleda atónitos dejaron.

(193)

ÉGLOGA VI. *

Cintia, Poéta.

Poeta.

Divina Euterpe, que en el blando coro
De los mancebos Arcades presides,
Haciendo resonar tu plectro de oro
En valladares de frondosas vides:
Préstame, Musa, espíritu canoro,
Diré con tu favor, no aquellas lides
De Marte insano, que fulmina horrores,
Sino tiernas endechas de Pastores.
Amaba Cintia un sin igual mancebo,
A un pastorcillo, en quien el amor puso
El gusto de ella, y la fortuna el cebo
De mil cantares que él á ella compuso;
Aun no estaba florido, no el renuevo
Que en su querer reverdeció confuso,
Y entre rezelos sin sosiego estaba,
Ya fia en él, y en él ya no fiaba.

Y viéndole como hombre al fin mudado,
Desdeñador de aquella fe primera,

Ella en dolor el pecho traspasado
 Del miedo los recatos echó fuera,
 Y en seco acento al paladar pegado,
 La voz quebrada, y la congoja entera,
 El corazon mostrando por los ojos,
 La causa, así cantó de sus enojos.

Cintia.

¿Cuál tigre fiero al eco no se mueve
 De mi dulce cantar, sin el terrible
 Desden tuyo sin par, porque se pruebe
 Que á un monstruo no movió canto apacible?
 Alza tu vista porque mas se cebe
 En ver que tu crueldad siempre terrible,
 Respira un fuego en mí que vá abrasando,
 Al frio hielo; mas que tu amor blando.

El dulce canto, un dulce iman ha sido,
 Que basta á retener la luna llena;
 De Ulises el ejército lucido
 Con el canto mudó sagáz Sirena;
 Con el cantar el aspid mas temido,
 En medio el prado su furor serena:
 Empero á tí más fiero que las fieras,
 No te atraen canciones hechiceras.

Enseñadas á oir amantes quejas
 Oyen mi canto el coro de las Musas,
 Culpando la impiedad con que me dejas,
 Y aprobando mis lágrimas difusas.
 En mi bien ellas no esquivan sus orejas,
 Y tú en mi daño tu esquivéz escusas;
 Ellas aprueban el amor sincero,
 Y tú desprecias mi querer primero.

Vino á escucharme el simple porquerizo,
 El ovejero, y el menalca hinchado,
 La honesta zagaleja, ¿y quien te hizo
 Tan fiero mal Pastora han preguntado?
 Apolo vino, y dijo: ¿cuál hechizo,
 Qué locura Zagala te ha tomado?
 Que aquel Pastor por quien amante mueres,
 De otra Zagala sigue los placeres.

¡Ay Pastora infelice! tú perdida
 Andas por la montaña y despoblado,
 Tras de aquel de que Celia en la florida
 Falda, reposa con sosiego echado;
 O bien ya la contempla enternecida;
 O encendido la sigue enamorado,
 Holgándose con ella en la floresta
 En el estio en medio de la siesta.

Mas duro y desabrido que alto roble

Contra mí de aspereza te previenes,
 Así cual eres en valor mas noble,
 Mas desigual crueza, que otros tienes;
 Que tu obstinado corazon, y doble,
 Guarde en sí tales odios y desdenes,
 Que al despreciar mis lágrimas ardientes,
 Cruel te llaman pájaros, y fuentes.

Por tí sufro las iras, y fiereza
 Del crudo Niño amor, y en mi tormento
 Por tí en mi pecho siento una estrañeza,
 Que ningun bien me place, ni contento;
 Por tí transito sola esta aspereza;
 Por tí á mi grey olvido, y no la cuento
 Cual hice un tiempo cuando Dios queria,
 Que en tu memoria no estuviera Eulia.

Ni que aborrezcas pido con aquesto
 A la que el ciego amor y suerte loca
 Favorecen, ni espero por supuesto
 El ablandar tu pecho cual de roca:
 Que esperar de piedad un breve resto
 En tu crudeza, ya en locura toca;
 Y locura es en fin pedirte nada,
 Ni aun la muerte, que ya me tienes dada.

Tú Zagal con tu Amante afortunada,
 Causa cruel del fuego en que me abraso,

(197)

En paz te queda, queda en paz amada,
Bien que en darla á mi pecho fuiste escaso;
Y en fin, porque no sientas la arrojada
Muerte de olvido en mi postrero paso,
En ver mi cuerpo puedes complacerte,
Por causa tuya condenado á muerte.

Poeta.

Dijo: y dijera mas si la congoja
Mas ánimo la diera, y mas aliento,
Empezando á perder la color roja,
Perdió á un tiempo la voz y el sentimiento:
Quedó cual de alhelí marchita hoja,
Que de rocío baña el fresco viento;
Y cual la luz quedó de la mañana,
Cuando el sol no la dió color de grana.

ÉGLOGA VII.

La suavidad del zéfiro amoroso,
Y del Abril lá plácida venida,
El invierno ahuyentaban riguroso,
Dando á las flores nuevo aliento y vida
Cuando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa mi Pastora.
Con las primeras luces de la Aurora.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar á su Zagal menos altivo;
Mas ni este, ni otro medio aprovechaba,
Que donde falta amor todo es esquivo:
Cuanto ella á su desden mas se humillaba,
Le daba de esquivéz mayor motivo;
Que es el varon, si amor con fuerza doble
Que á una muger no hiere, aspero roble.

Y viendo cual su pena se dilata,
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,

Que al Cielo pára, enfrena al viento airado,
 Detiene al rio, y enternece al prado.

Cruel cuanto bellísimo Lidoro,
 En tu beldad tan vano, que limitas
 Que de humano pincel pueda el decoro
 De Adonis copias dar mas exquisitas;
 Tú en negros ojos, y en cabellos de oro,
 La libertad á mil Serranas quitas:
 Desentendido del estrago que haces,
 Cuando en servir á Amor no te complaces,
 Ea Pastor, si engendra tu nobleza
 Piedad hacia el Amor gracioso niño,
 Y grave no te fué de una belleza
 Tener esclavo el singular cariño;
 Así el Cielo conserve la entereza
 De tu grey mas nevada que el armiño;
 Que á quien te busca tierno y amoroso,
 No te muestres de hoy mas tan desdeñoso.

Sacrifico á tu gusto el alma mia
 Para que de su fe te satisfagas;
 Te ofrezco un corazon que en tí confia,
 Lleno por tí de mil ardientes llagas:
 Tú con despego anegas mi alegría,
 Y el adorarte con desdenes pagas;
 ¡Ay! ¡qué mayor tormento se me diera,

Si contra tí otra culpa cometiera!

Sabes que cuando niña llegué á verte,
 Mi primer dicha fué rendirte el alma;
 Tan poco ¡ay Dios! importa, que en quererte
 Ninguna otra á mi amor llevó la palma;
 Y solo el dulce bien de obedecerte,
 Mi gusto por el tuyo tuve en calma:
 Pon pues tus ojos en mi amante pecho,
 Si de mi amor no te hallas satisfecho.

En él verás por mi querer pintada,
 Aunque tal vez te pese, tu figura,
 Tan gentil, y con tal primor copiada,
 Que se vé tu desden y tu hermosura:
 Y á par de ella la mia trasladada,
 Lamentando mi amarga desventura,
 Mi mucha humanidad, y el poco aviso
 De mi querer, que mas que á sí te quiso.

No con mas lealtad el cristal puro,
 Ni sosegada fuente en valle ameno,
 Mostró detrás del trasparente muro
 A los ojos su límpio y casto seno:
 Ni en bien cercado huerto mas seguro
 Rebaño fué de sobresalto ageno,
 Que tu amor en mi pecho y en mis ojos,
 Gozando mil dulcísimos despojos.

Si con temor te sirvo y obediencia,
 Y adoro tu donaire y apostura;
 Si entre mi sufrimiento, y tu violencia
 Cada hora el oro de mi fé se apura;
 Y si es justo vivir en tu presencia,
 Siendo mi sol en carcel tan obscura
 Calle yo, y en favor de mi firmeza
 Hable tu cortesía y gentileza.

Bien sabes que tus iras he temido,
 Como batel pequeño al mar airado;
 Y que entre estos rézelos te he servido,
 Cual por conjuro espíritu apremiado:
 Y tú por esó me has aborrecido,
 Cual á contrario tuyo declarado;
 Y no lo soy, pluguiese á Dios lo fuera,
 Y que mi rendimiento en tí se viera.

¡Ay! que entre penas vivo, y de esta suerte
 Tu aspereza me está martirizando;
 Mi esperanza en los brazos de la muerte
 El verdor de su pompa marchitando:
 Muriendo por el gusto de quererte,
 Que es en la ley de amor vivir triunfando;
 Mas muerta ó viva yo, tu altivez cierta
 Puede estar que mi fé no será muerta.

Ponme al Sol que la seca arena abrasa,

O adonde espira envuelto en tierna nieve;
 Ponme al Cielo que siembra ardiente brasa;
 O al que la escarcha y el granizo llueve,
 Por donde el dia con su carro pasa,
 O la enlutada noche el suyo mueve:
 Que en luz, ó sombra, en tierra ardiente, ó fria,
 Por ser tuya pastor no seré mia.

Dijo, y cual si de marmol blanco fuera
 Quedó sin alma, sin color, sin vida;
 Solo dió el llanto muestra verdadera
 De estar el triste cuerpo al alma asida:
 Duro paso de Amor que enterneciera
 Del Caspio mar la roca mas ceñida;
 Y en Lidoro no obrara el sentimiento,
 Mas que en el duro bronce airado viento.



*"Luisita pescadora
mira la barca en que su amante huió."*

Engañados lo y.

ÉGLOGA VIII.

LAURITA.

ÉGLOGA PISCATORIA.

Poeta.

Entre unas duras rocas,
 Que de la Diosa Tetis
 Tiene el teson continuo socavadas,
 Donde las ondas locas
 Del cristalino Betis
 Entran en su furor arrebatadas;
 Donde mil enramadas
 Cabañas los barqueros
 Tienen por sus orillas,
 Y redes y barquillas
 Atar suelen de rústicos maderos;
 Laurita Pescadora
 Niña en la flor de sus Abriles mora.
 Amaba á un marinero
 En cuya gentileza
 Todos los gustos de ella el amor puso.

Mil cantares primero
El joven con terneza
Llenos de mil lisonjas la compuso:
Reverdecía confuso
De amantes esperanzas
En ella algun renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de rezelos y mudanzas;
Así, que sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.

Mas el gentil mancebo,
Finalmente trocado,
La dejó sin guardar su fe primera:
Ella en dolor tan nuevo,
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el Garzon huía,
Con voz triste y quebrada
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecía,
Y en tono dulce y blando
De esta suerte se estaba suspirando,

Laurita.

Si el bien que adoro y temo,
 Y mis fatales hados
 Me guian á la mas terrible pena;
 Y al mas mísero extremo
 Que dan Astros airados,
 A quien el Cielo gran castigo ordena;
 Por esta húmeda arena
 Los tristes ayes míos
 Muestren por boca y ojos
 Sus mortales enojos,
 Que abrasen los helados vientos frios;
 Que tal vez vi amansados
 Al son de mis acentos lastimados.

¿Como el valor se infama
 Que siempre amanecia
 De tu corazon grato en mi memoria?
 Que aunque contó tu fama
 Aun menos que yo via,
 No era menor que mi querer tu gloria.
 ¿Como en queja notoria,
 Tirso , con tu mudanza
 Quedaré en este suelo

Huérfana , y sin consuelo;
Huérfana ¡ay! de la célebre esperanza
Con que tuya me hiciste,
Cuando del juego el premio me ofreciste.
Goza en placer dichoso
En tanto del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga;
Y el mar tempestuoso
Se muestra ledo y manso,
Y en menos olas su arenal fatiga.
Mientras que no prosiga
En rios tumultuosos
El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del Cielo los celajes luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce, y deleita al marinero.

Ya por mi mal has visto
Gentes en suerte loca
A los dudosos vientos confiada,
Dejarla el no previsto
Rigor de alguna roca
Por el áspero mar toda sembrada;
Pero , ¡ay de mí cuitada!
Si mi pasion penosa

Tan de lejos te hiere,
 Que la que bien te quiere
 Ni aun alcanza en tu bien ninguna cosa;
 Ablande ahora tu pecho,
 Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

Ni yo la fe te pido
 Del dulce enlazamiento,
 Que mi vana altivez me prometia;
 Ni por esto en olvido
 Dejes cualquier contento
 Por el remedio de la pena mia:
 Solo que la alegría
 De esta ribera goces
 En dulce pasatiempo,
 Mientras trocado el tiempo
 Refrena el mar sus ímpetus feroces;
 Que aunque yo en tí me hallara,
 Ningun mas grato don te demandara.

Mas que de mí te alejas
 Ya sé Barquero altivo,
 Fiado de tu gala en el tesoro;
 Y en soledad, y quejas,
 Cruel, y fugitivo
 Huyes solo de mí porque te adoro.
 En este mar que lloro

Con mil delirios ciega
 En tempestad cerrada,
 Pues tanto el mar te agrada,
 Vuelve, y en el á tu placer navega;
 Navega á tu contento,
 Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto,
 Que tuve de quererte,
 Torcedor hecho de mi amarga vida:
 Y cuan cerca al injusto
 Cadahalso de mi muerte,
 Fué la vana ocasion de tu partida;
 Mas la ocasion perdida
 No vuelvas; retrocede,
 Que solo en verte el alma,
 Que aborrecida en calma
 De muerte está; por tuya cobrar puede
 Nuevo vigor, y brio,
 Para pena mayor, y agravio mio.

Que ese mar espantable,
 Cual tú inconstante, y vario,
 Trono de la fortuna sin asiento
 Si ya para tí afable,
 Cual para mí contrario,
 Paso te ofrece, y favorable viento;

Yo espero, que violento
 Vuelva á su estilo arisco,
 Que de ordinario coge;
 Y tu barquilla arroje
 Sobre la dura furia de algun risco,
 En que ella, y tú fenezca,
 Y en lo duro, y cruel te se parezca.

Que así se da el castigo
 A las almas dolosas,
 Que la fe, y juramento no cumplieron:
 Que es el Amor amigo
 De vindicar sus cosas
 Con pena igual al mal, que merecieron;
 Pero si porque vieron,
 Que es mia la venganza
 La dejan, yo la fio
 A los ayes que envio:
 Ellos no dejarán de tu mudanza,
 En el soberbio charco,
 Reliquia alguna al anegar tu barco.

Poeta.

Las lágrimas ardientes,
 El ánimo del pecho,

Con las ansias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazon no hecho
A el Amor dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,
La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsacion alguna el sentimiento,
Tanto en ella labraron,
Que á la Pescadorcilla desmayaron.

CANCIONES.

CANCION PRIMERA.

La Vanidad terrena.

Cuando á su propia esfera,
 Del peso mortal falto,
 Mi espíritu se ensalce en libre vuelo;
 Pequeño en gran manera,
 Veré desde lo alto
 El ancho mar , y dilatado suelo:
 Cuanto mas cerca el Cielo
 Suba , tanto mas breve
 Veré el punto profundo
 De este globo inferior , y bajo mundo,
 Y el fantástico viento , que le mueve;
 Del cual siendo desnudas,
 Todas sus pompas son cosas menudas.

Mirando estaré absorto
 En todas estas varias
 Regiones , que el Sol vé , y la noche ateza,
 Con cuanto afan , cuan corto
 Punto , y cuan breves parias
 Consigue la ambicion , y la grandeza:
 Visto desde la alteza

Del Cielo. ¡cuan estrechos

Son los fuertes torreones!

¡Que leves escuadrones,

Qué limitado honor, qué humildes pechos,

La Magestad exige

Del que en augusta paz un Mundo rige!

En vano sus enormes

Cervices levantaron

A las nubes los broncos Pirineos:

Los Colosos disformes,

Que sobre el mar se alzaron

Mirados desde arriba son pigmeos;

Ciudades, Coliseos,

Y alturas, que encarecen,

Las humanas fatigas,

De debiles hormigas

Oficiosos egércitos parecen:

Sus balcones, y rejas,

Breves casillas de un panal de abejas.

¡O error! ¡sobre que leve

Y endeblè fundamento

Del hombre la ambicion camina, y para!

¡Por cuán ceñido, y breve,

Por cuán instable asiento

Te elevó, ó Giges, la mayor Tiara!

Mortal ¿quien no repara,
 Como tu vano intento,
 En un punto de tierra
 Deslumbrado encierra
 Tan grandes leguas de ambicion , y viento?
 ¿Por cuán pobres razones
 El ansia de mandar forma escuadrones!

Tú ó dulce edad primera,
 A los niños prometes,
 Segun la cortedad de su talento,
 Gustos de tal manera
 A sus leves juguetes,
 Que de veras le sirven al contento:
 Con sus ruedas de viento,
 Caballejos de rasos , y de cañas,
 Libreas de oropeles,
 Y pintados papeles,
 Hacen sus justas , toros , y campañas,
 Hogueras , y Castillos,
 De que son lidiadores , y caudillos.

Pasan sus tiernos años
 Con fútiles muñecas;
 Y allí fingen sus fiestas , y sus bodas:
 Y aunque de humildes paños,
 Y cañalejas huecas,

En gusto vencen la que asombró á Rodas:
 A esta Reina de todas
 La hacen hoy; y mañana
 La quitan de su estado;
 Y á otra que un despreciado
 Sayal vistió, la dan púrpura, y grana;
 Variedad que les place,
 Y á su inocente antojo satisface.

¿No son estos ensayos que promete
 Su edad al venidero
 Tiempo, que velóz corre en curso blando?
 ¿Ser caballo, y ginete
 Fingido, ó verdadero,
 Qué vá á decir á quien lo está mirando?
 ¿Ser Castillos burlando,
 O serlos de cañones guarnecidos?
 ¿Ser tambien sus soldados
 Vivientes, ó imitados?
 ¿Ser de papel pintado los vestidos,
 O de oro, y perlas llenos?
 Todo es un poco mas, ó poco menos.

El mundo bien mirado
 Es farsa de opiniones,
 Que á unos entrista, y otros entratiene:
 Y aunque de humilde estado,

Reparte estimaciones

Conforme al tiempo, y ocasion le viene:

Al que hoy el orbe tiene

Por Salomón en ciencia,

Mañana no le vale;

Y hoy Belisario pobre á pedir sale,

El que ayér rebosaba en opulencia.

El gigante es enano;

Y muere Rey el que nació villano.

¿Quien al hombre no advierte

En su humilde supuesto

Ser juguete inconstante de fortuna:

Cuan instable es su suerte

Siempre en mudanzas puesto

Viejo en el ataud, niño en la cuna?

Ya al cerco de la luna,

Ya abandonado en un rícon sin gusto,

Ya en un Palacio enfermo;

Ya robusto en un yermo,

Ya saltando de júbilo, ya adusto,

Con triste sobrecejo:

Ya gorjeando: ya tosiendo á viejo.

Pues si los timbres mira,

E inútiles blasones,

Que estan en su altivez mas altaneros,

De un Mundo que delira
Notará las regiones
Quererse hacer millares , y son ceros.
Los Reyes , y Escuderos
De un tamaño en su cuna ;
Caballero , y esclavo
Iguales , si su clavo
Fijase con razon ciega fortuna ;
Y no que loca , y vana
A estos presta sayal , y á aquellos grana.

Bien que estos varios juegos
De un monstruo tan odioso ;
Lo que su rueda ensalza , y lo que arruina ;
Lo que hay sobre los fuegos
Del Orbe luminoso ;
Y lo que en nuestro limo se termina ;
Todo es traza divina ;
A quien en poderío
Ninguno llegar puede:
Sin quien no se concede ,
Que se mantenga un átomo sombrío ;
Que hoja en arbol se mueva ;
Ni una gota de mas ó menos lluvia.

Mas ser punto abreviado ,
Y asáz menudas cosas

Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamás lo ha ignorado?
¿Quién sus torres pomposas
No ha visto, que son nido de pigmeos?
¡O encantados deseos
Del flaco inadvertido ser humano!
Quien vuestras altiveces
Frustrar vió tantas veces,
Confesará, que sois un aire vano;
De cuya nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar, no alcanzó nada.

CANCION II. *

LA SOLEDAD.

ESTANCIAS REALES.

¡De qué apagado lustre, cuán pequeñas
 Son las humanas fabricas, medidas
 Con aquellas grandezas, que perdidas
 Tiene el desierto entre sus mudas peñas!
 ¡De alteza, y esplendor cuán pocas señas
 Tienen las mas preciadas
 Con el arte adornadas!
 Qué primor mendigado, qué pobreza
 Las de mas precio, y de mayor grandeza,
 Los artesones de oro sustentados
 En Dóricas columnas; y á par de ellos
 De azules betas, y de lazos bellos
 Ricos jaspes, y pórfidos preciados,
 Si al principio admiraban, ya observados
 Enfadan á dos dias;
 Cansan las simetrias
 De cuadros, y tapices; y el aseo
 Del mas pintado alcazar queda feo.

Son tibios los colores, y pinceles,
 Que el mundo más celebra y solemniza,
 Puestos junto los riscos, que entapiza
 Mayo galan de alfombras, y doseles:
 De sus lirios lo azul, de sus claveles
 El rosicler variado,
 Y aquel color dorado
 De un ya maduro trigo, y aquel fresco,
 Con que su aliento bulle en lo brutesco.

Aquel confuso amontonar de cosas
 Arrojadadas acaso, y diferentes;
 Acá hiedra, allá espinas, allá fuentes,
 Riscos, peñascos, rios, flores, rosas;
 Unos lejos, que mucho mas vistosas
 Las cosas nos volvieron,
 Que de cerca se vieron;
 Un pedazo de playa, una montaña
 Que al Cielo sube, y á la vista engaña.

Vese la entrada de un pendiente risco
 De un bello mirador el corvo techo;
 Alfombra dando al rústico antepecho
 De alegres rejas un vistoso aprisco;
 De hiedras entoldado, y de lentisco
 Donde el jazmin, ventana
 Teje á la vid lozana,

Y de sus grumos hace , que se cuaje
 La red de su tejido ventanaje.
 Pues subiendo á su cumbre , y antepecho,
 Y el campo , que descubre registrando ,
 En lo que advierte absorto contemplando ,
 Muda estatua el mas sabio queda hecho:
 Del mar profundo un ancho , y largo trecho
 Los ojos ser no dudan
 Espejos , que se mudan,
 Viendo en sus crespas olas de aire llenas
 Los delfines cruzar , saltar ballenas.

Vese del tiempo , y humedad cubierta
 La hueca peña de menudas flores ,
 Parte en sombras , y parte en resplandores,
 Jaspeada aquí , allá verde , y allá yerta:
 Formando un todo de hermosura enjerta
 Sus metales lucidos,
 Y estraños coloridos;
 Y esmaltando la tez , que los remata,
 De granos de oro , y escarchada plata.

El risco altivo de un diluvio entero
 De luciente cristal las selvas moja;
 Que en espantoso son al mar se arroja,
 Desde aquel desigual despeñadero :
 Y de una peña en otra á lo postrero

Del monte en larga suma,
 Hirviendo dá su espuma;
 Haciendo antes pedazos por los riscos
 Cristales , flores , perlas , y lentiscos.

Por otra parte el monte alza sus pinos,
 Que al parecer se esconden en el Cielo:
 Cubren de rocas , y bosqueje el suelo
 Entre tajadas peñas los espinos:
 Trepa la hiedra , suben remolinos
 De flores , y de yerva
 Por señuelo á la cierva,
 Y presto gamo , que por ellas salta;
 Y de verlas temblar se sobresalta.

Silvan por entre almeces , y algarrobos
 Las mirlas , las calandrias , y gilgueros
 Las liebres , y gazapos placenteros
 Retozan por la grama , y dan corcovos:
 Huyen los ciervos , rumian los escobos
 Las cabras ; sin rezelos
 Saltan los conejuelos,
 Y en las peñas se esconden ; y en sus quiebras
 Pintadas roscas hacen las culebras.

Todo ésto al son del bosque , y el ruido
 Del agua , que en cascadas se despeña
 Del monte , que batió su crespa greña,

Y el canto de las aves no aprendido;
 De aquí se goza el ánimo embebido,
 Y lleno de dulzura
 Con tan varia pintura,
 Sin otras muchas nuevas maravillas,
 Resacas de la mar, y sus orillas.

Que el natural desorden con que puso
 El tiempo experto estos rasguños bellos
 Es el mayor primor, y gala en ellos,
 Bien que arrojados en monton confuso:
 Y tanto los brutescos descompuso,
 Y en tan distinta forma
 Sus aspectos trasforma,
 Que parece los hizo en competencia
 Del artificio de la humana ciencia.

Y sobre todo donde de su dueño
 El grán tesoro, y gran caudal se infiere,
 Es que se dá de valde á quien lo quiere,
 Grande sea, mediano, ó ya pequeño:
 No hay puerta, ni cancel, desvío, ó ceño;
 Que en todas ocasiones,
 Momentos, y sazones
 Siempre está para el gusto, y el provecho
 Puesto el rico tapiz, y el toldo hecho.

Ora cruzando vaya los desiertos

De algun inculto bosque , ó engolfado
 Al frio Escita , ó al Burnes tostado
 En mitad de los mares encubiertos,
 O en el del. Súr sobre peñascos yertos,
 Rompa de sus canales
 Los elados cristales,
 Cuyos tumbos la playa , y el arena
 De blanco nacar , y mariscos llena.

O bien se baje donde el suelo ardiente
 La linea equinoccial , midiendo el dia
 Su curso arranca lleno de alegria,
 Con alas de oro encima de su frente;
 Que allí en aquellos páramos sin gente,
 Si el mundo tiene hoy dia
 Allí tierra baldía,
 Sus solitarios , y ásperos espacios
 De los reyes humillan los palacios.

Que aun contemplando aquí el humor fecundo
 Que sus anchos desiertos fertiliza,
 Con medroso ignorar de que cenizas
 Allí el rojo calor no vuelva al mundo;
 O que en su ignoto piélago profundo
 Las olas encrespadas
 En hueco tumbo alzadas,
 Entre las rocas quiebre , y se consuma

Trocada su altivez en blanca espuma.

O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa , ó sus alturas no tocadas
De humano pie jámas, siempre engastadas
En pastas de diamantes, y amatistas,
Si aun fuesen mas que el Agon tiene aristas
Mis curiosos cuidados
Los hallára colmados
Del deleite que causan peregrino,
Estos bosquejos del pincel divino.

CANCION III. *

CANTO DE JUDIT.

Haced salva este dia,
 Haced salva en el tímpano sonoro;
 Y cantad al Señor con la armonía
 De las címbalas de oro.
 Variad la melodía
 En uno, y otro coro;
 Y entonad á mi Dios un nuevo canto:
 Ensalzadle, y llamad su nombre santo.
 El Señor, vencedor de tantas guerras,
 Jeobá tiene por nombre:
 Que en medio nuestras tierras
 El Real del enemigo no os asombre;
 Cuando mas de las manos
 Nos pretendió librar de los tiranos.
 Vino el insidiador desde la cumbre
 Del áspero aquilon; vino fiado
 En la gran muchedumbre
 De su egército armado,
 Su multitud cubria
 A los arroyos sus undosas calles:

Y el hermoso verdor de nuestros valles
 Debajo de los pies desaparecia
 De su caballería.

Dijo, y hizo promesa

De hacer en fuego arder nuestras regiones;

A degüello pasar nuestros garzones;

En la infancia hacer presa;

Y á su tirano imperio

Las vírgenes llevar en cautiverio.

Pero el Omnipotente Soberano

Le dió su merecido:

Le entregó á una muger, y por cuya mano
 Mortalmente fué herido.

Que no al potente bárbaro postraron

Mis mancebos pujantes;

No de Titan los hijos le llegaron,

Ni peleó con indómitos gigantes.

Mas Judit de Merari en la belleza
 De su rostro rindió su fortaleza.

Quítase el luto triste,

Que en su viudez traia;

Y una gala de jubilo se viste,

Que en otro tiempo usó su lozania;

Por quien despues los hijos

Hicieron de Israel mil regocijos.

Su rostro ungiera en bálsamos fragantes:
 Y en cerco de oro, y piedras rutilantes
 Entrelazó el cabello;
 Y un ropage esplendente
 Se acomodara en novedad tan bello,
 Que bastó á seducir al gran Tirano;
 Y á desarmar sus ásperos enojos.
 Sus sandalias los ojos
 Le arrebataron; su pasión altiva
 Presa de su beldad quedó, y captiva.
 Y con su mismo alfange luminoso
 La cerviz cercenó del orgulloso
 Altivo en su arrogancia;
 De su heroica constancia
 Los Persas con horror se estremecieron;
 Y los Medos quedaron confundidos.
 Entonces los Asirios prorumpian
 En ayes, y alaridos,
 Cuando los hijos de mi pueblo amado
 En sed ardiendo se han manifestado.

Los hijos aun sin bozo
 De las mas tiernas madres los herian;
 Y en ellos hacen trágico destrozo,
 Como en infantes tímidos, que huían.
 Y en la lid perecieron ante el brio

Del poderoso Dios y Señor mio.

Cantar dulce entonemos:

Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos.

Adonai, Dios grande,

Tú eres Señor preclaro en tu pujanza:

Si quiera se desmande

Ninguno á sostener tu esfuerzo alcanza,

Sirvan en tu alabanza

Todas las criaturas, que formaste;

Dijiste tú; y se hicieron:

Y hechas de nada fueron.

Al punto que tu espíritu embiaste:

Y no hay ninguno, que tu voz contraste.

Los montes con sus aguas son movidos

Desde sus fundamentos eternos

Delante de tu rostro; y derretidos

Como cera los broncos pedernales.

Los que temen empero tu potencia

Grandes consiguen ser en tu presencia.

Mas ¡ay de aquella gente

Que sobre el pueblo mio se abalance!

Que el Dios omnipotente

Armado de venganza irá en su alcance.

El visitará luego

El dia de su enojo á los Tiranos:

Dará á sus carnes fuego:
Dará á sus huesos fétidos gusanos;
Que á todos los abrasen,
Y en su castigo eternos siglos pasen.

CANCION IV.*

CANTO DE DEBORA.

POR EL TRIUNFO DE JAEI.

Los que ofrecisteis espontaneamente
De Israel al peligro vuestras vidas,
Al Dios Omnipotente
Las gracias dad debidas.
¡O! dadme vos oído
Los poderosos Reyes,
Y escuchad de mis voces el sonido
Los principes, que al Mundo poneis leyes.
Yo soy, yo soy la que en sonoro canto
Ensalcé á Dios, y de Israel al Santo,
Sugeto haré de las Canciones mías.
Tú, Señor, de Seir cuando salias,
Y pasabas de Edon por las regiones,
Temblar la tierra hacias;
Los Cielos destilar agua se vieron,
De Dios en la presencia
Las cumbres de Sinai arroyos dieron.
De Samgar en los dias,

Y de Jael en tiempo descansaban
Las desoladas vias,
Los que en ellas entraban
En sus calles errantes vacilaban.
Los fuertes, y arriscados
Del Pueblo de Israel cesar se vieron,
Y quietos se estuvieron
Hasta que la gran Debora llegara,
Y de Israel la Madre despertara.
El Señor nuevas guerras ha escogido,
Las puertas del *Cortuar* ha destruido.
¡O si el escudo, y lanza,
De su Israel dispuesto á la venganza,
En cuarenta mil viera,
De corazon amara yo, y quisiera
De mi Pueblo á los fuertes!
Vosotros pues que á tan dudosas suertes
Con voluntad entera
Expusisteis los duros corazones,
Dad conmigo al Señor mil bendiciones.
Vosotros los que al bélico ejercicio
En las bestias subís mas arrogantes:
Vos que os sentais en tribunal de juicio,
Y vosotros tambien los caminantes,
Hablad todos, decid en altas voces

Que allí donde los carros, que en feroces
Caballos van unidos,
Y de nuestros contrarios destruidos
Fueron los escuadrones,
Allí en dulces canciones
La Justicia de Dios, allí se cuente,
Y su piedad clemente
De Israel con los celebres caudillos.
Cuando de la Ciudad á los portillos
El gran pueblo ha bajado,
Y consiguió del triunfo el Principado.
Levanta el grito, ó Debora, levanta
La dulce voz, y un nuevo cantar canta.
Levántate Barac, levanta apriesa
De Abinoem, ó hijo,
Y de coger en presa
A tus contrarios ten el regocijo.
Los restos de tu pueblo se han salvado,
Y el Señor por los fuertes ha peleado.
Del Tribu de Efrain los ha vencido
En Amalec, y luego del querido
Benjamin ha sus tierras debelado.
De Maquen los Caudillos han bajado,
Y los de Zabulon, que conducian
El batallon cuando á pelear salian.

Los de Issachar á Debora se unieron,
 Y las banderas de Barac siguieron,
 Barac, que al riesgo osado
 Como á un despeñadero se ha arrojado;
 Ruben entre si en bandos dividido;
 Gran contienda los fuertes han tenido,
 Porque entre dos extremos te has sentado
 Para oir los balidos del Ganado.
 Ruben entre si opuesto
 En lid ¡ay! los magnánimos ha puesto.
 Tras el Jordan Galaad en paz se via,
 Con sus bageles Dan en ocio estaba,
 La orilla de la Mar Aser tenia,
 Y en sus puestos moraba.
 Mas Zabulon, y Nephtalin las vidas
 A la muerte ofrecidas
 Tuvieron de Merome en las regiones.
 Los Reyes con sus gruesos batallones
 Vinieron, y sus huestes asentaron,
 Los Reyes de Chanaan que batallaron
 En Thanach junto el agua de Mageddo.
 Pero ningun despojo se llevaron
 Sino dolor, y miedo.
 Que el Cielo, sí; los Cielos peleaban
 Contra los insolentes:

Los astros en su curso permanentes
Contra el feroz Sisára batallaban.
Y de Cison el torrente
Sus pálidos cadaveres llevaba:
Sus olas al corriente
De Cadumin los daba.
¡O! pisa tú alma mia
De los robustos la cerviz impia.
Los pies de los caballos se rompieron,
Que con sus caballeros
A rienda suelta huyeron
Precipitados en despeñaderos
Nuestros rivales fieros.
Sea maldita de Meroz la tierra
(Decir al Angel del Señor oyeron)
Maldecid los que encierra
Habitadores, los que no vinieron
A socorrer las gentes
Del Señor, ni á ayudar á sus valientes.
Bendita Jael eres
De haber muger, entre todas las mugeres;
De Dios las bendiciones,
Colmen tus pabellones:
Al que agua te ha pedido,
Le diste de la leche la dulzura;

Y en real copa ofrecido
 Su cándida grosura,
 El acerado clavo en la siniestra,
 Y el martillo tomó su mano diestra;
 Y una lugar buscando
 En su cabeza, y otra el golpe dando
 Sobre el tirano valerosamente,
 Entre sus pies cayó ruinosamente:
 Cayó su cuerpo yerto,
 Mil vuelcos dando entre su sangre fria;
 Y desangrado, y muerto,
 Entre su sangre el bárbaro yacia.
 Mas su Madre desde el balcon mirando,
 Su tardar lamentando,
 A los que la escuchaban, así dijo:
 ¿Como se tarda el Carro de mi hijo?
 ¿Que es esto, que no viene?
 ¿Y de sus bravos caballos quién detiene
 La inata ligereza?
 Una, que en agudeza
 A las demas Mugeres excedia,
 Así la respondia:
 Acaso está despojos dividiendo,
 Acaso una muger de extraordinaria
 Belleza le estarán ora escogiendo

De la gente contraria.

Ricas galas variadas de colores

A Sisára por presa le estan dando,

O las joyas mejores

Para adornar su cuello estan juntando.

Así caigan, Señor, así perezcan

Todos tus enemigos,

Empero tus amigos,

Aquellos que en amarte permanezcan,

Así ¡ó Dios! en tu gloria resplandezcan,

Que el Sol no les iguale

Cuando en trono de luz de Oriente sale.

ODAS.

ODA PRIMERA.

A la Noche.

Ya Febo en el Oceano sonoro
 Templó su ardiente carro;
 Privando á los mortales del tesoro
 De su esplendor bizarro.

Las rubias Ninfas de su yugo ardiente
 Las coyundas desatan
 De rosicler; y en magestad decente
 Le sirven; y le acatan.

Cual las riendas le toma de la mano
 De ardiente pedrería;
 Cual la guirnalda, cual el manto ufano,
 Que al mundo da alegría;
 Quien entretanto á la callada noche
 De acero pavonado
 Prepara apriesa el enlutado coche
 De estrellas mil bordado.

Salen las negras horas, que en beleño
 Ciñen la sien severa,
 Vertiendo espanto, y derramando sueño
 Por toda su carrera.

Pasa Bootes el zenít del Cielo,
 La vuelta al Carro dando;
 Con sus ejes de escarcha en todo el suelo
 Frio licor sembrando.

Quietud callada en pasos descuidados
 Con silencio profundo,
 Señorea los ánimos cansados
 De todo el ancho mundo.

Las estrellas en viva centinela
 Con luz mas encendida
 Aceleran el curso de la vela,
 Y el de la humana vida.

Reinan solo las sombras, en reposo
 La tierra sepultada;
 La lid de los cuidados al sabroso
 Silencio encomendada.

Yo mísero, á quien roban el consuelo
 Del sueño mil cuidados,
 En vano al Cielo vuelto, me desvelo
 Con pasos mal guiados.

Silencio voceador anda en batalla
 Con mi sér temeroso:
 Sin tregua de quietud mi pecho se halla,
 Que llame mi reposo.

¡O sueño! entre el brocado y terso lino

Busco en tu paz el centro;
Por mas que imploro tu favor divino,
Huella de tí no encuentro.

Al Pastorcillo entre ásperos terrones
De tu cuello enlazado
Tu beso ; ó sueño ! das , sin las prisiones
De algun mortal cuidado.
Tu cetro humilde al de los grandes trueca
La potestad ; que en suma,
Mas bien acorres á la paja seca,
Que á la mullida pluma.

ODA II.

Al Dia.

Qué apacible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria,
Y su adormido espanto.

Con invisible y blando movimiento
De su tiniebla negra
Escombra, y barre el ámbito del viento;
Y al Cielo y mundo alegra.

Por el aire sereno en sosegado
Vuelo el aljófara baja;
Y la concha en su seno nacarado
Ardientes perlas cuaja.

Sale el Sol con radiante señorío;
Toda la mar se altera:
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Que bate su ribera.

Crecen los rayos de la luz febéa
Con mas pujante aliento;
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.

Las montañas heridas de su lumbre
 Se ven de oro bañadas;
 Las aves en confusa muchedumbre
 Cantando alborozadas.

Las flores su capuz rompen aprisa,
 Y el verde prado esmaltan;
 Y en el cristal que renovó su risa
 Los pececillos saltan.

Mas toda esta beldad que al mundo place,
 No llena mi deseo;
 Si luego que la luz de Apolo nace,
 La de mi Sol no veo.

Ven ya, Lucero mio, pues te aguardo;
 Y al pie de esta montaña
 No hay rosa, ni clavel, jazmin ó nardo,
 Que tu tardar no estraña.

Ven, que si el Delio Dios no amaneciera
 Con sus candores rojos,
 La luz del dia el dia no perdiera
 Con ver la de tus ojos.

Ven, mi Lucero, ven: no desesperes
 A un alma que te adora;
 Si cual muere de amor de amores muere
 Por su dulce señora.

O D A III.

A una Fuente.

En este fértil huerto,
 Que á emulacion de Hesperio se colora;
 De la beldad cubierto,
 Con que al romper la Aurora
 Renueva su matiz la culta Flora;

De una chinesca taza
 En una y otra el artificio crece
 De tan diversa traza,
 Que el arte se envanece,
 Y al marmol deja atrás, que le obedece.

Por sus bocas cien Ninfas,
 En labor varias, forman las vertientes;
 Y recogen las linfas
 Cien Faunos diferentes
 En otras tantas urnas relucientes.

Vense tantos raudales
 Por tanto caño, en proporcion distinto,
 Que de agua y de cristales
 En bien corto recinto
 Se admira un transparente laberinto.

Admíranla las aves,
La admira el Sol, admíranla las flores,
Y en acentos suaves
Los tiernos Ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.

Si su beldad te es grata
Ven, Celidora, ven, pues te convida
Quien tu contento trata,
Y en tí tiene su vida;
Ven, Señora, á esta fuente apetecida.

Que no en valde ha pensado
Entre las mas preciosas y caudales
Gozar el principado;
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

ODA IV.

Constante γ (mole/g) =

De máquinas de enganos.

Corra de gente en gente.

re tutta grana e

Del rico monte Imabo , ostente cuanta
Riqueza á Persia envia :

Todo es sombras , y fábulas ; y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que hasta donde la muerte está escondida
Discurre y vuela de uno y otro daño,
Y en el mayor se anida.

Ni del Tigris las ondas que feroces
En rápidos raudales van bramando,
Ni las Aves de Venus que pasando
Los desiertos del Africa veloces,
Cortan el aire blando;

Ni otro curso mayor medirse debe
Al que el tiempo fugaz la humana vida
Lleva tras sí: la pena desabrida
Parece que es quien solo no se mueve
Del pecho en que se anida.

O D A V.

En loor de los héroes Españoles.

¿Cual héroe invicto , ¡ó sacra Melpoméne!
 Qué hazaña portentosa
 Del Ibero valor querrás piadosa,
 Que en mi agitada cítara resuene;
 Siquiera incauto zelo
 Me instigue , y la pasión al patrio suelo?

Ora mi acento al Rodope aplaudido
 Del céfiro llevado
 Se vea en donde Orfeo , el encrespado
 Cabello de laurel y oro ceñido,
 Cantando en docta lira
 Del oso y del leon domó la ira.

Cuando el cristal mil Nayades rompieron
 Por oir la hechicera
 Música de su voz ; y en la carrera
 Las mas rápidas ondas se tuvieron;
 Y los vientos veloces
 Enfrenaron sus ímpetus feroces:

Allí donde los plátanos mostraron,
 Y fecundos olivos

Dar aplauso á su son , cuando festivos
 sus pomposas guirnaldas reclinaron,
 Los ramos estendian,
 Y atentamente pareció que oían.

¿Mas cual furor mi espíritu levanta?
 ¿De cual Numen llevado,
 Que en el globo inmortal jamás tocado
 De otros mortales pies fijó la planta;
 Y el mundo abandonando,
 Por los campos etéreos voy vagando?

¿Qué no vista palestra , qué estandarte,
 Qué bélico alboroto
 De inmensos escuadrones miro y noto?
 ¿No es este el reino del sangriento Marte?
 ¿No oigo de sus inquietas
 Cajas el son , y horrisonas trompetas?

Sobre un carro agilísimo rodante
 Descubro al Dios horrendo,
 Sus feroces cuadrigas impeliendo;
 De pie á cabeza armado de diamante:
 Tras la lanza el membrudo
 Brazo blandiendo el fulminante escudo.

La Virtud militar su rostro hermoso
 El fuego al Sol hurtando,
 Las garzas de morrion al viento ondeando,

Valor infunde al ánimo fogoso:

A sus Atletas fieles

Mil triunfos prometiendo , y mil laureles.

Seguida de varones esforzados,

A los demas cual soles

Los deslumbran los claros Españoles

En la sublime rueda colocados;

Y atónitos los miran

Los que los eternos cercos giran.

Mi pecho enardecido en viva llama

Del antiguo deseo

De celebrar las glorias , en que hoy veo

El ejemplo feroz que tanto inflama

La hispana valentía,

Con nueva agitacion así decia:

Salve ínclitos iberos no domados,

Cuyos fuertes pendones

Dieron del frio Sur á los Triones

Sombra , y asombro en pueblos ignorados,

Poniendo justo freno

Del fin del Orbe al mas oculto seno.

A vos la tierra se postró rendida,

Sus limites abriendo;

Por hijos os juzgó de Jove horrendo

Dejando su extension estremecida,

Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.

Yo cantaré el primero
Al padre de la Hispana Monarquía,
Aquel feroz guerrero
Que de Roma al furor freno ponía,
Por quien nos vino todo
El pundonor, y prez del valor Godo.

O Viriato, tu indómita constancia
Yo cantaré tras esto,
Cuyo invencible arresto
Burló del Capitolio la arrogancia;
Y subíré de punto
La gloria de Numancia, y de Sagunto.

Tu gran valor, ó noble Recaredo,
Decir ya determino,
Restaurador divino
De nuestra fé, de Francia, y Roma miedo,
Y la feliz estrella
Que España consiguió en seguir tu huella.

Mas á tu gloria, ó triunfador Pelayo,
Cual otra habrá tamaña
Que á la ofendida España
Volver hiciste del mortal desmayo,
Ser nuevo dando, y vida

A su esperanza , y libertad perdida.

La invicta espada ; y esgrimir sonoro
 En celebrar ya tardos
 Del feroz leónés sin par Bernardo,
 Que al Francés rinde, y doma al pueblo Moro,
 Cuyo valor , y arrestó
 Será por grande un tiempo en duda puesto.
 Tambien diré el valor de un nuevo Alcides,
 De Hernan Gonzalez luego,
 Y en dulce son á la region del fuego
 Haré subir las inmortales lides
 De Lara , en siete infantes,
 Del castellano honor astros radiantes.

Pero constante Cid, honor de España,
 A cuál esfera alzado
 Serás tú á quien el Moro ha respetado
 En el frio ataud , grandeza estraña,
 Cuando con ceño altivo
 Tambien triunfabas muerto como vivo.

Cuál despues de estos Capitanes canto
 Pensando estoy dudoso,
 O al que para su triunfo al Sol fogoso
 Paró en la lid , ó aquel que al arrogante
 Monstruo venció , que hacia
 Indigno ultrage al ave de María.

No callará mi Musa el fiel Caudillo,
 Que en armas Marte insano
 Nunca vió tan leal, el Castellano
 Nuevo Abraham, el que arrojó el cuchillo,
 Para que á su hijo bello
 El Moro sitiador pase á degüello.

Mas canta, ó Musa, aquel que luego halla
 El ignorado mundo;
 Sus naves rompe, y echa al mar profundo,
 Siete Imperios ganando en la batalla,
 Cuyos feroces Reyes
 Aherrojó, y trajo á las hispanas leyes.

O al que gran Capitan nunca vencido
 Llegó á alcanzar por nombre;
 Cuyo esfuerzo, y renombre
 No en padrones de marmol esculpido
 Dejó al mundo memoria,
 Mas toda Italia celebró su gloria.

O al que el reino rigió con feliz freno
 De Neptuno espumoso,
 Marqués de Santa Cruz, heroe famoso,
 Quien si despues de mil victorias lleno
 Atroz parca no cierra
 Sus ojos, diera asombro á la Anglia tierra.

Del Marques invencible de Pescara,

Despues haré mêmoria,
 A quien el Cielo en singular victoria
 Prometió un triunfo de grândeza rara,
 Y á España un gran tesoro
 En el Rey preso de los lirios de oro.

O al que bajo la anciana barba el claro
 Toison pendiente muestra,
 Que salió siempre con triunfante diestra,
 El gran Toledo de la patria amparo,
 De leales amigo,
 Y de rebeldes áspero castigo.

Quién de cien trompas de sonante bronce
 Me concediera el eco,
 Para cantar del Aguilar, Pacheco,
 Cerda, Bazan, Giron, Dávila, y Ponce,
 Cada cual aguerrido,
 Famoso Capitan nunca vencido.

La fama de estos ínclitos varones
 Veo crecer cuál planta
 Que al Cielo con los años se levanta,
 Dilatando sus lenguas, y pregones;
 Pero ya se me ofrece
 Quien como sol entre ellos resplandece.

Esto es, el joven de Austria, que en Lepanto,
 Despues que de Granada

La Morisma dejó desbaratada,
 Al espanto del mundo puso espanto,
 Y al turco imperio ciego
 Arrojó al mar desecho en humo, y fuego.

Diré en fin de Filipo el animoso,
 Aquel que de las guerras
 Civiles, é intestinas de sus tierras
 Volvió á la España á un sin igual reposo,
 Siendo entre tantas lides
 Alejandro novel, hispano Alcides.

Mas tu de este gran padre respetado,
 Gran hijo, y heredero
 CARLOS, escudo del Imperio Ibero:
 Tú del gran Cesar eres el traslado;
 Mandar dos orbes puedes
 Rey, Cesar, y Señor, que no le cedes.

A pesar de fortuna, y de los hados,
 Tus bélicos pendones
 Del Sur á los Triones
 Darán sombra en los pueblos ignorados,
 Poniendo justo freno
 Del fin del orbe al mas oculto seno.

Tú la tierra rigiendo,
 A tí inferior se postrará humillada;
 Y con el trueno horrendo

Guerra le harás, quedando escarmentada
Cuando el rigor la alcance
Del feroz rayo, que tu diestra lance.

Así yo enardecido prorumpia,
Absorto en los Campeones
De nuestra Patria indómitos leones;
Cuando desfalleciendo mi osadia,
Advierto que oso en vano
Subir, donde no osára orgullo humano.

Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etéreos techos
La inmortal gloria de los altos pechos,
Que en bélico furor Mavorte enciende;
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.

Y si una empresa tan difícil, y alta
De bajo al Numen culpa;
Solo intentarla basta por disculpa,
Cuando la fuerza, y no el deseo falta;
Y yo en haberla osado
Seré con gloria en otra edad nombrado.

TRADUCCIONES.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

ODA PRIMERA.

Iam satis terris nivis atque dirae.

Y a el Padre Omnipotente
 Cubrió de nieve, y de granizo el mundo:
 Y con su mano ardiente
 Batiendo el sacro alcázar sin segundo,
 A Roma puso en un temor profundo.
 En un espanto horrible,
 Y miedo puso á todos los vivientes:
 Pensaba que el terrible
 Siglo tornaba, que ahogó á las gentes.
 En agua, y copiosísimas corrientes.

Pirra se condolia
 Viendo mil novedades prodigiosas,
 Cuando allí conducia
 Proteo el ganado, y focas espantosas
 A los montes, y peñas cavernosas.

Y mil varios pescados
 Se vieron de los olmos en la altura
 Subidos, y pegados

Dó fundó la paloma simple , y pura
 Bien conocida casa , y mal segura.

Los gamos y las fieras;
 Con un temor cobarde , y sobresalto
 Olvidan sus carreras,
 Nadando sobre el mar tendido y alto,
 Dando en el agua un salto , y otro salto.

Vimos el agua roja
 Del Tiber, que violento sus corrientes
 Del mar Toscano arroja;
 Retorelendo sus ondas y vertientes
 Contra los edificios mas potentes.

Parece que mostraba
 Dar gusto el rio al mugeril deseo;
 Que mucho se quejaba
 Ilia , y el Tiber con atroz meneo
 Le promete vengar el hecho feo.

Abre con desatino
 Por el siniestro lado un ancho seno;
 Talando va el vecino
 Campo Romano , de braveza lleno;
 Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.

Los mozos descendientes
 Tendrán memoria del cruel estrago;
 Y afilarán las gentes

El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.

¡Ay! ¿cuánto mejor fuera,
Volver el duro, y riguroso acero,
Y el odio y rabia fiera
Contra el Parto feroz, bravo guerrero,
O contra el duro Scita, ó Persa fiero?

¿A cual Deidad pues luego
El pueblo invocará para el caído
Imperio? ¿Con qué ruego
Las Vírgenes piadosas, y gemido
Fatigarán de Vesta el sordo oído?

Y el Padre soberano,
¿A quién dará el divino y santo cargo
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?

Ven, pues, ó favorable
Apolo, anunciador de la alegría;
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso día
Vestido de una blanca nube envía.

O tú, Venus graciosa,
Si te place demuestra el bello riso
Donde el gozo reposa,

Y dó el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo el dulce paraíso.

Y tú, Marte encendido,
Los ojos vuelve al pueblo, que engendraste;
Que despreciado ha sido,
En quién tu brava furia apacentaste:
Tan largo juego ya de espada baste.

A tí los alaridos,
Y el confuso gritar, y las celadas
Lucidas, y bramidos
Te agradan; y del Moro las espadas
(Que puesto á pie es mas fiero) ensangrentadas.

Tú, que de grande altura
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello joven te venciste.

Gustando de llamarte
De César vengador, ó joven claro,
Al Cielo que es tu parte
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Dé al Romano pueblo eterno amparo.

Y algun ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo;

Primero en él tus grandes triunfos diestros
Canten del sacro monte los maestros.

Ten por blason honroso
Ser dicho Padre, y Príncipe extremado:
Y el Medo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

ODA II.

Quis multa gracilis te puer in rosa.

¿Qué lascivo mozuelo
Blando, y con mil olores rociado
O Pirra, sin rezelo
Te tiene con sus brazos y lecho anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta, y lecho ardiente?

Y tú con tez sencilla
Sin engañosa falsedad de afeite
Una, y otra mejilla
Le muestras, con que enciendes su deleite;
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.

Cuantas veces el necio

Mozo imprudente llorará su daño,
 Tu falsa fé, y desprecio,
 Los contrarios amores, y el engaño;
 Y temerá los vientos
 En el áspero mal de sus contentos.

Y él facil y creible,
 Que de tu hermosura goza ahora,
 Seguro y apacible,
 Piensa que nunca le has de ser traidora;
 Y no ve el miserable
 Que tu querer es viento déleznable.

; Ay de los desdichados
 A quienes bríllas, y en lustrosa cara
 Aplaces! no enseñados
 A conocer tu fé mudable y cara;
 Que en tus serenas calmas
 Anegan los contentos de sus almas.

Yo sufrí con afrenta
 Naufragios en el mar de tus engaños:
 Mas ya de la tormenta
 Colgué los rotos, y mojados paños;
 Y al Dios del mar amigo
 Pinté una tabla, de mi mal testigo.

O D A III.

Lydia dic per omnes.

Por los Dioses te ruego
 Me digas , Lidia , como afliges tanto,
 Y quitas el sòsiego
 A Sibaris , el mozo que con tanto
 Amor te quiere ; y ama ;
 Y tú lo abrasas en su ardiente llama.

¿ Por qué aborrece , dime,
 Sufriendo el polvo , y Sol sin pesadumbre
 Al campo Marcio , y gime ?

¿ Por qué enseñado á militar costumbre
 No juega y arremete
 Entre tanto , y gallardo igual ginete ?

¿ Por qué ya no corrije
 La feroz boca del frison brioso ;
 Ni con freno la rige
 De brida , que es mas duro y riguroso ;
 Ni su cabeza enhiesta
 Con yelmo cubre , y penachada cresta ?

Por qué tanto rehuye
 Tocar del Tiber las bermejas ondas ;

Por qué mas teme , y huye,
 Que á la sangre de vívoras hediõdas,
 Al lucio aceite , y grueso,
 Que hace al luchador mas fuerte ; y tieso.

Y de la dura malla
 No viste el jaco , ni arma mano , y dedos :
 Y ¡ay ! de la batalla
 En los brazos nervosos , y molledos
 No muestra cardenales,
 Ni de gloriosos golpes las señales.

Mil veces con gallardo
 Semblante hizo en la contienda raya,
 Tirando el fuerte dardo;
 Y arrojando un gran peso , y azagaya,
 Con tiro muy derecho
 Abrazó mas del señalado trecho.

Ahora está escondido,
 Y se hurta à los ojos de la gente;
 Como el joven nacido
 De Tetis antes de la guerra ardiente
 De Troya , á quien engaños,
 Y amor vistieron mugeriles paños.

O D A IV.

Vides ut alta stet nive candidum.

¡O Taliarco hermano!

¿Ves el Soracte monte levantado

Con honda nieve cano;

Y el bosque de gran carga trabajado:

Y en penetrable hielo

Cuajado el río, y apretado el suelo?

Templa con buen sosiego

El acerbo rigor del duro frío,

Echando sobre el fuego

Los leños, que guardaste en el estío;

Y saca largamente

Del oloroso vaso el vino ardiente.

Y los demas cuidados

Entrega á Dios, que con prudencia sabia

De los vientos hinchados

Enfrena en el furioso mar la rabia;

Y guarda, y asegura

Al ciprés alto, y á la encina dura.

Con sutileza vana

No busques el futuro tiempo incierto;

Ni que ha de ser mañana:

Y en cualquier día que tuvieres cierto,

Haz cuenta que en el trance

Postrero echaste un provechoso lance.

Y pues la flor empieza

De tu verano corto, y edad breve;

Y esta de tu cabeza

Ausente la pesada, y fría nieve;

Coge en las tiernas flores

Los dulces frutos de placer, y amores,

Y ahora frecuentadas

El campo sean, y eras deleitosas:

Y en horas concertadas

Las pláticas lascivas, y amorosas,

Entre silencio y risa

Hablando cuando la razón avisa.

Y aquel suave riso

Que del rincón más íntimo resuena;

Y da señal, y aviso

De la mozuela oculta que allí suena;

Que se escondió á sabiendas

Para hallar más dulces sus contiendas.

La prenda arrebatada:

Digo sortijas, ó manillas de oro,

O lo que más te agrada

Algun precioso , y rico igual decoro
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza , y están quedos.

ODA V.

Quem virum aut heroa lyra vel acri.

O Clio, Musa mia,
¿ A qué varon celebrarás ahora
Con versos de alegría,
Con lira dulce , ó flauta muy sonora;
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?

O ya ahora resuene
En las umbrosas faldas de Elicon;
O ya en el Pindo suene
Mi voz , á quien la dulce tuya entona;
O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado;

De donde se movieron
Las selvas á la voz del Tracio Orfeo:
Los rios detuvieron
Su curso rapidísimo , y rodeo;

Y los ligeros vientos
 Enfrenaron sus varios movimientos.

¿Pues qué diré primero
 Que las horas con mas razon contadas
 Del Padre verdadero,
 Que con prudencia sabia gobernadas,
 Y mando poderoso,
 Las cosas tiene en órden amoroso?

Y templa el mar y tierra,
 Y el mundo rige en tiempos diferentes:
 A donde no se encierra
 Cosa mayor, ni fuerzas tan potentes.
 Tras de esto el alabanza
 Palas en trecho no distante alcanza.

Y no olvidaré ahora,
 O Baco, en las batallas animoso,
 Tu fuerza vencedora:
 Ni á tí Virgen de brazo poderoso;
 Que con flechas ligeras
 Persigues en los montes á las fieras.

Tampoco callar quiero,
 O santo Febo, tu valor temido
 En el tirar certero:
 Diré de Alcides el jamás vencido;

Y á los hijos de Leda
Diré con tal que tanto decir pueda.

Al uno y otro hermano,
Castor, y Polux, cada cual honrado
En arte sobre humano;
El uno diestro en lucha, el otro usado
A mil glorias triunfantes
Corriendo los caballos espumantes.

La estrella de los cuales
Luego que nace, al navegante alegra;
Destierra los mortales
Rezelos tristes de la muerte negra;
Y el piélago revuelto
En paz lo deja, y en quietud resuelto.

Pierde su furia el viento:
Huyen las nubes su presencia santa:
Y el húmedo elemento,
Que en valientes escollos se quebranta,
Muestra con alegría
Sus olas de luciente argentería.

Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo, y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio Rey severo
Pacífico, y divino;

O el Imperio soberbio de Tarquino.

O si del atrevido

Catón diré la honrosa, y dura muerte:

Con pecho agradecido

Tambien la lastimosa indigna suerte,

De Marco Atilio digo,

Que fué y guardó palabra á su enemigo.

Y cantarán mis versos

A los Escauros graves, y constantes,

En mil casos adversos:

Y al Consul Paulo en otros semejantes,

El cual con pecho ufano

Dió la vida al furor del Africano.

Y á Fabricio, y Camilo;

Y á Curio de cabellos mal peinados

Diré en el mismo estilo;

Los cuáles fueron en la guerra osados;

Y sin temer bajeza

Sé honraron con el áspera pobreza.

La fama de Marcelo

Cual arbol en oculto tiempo crece:

Y de Julio en el Cielo

La estrella entre las otras resplandece,

Como entre otras estrellas

La clara Luna con sus luces bellas.

¡O hijo Omnipotente
Del Padre antiguo ! ¡O Padre, fiel reparo
De aquesta humana gente !

Tú del gran César tienes el amparo.
Gobierna pues el mundo;
Siendo Rey , César , y Señor segundo.

O ya los Partos bravos
Que están á Italia siempre amenazando,
(Como á Ulises esclavos)

Sujete al yugo de su fuerza, y mando:
O ya de la India gente,
O de los Seras triunfe en el Oriente.

Que rigiendo la tierra
Será inferior á tí de buena gana:
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana:
Y tú harás castigos
Arrojando mil rayos enemigos.

O D A V I.

Pastor quum traheret per freta navibus.

El Pastor fementido
 París al tiempo que iba el mar sulcando
 Contento, y engreído
 Con sus ligeras naves, y llevando
 A Helena, hecho ultrage
 A la debida fé del hospedage:
 Al irritado viento
 En este punto sosegó Nereo:
 Y dijo el triste cuento,
 Y amargos fines de aquel hecho feo;
 Y los funestos hados
 A Troya por tan grande mal guardados.
 ¡Como con mal agüero
 Llevas á la muger de agena casa!
 ¡Ay! cuanto Griego fiero
 Conjurado sin número, y sin tasa
 Te romperá el contento;
 Y deshará tu infame casamiento.
 Del Priamo el imperio
 Antiguo, noble, rico, y celebrado

Caerá con vituperio,
 ¡Ay! qué sudor, y aprieto está guardado.
 A muchos escuadrones
 De caballos, y de ínclitos varones.

Y qué espantoso estrago
 Mueves á la Troyana triste gente:
 De tu traicion el pago
 Verás muy presto; que Belona ardiente
 Ya apercibe celada,
 Escudo, y carro, y rabia ensangrentada.

En vano confiado
 En el auxilio de tu Venus fiera,
 Ufano, y descuidado
 Peinarás la cabeza lisonjera;
 Y en lira blanda, y verso
 Darás solaz al tierno sexo adverso.

Tambien huírás en vano
 Las más pesadas armas inquietas
 Al tálamo profano;
 Y del Cretense fiero las saetas:
 Y el temeroso estruendo
 De Ajax ligero que te irá siguiendo.

Mas ¡ay! que al fin revueltos
 Verás esos cabellos muy peinados,
 Y en polvo y sangre envueltos:

¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu Patria total muerte?

¿No ves al muy prudente
Nestor? y como al Teucro Salamino,
Y al otro muy sapiente
Estenélo en batallas peregrino,
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va bogando.

Te siguen con horrendo
Furor en triste, y tenebroso trance.

¿No escuchas el estruendo
De Merion, que ya te va al alcance?
Y al hijo de Tideo
Rabiando por ganar de tí el trofeo?

A aquel Diomedes digo
Mas que su padre fuerte, y mas valiente;
Del cual bravo enemigo
Con pecho mugeril cobardemente
Huirás, cual rierna cierva
Que viendo al lobo olvida pasto y yerba.

¿Y prometias esto
A Helena, cuando echabas mil blasones
Con amoroso gesto?
Y aunque la armada y fuertes escuadrones

De Aquiles enojado

Dilatarán de Troya el triste hado;

Despues de nuevos años

El fuego Griego, á quien tu amor atiza,

Ardiendo por engaños,

A la alta Troya volverá en ceniza:

Y quedará-desierta

De negros humos, y de olin cubierta.

O D A VII.

Velox amoenum saepe Lucretilem.

De su dulce acogida,
Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucretil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio, y fresco viento.

Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estío:
Tampoco les ofende
Aquí la fría escarcha, ni rocío;
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.

Seguramente pacen
Buscando aquí y allí las tiernas gramas,
Que en este bosque nacen;
El cítiso, y tomillo, y otras ramas,
Que las cabras engruesan,
Y de substancia, y leche las retesan.

Apriscos, y rediles,
Dó están los cabritillos encerrados,

No temen las sutiles
 Mordeduras de sierpes, ni pintados
 Lagartos, ni los robos
 Que hacer suelen los hambrientos lobos.

¡O Tindaris hermosa!

Cuando mi dulce caramillo suena,
 El valle, y selva umbrosa
 Y el monte Ustica en derredor resuena;
 El monte á cuya cumbre
 Se sube sin trabajo y pesadumbre.

Su gracia, y alegría
 Me aspira Dios; y mi piedad le agrada,
 Y aquesta Musa mia:
 De aquí la copia gozarás colmada,
 Que aquí derrama el cuerno
 Benignamente flor, y fruto tierno.

En este valle, y flores
 Huirás de la Canicula el gran fuego;
 Y cantarás amores
 Con la sonora cítara del Griego
 Poeta Anacreonta,
 Que entre amorosos cisnes se remonta.

Cantarás las pasiones
 De Penélope y Circe; y los rezelos
 De entrambos corazones;

Y de una y otra los rabiosos zelos;
 Que en cada cual muy fuerte,
 Trabaja por el hijo de Laerte.

A la sombra holgando
 Agotarás aquí los vasos llenos
 Del vino Lesbio blando;
 Y el padre Baco, y Marte muy serenos
 Quietos amorosos
 No mezclarán combates sanguinosos.

Ni zelos inhumanos
 De Ciro tu protervo, y duro amante;
 Ni las violentas manos
 Temerás del villano, que delante
 Te quite la guirnalda,
 Y airado rasgue tu inocente falda.

O D A VIII.

Mater saeva Cupidinum.

La madre cruel ufana
 De los amores, y el mozuelo fuerte
 De Semeles Tebana,
 Y el ocio (que es de las virtudes muerte)
 Me impelen vuelva luego

Al amoroso , ya dejado juego.

El rostro bello , y claro,
Y la tez mas bruñida , y espejada,
Que mármoles de Paro,
De mi Glicería dulce enamorada,
Me enciende en blanda llama;
Y en su veneno mismo amor me inflama.

Enciéndeme el sentido

Su gracia , y natural desenvoltura;
Y el melindre atrevido,
Y del semblante tanta hermosura;
Que el que á mirarla empieza
Con ojos , alma , y corazón tropieza.

Dejó á su Chipre amada

Venus , y edificar su templo quiso,
Y hacer su morada
En mi pecho su antiguo paraíso;
Y tieneme ocupado
Ageno de cualquiera otro cuidado.

No consiente que cante

Del indómito Scita , bravo , y fiero
El osado semblante :
Ni el animoso Parto , que ligero
Revuelve , y espolea
Al caballo , y huyendo mas pelea.

Ponedme pues las aras;
 Aquí esparcidme rosas , y verbenas;
 Vaciad las copas claras
 De ardiente licor llenas;
 Y dad incienso al fuego,
 Que la víctima hecha vendrá luego.

O D A X I.

Traduccion libre de una de Safo.

Salve, Venus hermosa,
 La mas dulce maestra
 De amor en la palestra;
 De Jove hija preciosa;
 Cuyo Numen sagrado
 En tantas aras siempre fué invocado;
 Salve , y mi voz atiende:
 No dejes que á millares
 Me maten los pesares;
 Antes acá descende
 Cual un tiempo solias
 Grata acudir á las plegarias mias.
 Movida de mi ruego
 Tal vez á mí bajaste;

Tal vez por mí dejaste
 El celestial sosiego,
 Que del gran padre amado
 Gozaste en Alcázar estrellado.

Yo ví en ligero vuelo
 Tirar tu carro uncidas
 Tus aves mas queridas;
 Y descender del Cielo,
 Cortando con sus alas
 Del aire vago las etéreas salas.

Y cuando á mí llegabas
 Tú misma, ¡ó dulce Diosa!
 Con vista cariñosa
 Que risas de amor dabas,
 La causa me pedias
 Del dolor, que en mi rostro conocias.

¿Por cuál razon demando
 Tu auxilio sin sosiego,
 Quien á mi dulce ruego
 Quiero atraer mas blando,
 O á quien prender queria
 En las amantes redes que tendia?

Acuérdome cuan grata
 Me dijo allí tu boca:
 ¿Quien tu furor provoca?

Mi bien, ¿quien te maltrata?
Si hubiere quien por caso
Huya de tí, tras tí volverá el paso.

Si no recibe dones
Los dará afectuoso;
Si es libre, y desdeñoso,
Veráse en tus prisiones;
Si sin amor le vieres
Luego amaré, y hará cuanto quisieres.

Ven; ó de Amor Princesa!

Ven, ven como solías
En los antiguos dias,
Pues tu deidad no cesa;
Ven, y libra mi vida
De insufribles tormentos oprimida.

Ven, y en tan fuerte instante
Tu auxilio en mí se vea;
Cumple lo que desea
Mi corazon amante;
Y en mi favor armada
Conmigo mire tu deidad sagrada.

SILVAS.

SILVA PRIMERA.

A la Piedad.

¿Cuál otro digno objeto
 En la gran copia de gratuitos dones,
 Que ilustran la razon, llegó al respeto
 Que tú, Piedad santísima, me impones?
 Tú principio serás de mis Canciones,
 Tú, que de mis cuidados
 Siempre fuiste el primero, Virtud santa;
 Pues tu eficacia es tanta,
 Que ser á tí negados
 Los hijos de la tierra mal podremos.
 Tú, entre todos los grados
 De superior valor, y de excelencia
 Que en los mortales vemos,
 A nuestros dulces pádres mandas demos
 Con frente humilde honor, y reverencia.
 ¿Pero cuál elocuencia,
 Cuál fuerte voz de cuanto los debemos
 Ponderará un traslado?
 Ser, vida, luz, crianza, amor, cuidado,
 Arrimo, nombre, y honra se les debe,

Que jamás les podrá ser bien pagado.
 ¿Y habrá quien desalmado
 A no rendirles este honor se atreve?
 No es mio, no, creer que por ventura
 Se pudo autorizar tal desmesura.
 Cualquier culpa en el hombre fuera leve
 En comparacion de esta,
 Cual de eternas rayos coronada
 La divina razon lo manifiesta.
 ¿Cuál ley, cuál tradicion mas propagada
 Por una antigüedad de años prolijos
 El mundo usó en sus hijos,
 Sin que en cada interior ser radicada
 La Nacion mas remota,
 Por su barbarie insólita, lo estorbe?
 Ponedme pues del Orbe
 La mas ciega, é idiota;
 Y si por caso duda se os ofrece
 De que sin Dios, ó Ley á vivir llega,
 No digais que el honor al padre niega.
 Que á todos Temis Santa con luz pura
 Los guia, y asegura,
 Que como el que atesora, en bienes crece
 Quien honra dá á su madre,
 Y el recibir la bendicion del Padre

La Casa de los hijos fortalece,
 Donde eterna es la gloria,
 Y sin fin en los buenos su memoria.
 Empero aquel, cual humo desaparece,
 Y es siempre ignominioso,
 Que ingrato los oprima,
 Y en maldicion él que los desestima.
 En el cerco de nubes espantoso
 Verá apagarse arrebatadamente
 Su luz, quien fuere de ellos maldiciente
 Y ¡ojala que los ojos que á su padre
 Fisgan, ó miran torpes á su madre,
 Arranquen fieros cuervos, y sangrientos
 Los coman pollos de aguilas hambrientos!
 Yo en el polvo mi labio
 Pondré, noble piedad, por respetarte
 Seguirte, y pregonarte,
 Pues bajo el Cielo igual á tí no tienes,
 Ni otra cual tú deudora á tantos bienes.
 Bella virtud ¿cual sabio
 Gentílico en tu elogio no se alarga?
 ¿Qué Oráculo creído
 A no ensalzar tu gloria se ha atrevido?
 ¿Qué? por dicha no encarga
 Tu guarda el inmortal? ¿quien resplandece

Sobre el mas alto Querubin, no ofrece
 Vida en retorno larga,
 Vida que con sus dádivas bastece?
 ¿Quién pues te negará Virtud divina
 El sólido Candor de tu doctrina?
 ¡O! ven luz grata, ¡O! séllate en mi frente,
 Seré á quien debo mas, mas reverente.

De la Congratulacion.

¿Qué bien hay que no iguales,
 O sin tí quien mejor las almas sella,
 Congratulacion bella,
 Que de un noble, y divino pecho sales?
 Tú eres, prenda feliz de los mortales,
 La que has establecido,
 Que del próspero bien en que miremos
 Otro hombre bastecido
 Con muestras de placer nos alegremos.
 Si á los miembros que vemos
 A un mortal cuerpo unidos, nadie veda
 Que el bien del uno en gozo de otro ceda;
 Si el simple amor de ser conciudadanos
 Atrae á los humanos,
 Los que en virtud unidos
 Por tí se ven con vinculo más fuerte,
 ¿Placer no habrán de la dichosa suerte
 En que ven á sus prójimos queridos?
 Así, que esté tu gozo, es fruto amable
 Del Ser sumo inefable,

Gozo , sí , gozo , y no del bien profano,
 Y solo en la apariencia , que ese es vano;
 Mas del que á un fin honesto se endereza
 Puro placer sin mezcla de tristeza,
 Ni resabio de envidia,
 Falaz en persuadir , que otra ventaja
 Deslumbra nuestro mérito , y lo ultraja.
 Cual la piedra brillante,
 Ejemplo dá , pues nunca se fastidia,
 Ni se muestra con pálido semblante,
 Por ver al rubio Sol mas claro que ella;
 Que antes se rie , y lumbré da mas bella.
 Pero sin tí , ó Virtud , ¿ qué no es la envidia?
 Es pálido pesar del gozo ageno,
 Que en el pecho del malo siempre lidia,
 Derramando pestífero veneno.
 Crimen de abrojos lleno,
 Y el mas nocivo , pues que descontenta
 Al alma , que le abraza , y le atormenta.
 Cuando naturaleza se complace
 Con el ageno bien , no al Sol la Luna
 Envidia su fortuna,
 Ni los rios al mar , que antes les place
 Gozar el bello grado,
 Que á cada cosa el inmortal le ha dado.

Así cuando otro gozo en tí no hubiera,
 O divino placer, por el crecido
 Gozo que da el ánimo abatido
 Solícito debiera
 Templarse en tu alègria:
 Que el gusano, que cria
 Dentro sí el leño, rõe sus entrañas
 Hasta que le destruye; así las sañas
 Del envidioso son, tal fué la via
 Del fratrièida; que la tierra fria
 Tiñó la primer vez de humor sangriento.
 Pero, virtud graciosa, ¿qué tormento
 Causaste tú, ó qué bárbaro destrozo
 El que á tu beneplácito procede?
 ¿Quién tal pensó? Otro gozo,
 Otra quietud mas grata, otro alborozo
 Por tí se le concede,
 Que el malo, y su maldad quitar no puede;
 Gozo puro sin mezcla de tristeza.
 Así, ó precioso don, ¿quién tu nobleza
 Podrá de hoy mas no amar? ¿ó tú, olvidada
 Serás de mi deseo?
 No, virtud, que en mis brazos ya te veo
 Darme ósculos de paz. Venid, humanos,

Que la prenda del Cielo mas preciada
 A ninguno es negada.
 ¡O! cante yo sus dones soberáños,
 Y alégrense conmigo mis hermanos.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La *Virtud Militar* aqui se advierte
 Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas,
 Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
 Brillar su peto de ásperas escamas,
 Asiendo de una mano el hasta fuerte,
 Y en la otra el pabés cóncavo embrazando:
 Veloz discurre hácia uno , y otro bando,
 Y entrando por los gruesos batallones,
 Los blandos corazones
 Luego , luego á lid bélica movia,
 Atizando el incendio que ya ardia
 En las contrarias bélicas Naciones:
 Asi que en rencor , iras , odios , sañas
 De unos , y de otros hierven las entrañas.

FUROR BÉLICO.

¡En esto el *Furor bélico* indignado
 Sobre un carro agilísimo rodante
 Las ligeras cuadrigas impeliendo,
 De furias crúelísimas cercado,
 De pie á cabeza armado de diamante,
 Acá y allá furioso va corriendo:
 Con jamás visto estrepitoso estruendo
 Por entre los Atletas gira agudo;
 Y con brazo membrudo,
 Que hace crugir el animoso viento,
 Ora juega el estoque vólento,
 Ora rebate el fulminante escudo,
 Ira, y rabia infundiendo en las voraces,
 Y mas que nunca ensangrentadas haces,

MUERTE.

A cuantos ; ay ! delante se les ha puesto
 Entre una negra nube encapotada
 La imagen de la muerte irrevocable,
 De opio , y adelfas mustias coronada,
 Pálida la color , airado el gesto,
 Medio arrastrando un luto miserable :
 La cual con hoz sangrienta formidable
 Mas que nunca veloz ha descargado
 Su brazo no cansado,
 Al que hiere de horror se atemoriza,
 Los dientes cruje , el pelo se le eriza,
 Palpita el corazon ; y al fin helado
 El curso de sus dias le parece,
 Cual humo ante Aquilon se desvanece.

ANTES DE AMAR TUVE ZELOS.

G L O S A.

Siendo niño en nuestro prado,
 Florinda hermosa te ví
 Dar abrigo á un alhelí
 Entre tu seno nevado:
 De verle tan regalado
 Empezé á sentir rezelos;
 Y en mis años pequeñuelos,
 Sin saber lo que era Amor,
 De aquella inocente flor
Antes de amar, tuve zeloso.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO.

LA ESPOSA ALDEANA.

LETRILLAS PRIMERAS.

	<i>Pág.</i>
I..... Al Dios pan.	3
II..... De sus cantares.	4
III... La Solicitud.	5
IV... De su Pastor.	6
V..... De su afecto.	7
VI... Jugete sencillo.	8
VII.. El Sueño y el deseo.	9
VIII. Confianza.	10
IX.... Resolucion.	11
X..... Simulacion amorosa.	12
XI.... De un Baile.	13
XII.. Propension del Amor.	14
XIII. Oferta.	15
XIV. El Pronóstico.	16
XV.. Los Zelos.	17
XVI. Dones Sencillos.	18

XVII....	Fuego Amoroso.	19
XVIII...	Afanes del Amor.	20
XIX.....	De su Pastorcillo.	21
XX..	El Desvelo.	22
XXI.....	De una ausencia.	23
XXII.....	A su Rebaño.	24
XXIII... ..	La llama del Amor.	25
XXIV....	Los brazos de Alexis.	26
XXV.....	El Consejo.	27
XXVI.....	Gratitud Pastoril.	28
XXVII... ..	Los ojos de Alexis.	29
XXVIII.. ..	El premio del Amor.	30
XXIX.....	De Alexis.	31
XXX.....	Desden fingido.	32
XXXI.....	De un rapaz.	33
XXXII... ..	De un regalillo.	34
XXXIII.. ..	La palomita.	35

LETRILLAS DE ESTRIVILLO.

LETRILLAS SEGUNDAS.

I.....	Si el estilo en mis letras.	39
II.....	Pues de amar Amores.	41

III...	Llévame ál Zurguen.. . . .	43
IV....	En vano á la puerta llama. . . .	45
V.....	Cuando anuncia el Lucero. . . .	47
VI...	¡Triste de mi que amo.	49
VII..	Ni tú quitarme puedes.	51
VIII..	Anda, mi Zagal, anda.	53
IX....	En la floresta un Pastor.	55
X.....	La Rosa de Abril.	57

ROMANCES.

I.....	El ramo de la mañana de S. Juan. . .	63
II.....	La Enemiga del Amor.	65
III....	La firme resolucion.	67
IV....	La salida de Amarilis al Zurguen. . .	70
V.....	La fina satisfaccion.	72
VI.....	La Advertencia.	74
VII..	La Reprehension.	77

CANTILENAS.

I.....	Por esta selva umbrosa.	83
II.....	Ya la rosada Aurora.	84
III...	Ahora que suave.	85

IV....	Un tiempo inadvertida.	87
V.....	Cual suele en aire obscuro.	89
VI....	Cual simple pajarillo.	id.
VII...	Pára Ruiseñor blando.	90
VIII.	Ven , ven , Filena mia.	91
IX....	Muchacho inadvertido.	92
X.....	Un colorin hermoso.	95
XI....	Sobre las frescas flores.	96

ANACREÓNTICAS.

I.....	Siendo yo niño tierno.	101
II.....	¿ Quien es aquella Ninfa.	102
III....	Al son de los rabeles.	id.
IV....	Si alguna vez me veo.	103
V.....	Durmiendo yo á la sombra.	104
VI....	Cortó un cabello Nise.	id.
VII..	Corra el otro indignado.	105
VIII.	Debajo de aquel árbol.	id.
IX....	No busco de Alejandro.	106
X.....	Batilo , héchame vino.	107
XI....	Bebe , bebe , mí Nise.	108
XII...	Bajaba por los vientos.	109
XIII.	Corte , corte en buen hora.	id.

- XIV. ¿No ves, Nise, la envidia. . . . 110
 XV.. Vuela Ruiseñor blando. id.
 XVI. En tanto que fui Niño. 111

E L I S A.

IDILIOS.

- I..... El clavel. 115
 II..... La Ausencia. 116
 III... Los Zelos. 118
 IV.... Duracion de su amor. 119
 V..... Ilusiones de la tristeza. 121
 VI... Delirios de la desconfianza. . . . 122
 VII.. La agitacion. 124
 VIII. El desfallecimiento. 126

É G L O G A S.

- I..... En alabanza de la vida del Campo. 131
 II..... Lícida, Montano, Poeta. 159
 III... Arcadio, Poeta. 176
 IV.... Emilia quejosa. 182
 V..... Era la noche y en sereno vuelo. 188

VI....	Cintia , Poeta.	193
VII...	La suavidad del Zéfiro Amoroso..	198
VIII.	Laurita...	203

CANCIONES.

I.....	La vanidad terrena.	213
II.....	La Soledad.	220
III....	Canto de Judit.	227
IV....	Canto de Debora.	232

O D A S.

I.....	A la noche.	241
II.....	Al Dia.	244
III....	A una fuente.	246
IV....	¡O humana suerte de inconstan- cias llena.	248
V.....	En loor de los Héroes Españoles.	250

TRADUCCIONES DE HORACIO.

I.....	Iam satis terris nivis atque dirae.. . . .	261
--------	---	-----

II.....	Quis multa gracilis te puer in rosa.	265
III...	Lydia dic per omnes.	267
IV....	Vides tu alta stet nive candidum.	269
V.....	Quem virum aut heroa lyra vel acri.	271
VI....	Pastor quum traheret per freta na- vibus.. . . .	276
VII..	Velox amoenum saepe Lucretilem.	280
VIII.	Mater saeva Cupidinum.	282
IX....	Traduccion libre de una de Safo.	284

SILVAS.

I.....	A la Piedad.. . . .	289
II.....	De la Congratulacion.	293

FRAGMENTOS.

I.....	Virtud Militar.	297
II.....	Furor Bélico.	298
III...	Muerte.. . . .	299
<i>Glosa.</i>	Antes de Amar tuve Zelos. . . .	300





SHELF No.

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

Central Department, Boylston Street.

One volume allowed at a time, and obtained only by card; to be kept 14 days without fine; to be renewed only before incurring the fine; to be reclaimed by messenger after 21 days, who will collect 20 cents, beside fine of 2 cents a day, including Sundays and holidays; not to be lent out of the borrower's household, and not to be kept by transfers more than one month; to be returned at this Hall.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

* * No claim can be established because of the failure of any notice, to or from the Library, through the mail.

The record below must not be made or altered by borrower.

[illegible]

